

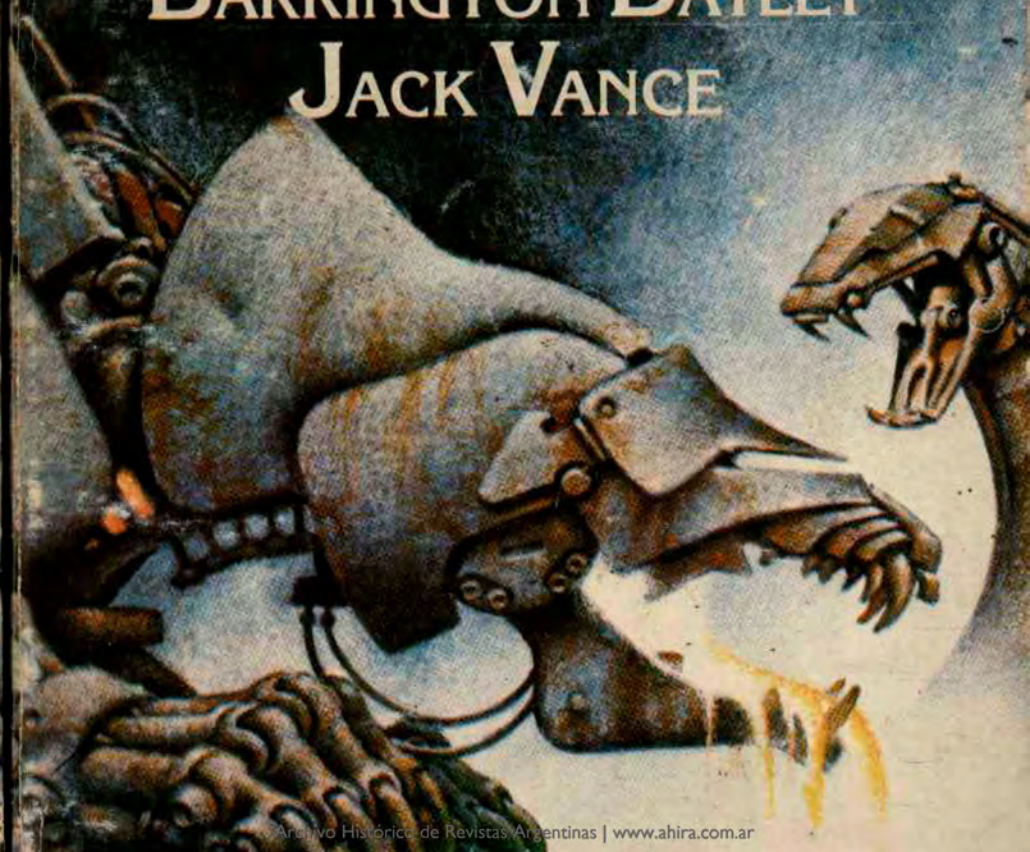
MINOTAURO 5

STANISLAV LEM

PABLO CAPANNA

BARRINGTON BAYLEY

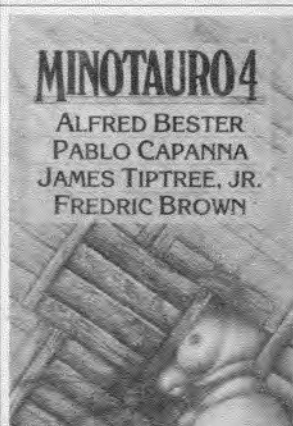
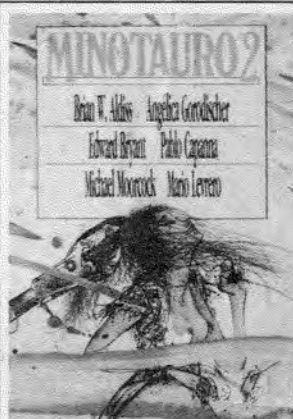
JACK VANCE



La imaginación

La ficción especulativa. Las conjeturas de la ciencia y de la fantasía. El pensamiento alternativo. Los maestros de la imaginación. Cuentos, artículos, libros, cine, noticias.

Publicación bimestral.



Ediciones Minotauro

ÍNDICE

LIBRERIA "OUTOTELOCA"
"MANIZALINDO JUAN PABLO"
CORRIENT 3440 HATO
CAP. FED. 7 ML

-
- 2 *Editorial*
-
- 5 *Etcétera*
-
- 23 STANISLAV LEM *La máscara*
-
- 59 PABLO CAPANNA *Un pesimista afortunado*
-
- 73 JACK VANCE *Ruido*
-
- 85 SERGIO GAUTVEL HARTMAN *Islas*
-
- 93 BARRINGTON BAYLEY *Misión de prueba*
-
- 107 SONIA GERSZON *El otro lado*
-
- 120 ELVIO E. GANDOLFO *Libros: Un abogado del evolucionismo*
-
- 124 ÁNGEL FARETTA *Cine: La otra orilla*
-

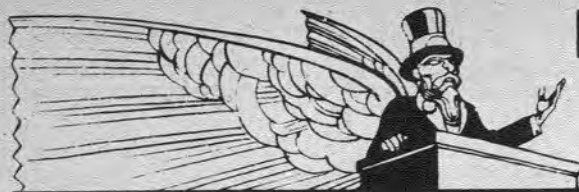
Dirección: MARCIAL SOUTO

Colaboran en este número: PABLO CAPANNA, ÁNGEL FARETTA,
ELVIO E. GANDOLFO, CARLOS GARDINI

Diseño gráfico: SERGIO PÉREZ FERNÁNDEZ

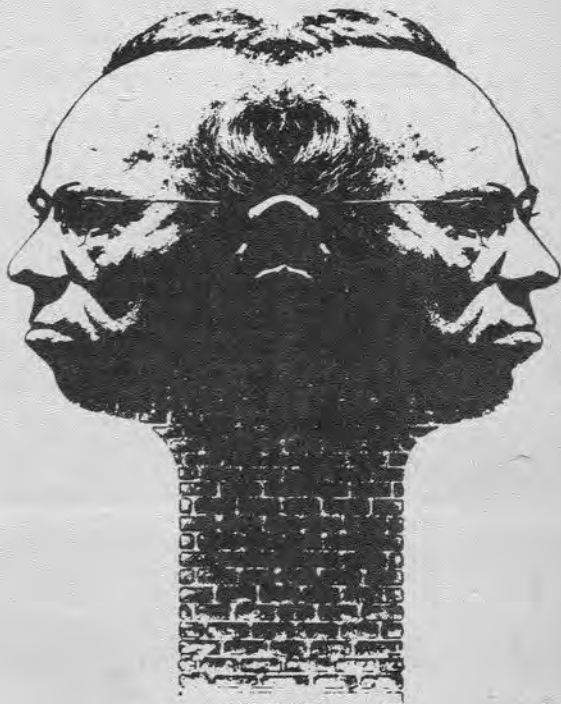
Corrección: ELVIRA IBARGUEN

Ilustración de la tapa: OSCAR CHICHONI



EDITORIAL

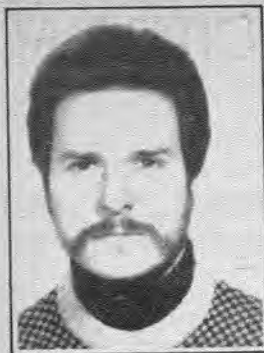
Stanislaw Lem nació en 1921 en Lvov, ciudad de Ucrania que hasta 1939 perteneció a Polonia. Durante la ocupación nazi tuvo que interrumpir sus estudios de Medicina y trabajó como mecánico y soldador ("haciendo un poco de sabotaje sin mayor esfuerzo, pues era un pésimo soldador", según sus propias palabras) en una fábrica de automóviles. En 1946 se trasladó con su familia a Carcovia, donde dos años más tarde terminó la carrera de Medicina y comenzó a publicar poemas y ensayos sobre metodología científica mientras trabajaba como ayudante en un instituto de investigación. En 1951 publicó su primera novela, *Los astronautas*, y desde entonces escribió más de treinta libros que fueron traducidos a otros tantos idiomas, convirtiéndose en el autor de ficción especulativa más leído del mundo. Su novela *Solaris* fue llevada al cine en 1972 por Andrei Tarkovski, y otra de sus obras, *Ciberiada*, fue adaptada por la televi-



Lem

sión polaca: en ella no hay personajes humanos, sino robots, androides y computadoras. Lem nació el mismo año en que apareció *R.U.R.*, el libro en el que Karel Capek inventó la palabra "robot"; curiosamente una buena parte de las

especulaciones de este autor, incluyendo el cuento de este número, giran en torno de la inteligencia artificial y de sus conflictos. "La heroína de 'La máscara' (escribió Michael Kandel, principal traductor de Lem al inglés en la introduc-



Faretta



Chichoni



Hartman

ción de *Mortal Engines*) es al mismo tiempo humana y monstruo (*maska* en polaco es 'máscara', pero también sugiere *maskara*, que significa tanto 'monstruo' como 'máscara'). Si no fuera humana y monstruo, resultaría difícil encontrar alguna fuerza en el relato. Pienso (agrega Kandel) que Lem busca situaciones donde las cosas admiten más de una interpretación, donde compiten diferentes teorías pero que, en esa competencia, no se anulan sino que crean, juntas, un aura de significado, una suerte de campo de tensión intelectual, cargado de posibilidades pero sin perder su estado ambiguo, potencial. Quizá Lem esté construyendo, de esa manera, un modelo literario de la inescrutabilidad última del mundo: podemos acercarnos a la esencia de un fenómeno, pero nunca entenderlo del todo. La ciencia es un proceso interminable. [...] El aspecto que Lem más le cuestiona al universo es su falta de sentido y el hecho de que esté construido de tal manera que los seres inteligentes que lo habitan se vean inevitablemente condenados al dolor y a la muerte.

Esta creencia (que la conciencia significa sufrimiento) lo acerca mucho a Dostoievski. Por lo tanto, crear conciencia en el universo significa crear sufrimiento. [...] Muchos cuentos y novelas de Lem tienen la siguiente estructura. Primero se presenta un misterio, algo que es extraño, generalmente temible. Se ofrecen diferentes teorías acerca de su naturaleza. Un protagonista emprende la tarea de 'resolver' el mismo, y sus esfuerzos le aseguran muchos conflictos y a menudo sufrimiento físico. Finalmente se encuentra cara a cara con el enigma. En ese dramático momento de verdad quizá no se resuelva el misterio, quizá no se prueben las teorías, pero se logra una percepción intuitiva. El fenómeno extraño se revela como algo pavorosamente familiar. Es como si la puerta se abriera de golpe y nosotros, esperando un rostro terriblemente inhumano, viéramos en cambio nuestra propia imagen en un espejo."

Jack Vance nació en San Francisco en 1920. Fue marino y periodista. Mientras trabajaba en la Marina Mercante escribió sus pri-

meros cuentos, que empezaron a aparecer en 1945, y su primer libro, *The Dying Earth* (1950), hoy un clásico de la literatura fantástica. Desde entonces publicó más de treinta novelas, casi todas ordenadas en ciclos de una historia futura. "Ruido" también transcurre en el futuro, y reproduce el curioso diario que ha escrito un astronauta náutico antes de ser rescatado.

Barrington Bayley (n. 1937) es inglés, autor de numerosas novelas y cuentos firmados con su nombre y con varios seudónimos. Sus mejores relatos combinan con elegancia temas tan dispares como la cibernética, la filosofía, el tiempo, la antropología cultural. "Misión de prueba", uno de sus cuentos característicos, relata nada menos que el primer viaje de una nave de guerra *subterránea*.

Sergio Gaut vel Hartman nació en Buenos Aires en 1947. Publicó su primer cuento en 1970, en la revista española *Nueva Dimensión*, colaboró en *El péndulo* y también en estas páginas (véase *Minotauro* 1 y 2). Actualmente edita y dirige *Sinergia*, una revista trimestral de y sobre la ciencia ficción. "Islas" es

casi seguramente un cuento fantástico.

Sonia Gerszon nació en Montevideo y vive en Buenos Aires. "El otro lado" (sobre una aventura inocente y tal vez infinita) es su primer cuento.

Pablo Capanna repasa en este número la obra del reciente Nobel William Golding, que en gran medida se nutre de actitudes y temas del género.

En las secciones respectivas, **Elvio Gandolfo** examina un admira-

ble libro de ensayos del paleontólogo Stephen Jay Gould, y **Angel Faretta** la última película del australiano Peter Weir. En "Etcétera" **Carlos Gardini** y **Pablo Capanna** se meten con Superman, Bishop y Orwell.



ETCÉTERA

EL MUNDO DE LOS AFICIONADOS

Despedida

El sábado 17 de diciembre, desde las 18 horas, tuvo lugar en el café Tortoni una reunión organizada por el Círculo Argentino de Ciencia Ficción y Fantasía. Cerca de cien aficionados, entre los que se contaba la mayoría de los profesionales del género en nuestro país (escritores, traductores, editores), despidieron con un brindis el año previo a 1984 que, como todos sabemos será (por culpa de George Orwell) el primer año de ciencia ficción. Los aficionados que deseen información sobre las actividades del Círculo pueden escribir a Uruguay 16, oficina 43, 1015 Capital Federal.

Publicaciones

Dos revistas no profesionales (o *fanzines*) dedicadas a la ciencia ficción aparecieron en Buenos Aires



Sinergia 4

en los últimos meses: *Sinergia* (cuatro números publicados hasta el momento) y *Nuevomundo* (dos números).

Sinergia 4 contiene ocho cuentos de autores rioplatenses (Sergio Gaut vel Hartman, Verónica Figueirido, Elvio E. Gandolfo, Angélica Gorodischer, Claudio Barbeito, Eduardo Carletti, Jorge Aragón y Alberto Greenberg) y uno de la autora norteamericana Margaret St. Clair, un artículo de Marcelo Figueras sobre algunos libros recientes de autores nacionales; crítica de libros y de revistas, y correo de los lectores. Director: Sergio Gaut vel Hartman, Casilla de Correo 200, Sucursal 53 (B), 1453 Buenos Aires, Argentina.



Nuevomundo 1

Nuevomundo 2 contiene siete cuentos de autores rioplatenses (Alberto Vansasco, Verónica Figueirido, Alberto Greenberg, Héctor Matelo, Daniel Barbieri, Tarik Carson y otros, identificados como "Los Cómplices"; una sección de divulgación científica a cargo de Roberto J. Plaza, crítica de libros y correo de los lectores. Director: Daniel M. A. Croci, Uruguay 16, oficina 43, 1015 Buenos Aires, Argentina.

Premios

El 30 de octubre pasado fueron entregados en Chicago, en el banquete anual de la Convención Mundial de Fantasía, los premios

World Fantasy correspondientes a las mejores obras del género publicadas el año anterior. Este premio (una estatuilla con la efigie de H. P. Lovecraft) no es otorgado por el voto de los aficionados o de los escritores sino por un jurado de cinco miembros, compuesto en esta ocasión por Alan Ryan, John

Coyne, Sharon Jarvis, Betsy Wollheim y Bob Booth. Estos fueron los ganadores:

Mejor novela: *Niffy the Lean*, de Michael Shea.

Mejor novela corta (empate): "Beyond All Measure", de Karl Edward Wagner y "Confess the

Seasons", de Charles L. Grant.

Mejor cuento: "The Gorgon", de Tanith Lee.

Mejor antología: *Nightmare Seasons*, selección de Charles L. Grant.

El premio por el conjunto de una obra fue otorgado este año a Roald Dahl.



ETCÉTERA

1984: EL AÑO DE ORWELL

Imaginemos que en 1949 hubiese aparecido una novela muy controvertida cuyo título fuera *El último hombre en Europa*, por Kenneth Miles. Es probable que nadie, fuera de los profesores, se estaría ocupando hoy de ella. Y sin embargo, el azar quiso que en lugar de llevar aquel título el libro se llamara *1984* y su autor, Eric Blair, descartara varios seudónimos (uno de los cuales era Miles), para quedarse con "George Orwell".

Hoy sabemos que la novela iba a estar ambientada en 1980 ó 1982, y que su autor no se proponía profetizar, sino hacer lo que podría llamarse ciencia ficción de la buena. "No creo que la clase de sociedad que describo *habrá* necesariamente de llegar, pero pienso —teniendo en cuenta que mi libro es una sátira— que *puede* llegar", escribió ante los primeros malentendidos que produjo el libro.

De todos modos, 1984 es una fecha concreta para las recordaciones, y el libro se ha ganado un lu-



George Orwell en la tapa
de *Time*, noviembre 28, 1983

gar en la literatura de este siglo; el Hermano Grande, las telepantallas, la Policía del Pensamiento integran un mito asumido por todos, desde los disidentes rusos hasta la comisión gubernamental norteamericana que investiga nuestras conocidas dictaduras bajo el título "1984: las libertades civiles y el Estado de Seguridad Nacional". La llegada del año 1984 ha desencadenado pues una avalancha de homenajes, estudios y aun frivolidades, de las cuales informa *Time* (nov. 28, 1983), y ha dado ocasión para volver a hablar de un libro sobre el cual ha corrido ya mucha tinta.

Según sus biógrafos Stansky y Abrahams; Eric Blair (1903-1950) era un "socialista idiosincrático", que asumió el papel de fiscal del totalitarismo y de la mixtificación ideológica donde quiera que se diesen, lo cual generó una buena cantidad de malentendidos e hipocresías, tanto de parte de los conservadores, que lo usaron como medio de propaganda prooccidental, como de los intelectuales de izquierda, que tendieron sobre él un manto de silencio, pues lo tildaron de "antisoviético".

Había que llegar a este 1984, cuando es muy difícil diferenciar Afganistán de Grenada, y ya se admite señalar el contraste entre el "socialismo real" y la ideología, para comenzar a apreciarlo.

Orwell fue siempre un francotirador, un defensor del pensamiento crítico y de la evidencia de lo real, que no estaba dispuesto a sacralizar por ningún discurso ideológico; una vida azarosa, llena de experiencias amargas, le había enseñado a desconfiar de las nebulosidades

verbales con las que a menudo se encubre el crudo afán de poder.

Nacido en la India, hijo de un funcionario imperial a cargo del tráfico de opio, recibió una educación aristocrática en Eton, muy por encima del nivel social de su familia, lo cual hizo que siempre se sintiera fuera de lugar; recordaría esos años entre los más tristes de su vida.

Al no poder seguir una carrera universitaria se enroló, un poco como fuga, en la Policía Colonial, donde sufrió las peores experiencias. Volvió de la India con "un intolerable sentimiento de culpa", después de haber visto "el trabajo sucio del Imperio". La imagen de la ejecución de un hindú y la persecución de un elefante furioso le inspiraron esta reflexión: "Percibi entonces que cuando el hombre blanco se vuelve tirano lo primero que destruye es su propia libertad."

En los años siguientes vagabundó por el mundo de los obreros ingleses, y en las minas de carbón conoció la miseria y la explotación, además de contraer la tuberculosis que al cabo habría de matarlo; fruto de esta experiencia es la novela *El camino a Wigan Pier* (1937).

Enrolado en el socialismo, marchó a España para defender la República, y allí escribió las páginas entusiastas del *Homenaje a Cataluña* (1938), inspiradas por el clima de libertad que vivió en la Barcelona del Partido Obrero en 1936. Herido de bala en combate con los falangistas, al salir del hospital se enteró de que los comunistas en el poder habían condenado a sus camaradas catalanes y ahora los

consideraban cómplices del fascismo. Ante esta voltereta dialéctica de la razón de Estado, mientras veía cómo se deformaba la información, sufrió su mayor crisis espiritual, la que más tarde lo llevaría a escribir *Rebelión en la granja* y 1984, que fueron execradas por sus antiguos correligionarios y a la vez tuvieron dificultades de publicación por parte de quienes no deseaban ofender al aliado soviético.

Una frase de *El camino de Wigan Pier* aclara el sentido de su cruzada solitaria: "El caos político se relaciona con la decadencia del lenguaje"... Es un poco lo que decía Gabriel Marcel: "El odio es hijo de la abstracción."

Después de Stalin, no hemos conocido demasiados Hermanos Grandes, pero sí Juntas, ayatollahs y guerrilleros iluminados, y el totalitarismo ha penetrado aún en ámbitos democráticos. La perversión del lenguaje ha hecho que el asesinato de un hombre real fuera rotulado de "eliminación física" o "desaparición", tanto de un "lacayo del sistema" como de un "subversivo en potencia". Cuando las abstracciones y las cifras reemplazan al hombre real, se puede llegar a decidir que una guerra cuesta menos vidas que el tránsito, o englobar en la anodina categoría de "desaparecidos" a aquellos que Orwell llamaba "evaporados".

La prostitución del lenguaje, la negación de la realidad y la historia, la predicción de que quien tuviera el control de la información y del miedo podía mantener adormecidos a pueblos enteros con propaganda, circo y muy poco pan, hablan muy bien de este pre-

dicador del realismo y del pensamiento crítico, de este defensor de los derechos humanos más allá de las charlas ideológicas. Orwell fue un hombre que reconoció que, pese a toda la obsesión que el autor pone en su obra, la prosa debe

ser tan objetiva como una ventana; dedicó buena parte de su novela a la gramática de la "neohabla", la jerga de siglas creada para sofocar el pensamiento libre, y luchó contra el autoritarismo con las armas del escritor y en la trinchera

de la lengua. Merece sin duda el calificativo que le dedica Paul Gray: "un hombre honesto" más allá de las cambiantes situaciones políticas, y uno de los mejores ensayistas de este siglo.

[PC]



ETCÉTERA

MIEDO DE VOLAR

No es un pájaro ni es un avión pero este año vuela nuevamente en las pantallas de cine. Aprovechando los adelantos técnicos en materia de efectos especiales, una de las tendencias más rentables en los últimos tiempos ha consistido en filmar —o volver a filmar— con mayor o menor fortuna las aventuras de algunos clásicos de la historieta (*Buck Rogers en el siglo XXV*, *Flash Gordon*, *Conan el bárbaro*) o bien en evocar espectacularmente y con personajes originales el mundo de las historietas tradicionales y las seriales cinematográficas (*La guerra de las galaxias*, *Los cazadores del arca perdida*). La nueva serie filmica de Superman (*Superman-The Movie*, Richard Donner, 1978; *Superman II*, Richard Lester, 1981; *Superman III*, Richard Lester, 1983) constituye así la última gran aventura del Hombre de Acero. Quizá esa aventura concluya con *Superman III*, aunque no es improbable un *Superman IV* y aun una *Supergirl*.



Las dos caras de un superhéroe

para continuar explotando esta re-vitalización de uno de los íconos más difundidos en la sociedad occidental moderna.

Superman, cuya carrera en el mundo de los medios ha sido más veloz que una bala y más potente que una locomotora, es para algunos un insobornable defensor de la justicia, para otros un ejemplo cabal de la colonización intelectual perpetrada por Estados Unidos y para otros un mero caso de esquizofrenia. Desde estas latitudes Superman puede ser visto como el epitome de la política intervencionista norteamericana, una suerte de *marine* uniformado de azul y rojo que vela celosamente por los intereses "democráticos" de una superpotencia. Lo cierto es que de un modo u otro el Hombre de Acero es menos un personaje de historieta que un mito clave en el paisaje urbano moderno, y una de las fascinaciones de los mitos consiste en su plasticidad y capacidad de transformación, en la fidelidad a un arquetipo que sin embargo nunca permanece fiel a sí mismo. El estreno de *Superman III* coincide con el cincuentenario de la creación del superhéroe. Reseñemos ligeramente esos cincuenta años de transformaciones hasta llegar a su último avatar, el actor Christopher Reeve.

La Gran Depresión y la gran explosión

La noción de superhombre es asociada inevitablemente con el *Übermensch* de Friedrich Nietzsche, aunque por cierto lo que Zarathustra llamaba "el sentido de la

Tierra" (un ideal humano complejo y difícil de definir que sería al hombre lo que el hombre es al mono pero no se limita a una mera instancia evolutiva) está tan alejado de los superpoderes y de las capas rojas como de ciertas nociones propugnadas por el nazifascismo. En todo caso, Superman parece más emparentado con los superhombres con poderes extraordinarios que han constituido un tema básico y constante en la ciencia ficción y se han manifestado en las formas más diversas, desde los Superseñores de *El fin de la infancia* de Arthur C. Clarke y la entidad gestáltica formada por los niños de *Más que humano* de Theodore Sturgeon hasta el Pueblo de Zenna Henderson, que debe protegerse de la xenofobia de los humanos. Desde luego el caso de Superman es mucho más simple y acartonado, y la doble personalidad del personaje permite a los lectores una fácil realización de sus expresiones de deseos (en las superhazañas del héroe) y una fácil identificación (con las torpezas del tímido Clark Kent).

"El superhombre es en muchos sentidos el ideal utópico de la ciencia ficción en un nivel más personal —escribe el sueco Sam J. Lundwall en *Science Fiction: An Illustrated History* (1977)—, ligado a la inevitable sensación de soledad padecida por muchos adolescentes que prefieren leer libros en vez de correr por ahí y golpear la cabeza de otros muchachos con un bate de béisbol. El sueño subyacente de poder está allí, así como la sensación de que uno debería tener la oportunidad de transformar el mundo entero en algo más

glorioso, o al menos más interesante. El hecho de que *Slán* de A. E. van Vogt, de lejos el más sencillo de los relatos de superhombres, sea también el más popular en la ciencia ficción (siempre figuró en catálogo desde su primera edición) nos dice mucho, creo, sobre los mecanismos psicológicos que hay detrás de este tema de la ciencia ficción."

Superman fue creado por dos fanáticos de la ciencia ficción, Jerome Siegel y Joseph Shuster. En 1932 Siegel dirigía una revista llamada precisamente *Science Fiction*, y a partir del segundo número la revista incluyó ilustraciones de su amigo Shuster. En el quinto y último número de *Science Fiction* aparece por primera vez Superman. Luego los autores intentan durante cinco años vender el proyecto a otras agencias, hasta que Harry Donenfield acepta la idea para el primer número de *Action Comics* (junio de 1938), donde Superman aparece en la portada. El superhéroe pronto vuela a su propia revista, *Superman Comics*, que aparece en 1939. En la portada de ese primer número se ve la nave del pequeño Kal-El (el nombre kriptónico de Superman) abandonando Kriptón, su planeta nativo, que acaba de estallar. Los poderes que adquiere el niño en la Tierra se conjugan con la bondadosa actitud de los Kent, sus padres adoptivos. "Debes ocultar esa gran fuerza que tienes o la gente se asustará de ti", dice papá Kent al superniño. "Pero cuando llegue el momento adecuado debes usarla para ayudar a la humanidad", dice mamá Kent.

El Hombre de Acero realizó una

carrera meteórica. En 1940 George Lowther inició la producción de un serial radiofónico. En 1941 los estudios de Max y Dave Fleisher, productores de *Popeye el marino*, realizaron dos películas de dibujos animados, *Superman* (que luego fue rebautizada como *The Mad Scientist* y mereció una nominación de la Academia) y *The Mechanical Monsters*. En 1942 George Lowther, el mismo del show radiofónico, escribió la primera novela de Superman, que tuvo la distinción de ser publicada en tapas duras. En 1948 se filmó la primera película en vivo, *Superman*, un serial de quince episodios que se proyectaban semanalmente, como era típico en la época. En 1950 se realiza otro serial, *Atom Man Vs. Superman*. Ambos films fueron producidos por Sam Katzman para Columbia Pictures, y dirigidos por Spencer G. Bennett. En 1951 se inicia el rodaje de la serie televisiva, que se sigue filmando hasta 1957, con George Reeves encarnando al Hombre de Acero en la mayoría de los capítulos. En 1966 se estréna en Nueva York la comedia musical *It's A Bird, It's a Plane, It's Superman*, de David Newman y Robert Benton, con canciones de Lee Adams y Charles Strouse. Entretanto Superman continuaba su carrera en las historietas, a veces de la mano de guionistas que además eran nombres destacados en el campo de la ciencia ficción, como Edmond Hamilton, Horace Gold y Alfred Bester (no es casual que Bester, un hombre tan relacionado con los medios masivos, a menudo haya atacado en sus ficciones el infantilismo de la sociedad norteamericana mediante una parodia de

sus sueños superheroicos). En la Argentina el Hombre de Acero fue difundido en un tiempo por sus editores locales como el Superhombre, aunque más adelante se adoptó la forma Superman. Las versiones de Novaro adoptaron la castellanización Supermán, mientras que los amigos de Superman, Lois Lane, Perry White, Jimmy Olsen, Lana Lang, pasaban a ser, respectivamente, Luisa Lane, Pedro White, Jaime Olsen y Lina Luna.

La explosión de Kriptón en una página de historieta se convirtió pues en un modesto *bing bang* que dio origen a un nuevo universo de aventuras y fácil optimismo que sería consumido ávidamente por un mundo asolado por la depresión económica y un clima belicista. Dados los poderes extraordinarios de Superman, se le puede reprochar que los resultados de su lucha contra el mal hayan sido más que parciales y se hayan limitado casi exclusivamente a la ciudad de Metrópolis, pues el resto del mundo no parece más justo hoy que en la década del 30. Nadie le podrá negar, sin embargo, la decisiva influencia que a través de los medios ha adquirido en los sueños y ensñaciones de la cultura urbana contemporánea.

El superhombre mediocre

Como Superman, además de volar, tiene superfuerza, supervelocidad, visión de rayos X, visión telescópica, invulnerabilidad y otros atributos imposibles de adquirir aun en los gimnasios más especializados, era necesario crearle un punto débil que permi-

tiera a sus enemigos luchar contra semejante portento sin que los lectores se aburrieran ante un mero desfile de triunfos inevitables. "En su intento de ofrecer a los lectores un personaje ejemplar, auténtico ídolo y aspiración inconsciente para el lector de los *mass media*—reflexiona Umberto Eco en "La época de Superman" (*Diario mínimo*, 1963)—, los autores de *Superman* se han situado al margen de cualquier posibilidad de desarrollo novelesco."

La solución ha consistido en otorgar a Superman dos talones de Aquiles. Uno es su personalidad secreta, que tanto sus amigos como sus enemigos intentan descubrir (y cabe destacar que un simple par de anteojos basta para que Clark Kent se diferencie fisonómicamente del Hombre de Acero: un ejemplo de ingenuidad *kitsch*, pero también una evidencia de que los demás no ven al superhéroe oculto en el reportero porque *no quieren* verlo). El otro talón de Aquiles es desde luego la kriptonita, un material radiactivo producido por la explosión de su planeta natal y que viene principalmente en dos colores: verde y rojo; la kriptonita verde es letal, la roja tiene efectos imprevisibles, desde la amnesia hasta la pérdida de poderes. Pero el interés de la narración no es producido sólo por las artimañas con que Superman enfrenta a sus enemigos, sino que es corregido y aumentado por frecuentes incursiones en el pasado del superhéroe, que se enriquece constantemente con hechos (a veces contradictorios) que ante desconocía el lector. Superman era el único sobreviviente de Kriptón

hasta que dejó de serlo, pues los historietistas fueron añadiendo luego otros personajes que de un modo u otro se habían salvado de la catástrofe: Kripto el superperro, Superna la prima de Superman, los habitantes de una ciudad kriptoniana reducida al tamaño de un frasco que Superman guarda en su Fortaleza de la Soledad en el Ártico; en una historieta aparece incluso un troglodita de Kriptón que ha permanecido congelado, y es arrojado de su planeta natal por la explosión y llega, oh casualidad, a la Tierra, dotado de superpoderes y pésimos modales.

La constante remisión al pasado para justificar nuevas aventuras en el presente responde a un esquema narrativo que Eco describe como "una serie de variaciones continuas sobre el presente y sobre los acontecimientos accesorios, como quien contara continuamente la misma historia añadiendo: 'Sí, pero ayer olvidé decir que también estaba Fulano, quien dijo...'" Eco observa que en el mundo de Superman no sucede nada que pueda constituir un precedente e informar a las historias sucesivas: "...es como si cada acontecimiento sucediera en un continuo espacio-temporal distinto del precedente, de modo que no haya ningún contacto y por lo tanto ninguna concatenación necesaria entre los diversos episodios".

Aunque Superman constantemente entrega malhechores a la justicia, evita que los aviones se estrellen, impide desastres mundiales y rescata a gatitos de los árboles, no todos creen en sus buenas intenciones. Eco considera pernicioso esa ahistoricidad, y no

ve en ello un mero reflejo pasivo de una situación cultural. "Estamos también ante una decisión activa a través de la cual una industria de la cultura de masas educa a su público heterodirigido en una pacífica pasividad, en una invitación continua a ignorar las posibilidades de un desarrollo, porque la paz está en una aceptación del eterno presente, cuyas modificaciones pueden ser experimentales o imaginarias, pero no fácticas. En ese sentido, nos encontramos en el polo opuesto de una narrativa responsable que rompa los nexos habituales de tiempo y espacio para educarnos en una nueva visión del mundo."

Daniel Riche y-Boris Eizykman (*La bande dessinée de science fiction américaine*, 1976) ven en Superman a un sujeto mediocre, que en lugar de utilizar sus poderes para tiranizar la Tierra sin escrúpulos o bien, por el contrario, para suprimir todas las formas de poder, se limita estópidamente a defender sin cuestionamientos el orden establecido. "La ciega seguridad de Superman es rica en implicancias: lo que debería aparecer como una vocación excepcional se reduce al ejercicio rutinario de una profesión absolutamente banal: el aspecto espectacular de la acción superheroica se ahoga en una repetición y una monotonía idénticas a los gestos regulados y especializados del obrero industrial esclavizado. Es precisamente en su fachada prestigiosa donde Superman enfrenta y seduce la trivialidad capitalista. No importa que el grado de plausibilidad de las acciones mecanizadas roce el cero absoluto. El escándalo consiste en la falta de

extravagancia e imaginación de que hacen gala sus aventuras humillantes. Su terca uniformidad recibiría la absolución si tan sólo propiciara una investigación delirante en el registro de la negrura (desmesura de los personajes malvados, demencia de los proyectos malévolos), en la alucinación meticulosa de los mundos visitados, en la sofisticación extrema del dibujo: en cambio, hay sentimientos salpicados con agua de rosas, maquinaciones mezquinas, criminales de envergadura liliputiense, el *déjà vu* de visiones del futuro dignas de un apolillado catálogo municipal, la mediocridad bastarda del dibujo."

Pero no todos son tan intolerantes con el superhombre del espacio exterior. "La coetaneidad de la aparición del personaje con una etapa histórica marcada por el mito del superhombre nietzscheano, así como su inicial condición de justiciero incontrolado —escribe Javier Coma en *La historia de Superman* (1979)—, han investido a Superman de una imagen cercana al totalitarismo individual que sólo es auténticamente cierta en la primera época." Javier Coma recuerda que la aparición de la serie competidora *Captain Marvel* en la década del 40 obligó a los productores de Superman a tener en cuenta el sentido del humor como elemento de captación del público. Esa lección fue asimilada después de la Segunda Guerra Mundial. "En los siguientes episodios pueden advertirse estas características —anota Coma—, mucho más duraderas y permanentes que la violencia de antaño, así como un fenómeno muy significativo en re-

lación a los adversarios de Superman: es la simpatía con que están presentados lo que les hace figuras habituales de la serie, apareciendo una y otra vez hasta obtener un aire gratamente familiar. Incluso los autores de los comic-books emplean inequívocos tratamientos humorísticos cuando le proporcionan más y nuevos poderes a Superman (algunos francamente hilarantes) o cuando inventan formas de atacar al titán que permiten ridiculizarle durante algunas viñetas. Es evidente que tales divertidos insertos menguan la ideología conservadora de la serie y proponen incluso algunas parábolas desmitificadoras [...].

La ironía desmitificadora sería un elemento predominante en el proyecto concebido en la década del 70 por Warner Films y D. C. Comics. El actor Christopher Reeve declaró a la revista *Omni* (octubre de 1980) que sólo aceptó ser la nueva encarnación del Hombre de Acero cuando fue persuadido de que esa "muestra de mitología machista" sería realizada sin demasiada solemnidad y con cierto sentido del humor.

Superhazañas de celuloide

Aunque la historieta y el cine tienen afinidades y parentescos, tratar con superhéroes es ingrato y no es fácil llevar al celuloide un personaje concebido inicialmente para el papel. Diálogos que resultan verosímiles encerrados en globitos pueden resultar indigeribles dichos por personajes de carne y hueso que sin embargo deben conservar el amaneramiento acar-

tonado del medio original. Ciertos gestos y situaciones admisibles en cuadros fijos, y difíciles de trasladar aun al dibujo animado, son imposibles en películas en vivo.

Este proyecto exigió además proezas presupuestarias (un ejemplo histórico es la suma descomunal que recibió Marlon Brando por unos pocos minutos de actuación como Jor-El, padre de Superman) y muy especiales proezas físicas (algunos actores debieron aprender a volar). A causa de las tensiones, hubo frecuentes cambios en el equipo. Los productores Salkind y Spengler contrataron inicialmente al director Guy Hamilton (*Goldfinger*), que debía rodar simultáneamente los dos primeros films. Hamilton desertó a los pocos meses y fue reemplazado por Richard Donner (*La profecía*). Pronto hubo fricciones entre Donner y Spengler y se requirió a Richard Lester como tercer productor y mediador entre ambos. Donner filmó la primera película y algunas escenas que se incluirían en la segunda, pero no fue invitado para dirigir el segundo film y Richard Lester (*Anochecer de un día agitado*, *Socorro*, *Algo gracioso ocurrió camino del foro*, *Los tres mosqueteros*) heredó la silla del director, que conservaría hasta el tercer film de la serie. Como en la segunda parte los productores no aceptaron la suma exorbitante exigida por Brando, hubo que excluir de ella las apariciones de Jor-El y adaptar nuevamente el guión. El libreto original presentado por Mario Puzo (*El padrino*) fue revisado y discutido por director y productores, y eventualmente exigió la intervención de los guionistas David y Leslie New-

man. "Había una escena —declara Richard Donner a la revista *Future Life* (agosto de 1981), refiriéndose al libreto de Puzo— donde Superman buscaba a Lex Luthor. Ve una cabeza calva en la calle, baja volando y apres a al sujeto. El sujeto se vuelve y resulta ser Kojak. Dice '¿Qué quieres conmigo, nene?' y se va caminando. El libreto estaba plagado de esas cosas."

El film de Donner se inicia evocando el doble origen de Superman: en las páginas de *Action Comics* en tiempos de la Depresión y en el condenado planeta Kriptón. Después del estallido, el héroe llega a la Tierra, es adoptado por los Kent y en su juventud sale en busca de su destino con un cristal verde que contiene los secretos de su planeta natal y le permite construir la Fortaleza de la Soledad. La música de John Williams anuncia, tal vez con ecos wagnerianos, el rito de iniciación de este Sigfrido kriptonorteamericano. Luego un holograma de su padre inicia a Kal-El en la profesión de superhéroe y al terminar esta parte el film abandona su tono grandilocuente, típico de las sagas hollywoodenses, para incursionar en un estilo más paródico. Clark Kent busca una casilla telefónica para transformarse secretamente en Superman y descubre que las modernas cabinas abiertas no son adecuadas. Un negro con ropa multicolor festeja con alegría la primera aparición del carnavalesco Hombre de Acero. Lois Lane se cae de un rascacielos y es rescatada por Superman, quien la tranquiliza diciendo: "No se preocupe. Yo la sostengo." "¿Pero quién lo sostiene a usted?", pregunta Lois. El tono paródico es

acentuado por Richard Lester. En *Superman II* el héroe enfrenta a tres supervillanos de Kriptón en las calles de Metrópolis, desencadenando una batalla titánica donde se destruyen vigas de acero, ventanas, un gigantesco cartel de Coca-Cola y un ómnibus con la propaganda de la ópera *Evita*. Los villanos barren las calles con su supersoplo y la gente es llevada por el huracán, junto con autos y cabinas telefónicas; un sujeto, mientras es arrastrado por la calle con el auricular en la mano, comenta que parece que hay bastante viento, y se lo ve más interesado en una trivial conversación telefónica que en el duelo que decidirá el destino del mundo. Lester parece enfatizar que se trata ante todo de un entretenimiento que no debe tomarse en serio, pues ni siquiera la gente que está dentro de la película se inquieta demasiado, aunque por momentos vive a su héroe como una entusiasta hinchada de fútbol.

La bellísima Sarah Douglas, que interpreta a Ursa, la supervillana enamorada del general Zod (Terence Stamp) comparte ese punto de vista. "Me he hartado un poco —declara a *Future Life*— de toda esa cháchara sobre el aspecto político del film y de leer chismes sobre quién dirigió qué cosa y los forcejes con los productores. Y estoy harta de que me identifiquen como feminista porque liquido a muchos hombres en la película. Me sorprende diciendo: '¡Es maravillosa! ¡Es encantadora! ¡Es una caricatura!' Me asusta que la gente la tome demasiado en serio. Ven a los supervillanos y a Superman como una metáfora de una u otra cosa. Es desconcertante."

Los guionistas David y Leslie Newman se entusiasmaron con el tono dado por Lester a *Superman II*, como si de alguna manera el director hubiera logrado lo imposible después de tantos años de existencia del mito. "Richard es grandioso —declara David—. Nos permitió trabajar con un personaje sobrenatural y transformarlo en un ser humano reconocible. Es decir, Superman es un individuo muy complicado. Una de las cosas que nos fascinó desde el principio fue el hecho de que se trata de una personalidad esquizoide involucrada en un triángulo romántico donde sólo intervienen dos personas. Clark ama a Lois y Lois ama a Superman. Desde un principio pensamos que Clark no gusta mucho de Superman porque él es su rival. Sin embargo, es la misma persona. Ese nudo de emociones lo volvía interesante para trabajar." Leslie, por su parte, piensa que una de las razones por las que el mito de Superman es tan popular mundialmente es que todos se sienten como Superman y Clark Kent. "Todos vamos por allí diciendo: 'Con esta facha parezco vulgar, pero si ustedes supieran qué persona tan especial hay debajo de esto...'"

Para que esos vuelos imaginativos fueran posibles se requería que ciertos actores volaran literalmente, y sus problemas no fueron menos pintorescos que los del resto del equipo. Tanto Superman como los supervillanos vuelan con gracia y naturalidad en la pantalla, pero ello no obedece a que la práctica de volar sin aparatos esté difundida entre los actores sino a una férrea disciplina de trabajo. Para volar, los actores eran sujeta-

dos a un arnés frente a una pantalla azul (los paisajes de fondo eran añadidos más tarde). Luego los arneses fueron reemplazados por una especie de molde. "Es un sistema por el cual se tomaba un molde de mi cuerpo, y ese molde tenía una vara que sobresalía de un costado —explica Sarah Douglas—. La vara estaba unida a una pantalla de fondo azul a unos diez metros del suelo. Todos los días tenía que subir a ese molde desde un andamio. Luego me vestían sobre el molde para que el molde no se viera. La cámara filmaba las escenas desde el lado del molde opuesto a la vara, de modo que mi cuerpo impidiera verla. Parece mejor que el arnés, pero no lo era. El molde sólo iba de mis rodillas a mis axilas, de manera que el cuerpo sufría más tensión que con el uso del arnés."

Terence Stamp pasó varias semanas acostumbrándose a la sensación de vuelo antes que se iniciara el rodaje del film. "Me quedaba en un trampolín varias horas todos los días, de modo que cuando me instalaron en el set no me quedaba pasivamente colgado, lo cual era tentador. En un trampolín se puede simular que el aire es el nuevo hábitat y prepararse mentalmente para ello", declara a *Omni* (julio de 1981). Desde luego los accidentes fueron inevitables. "Hubo varios accidentados en el equipo de vuelo. El único modo de impedir accidentes es mantenerse muy alerta cuando se vuela. Si se rompe un cable y uno está concentrado, tiene la posibilidad de rodar sobre la espalda, o tratar de caer en la colchoneta. Pero si uno está divagando, como ocurrió con un par de

personas, no tiene ninguna oportunidad."

El comediante Richard Pryor también tuvo problemas de vuelo durante el rodaje de *Superman III*. Christopher "Superman" Reeve le explicó cómo volar durante un par de días en el estudio. "Pero luego el personal lo llevó al set a las ocho de la mañana, le puso el arnés, y de pronto estaba colgado de los cables de una grúa—comenta Reeve a *Omni* (agosto de 1983)—. Lo alzaron veinte metros sin avisarle. Esas grúas de construcción tienen un aspecto frágil, poco sólido. No fue amable ponerlo en esa situación. Tenían que haberlo preparado gradualmente. Pero la escena exigía que él estuviera aterrado. El equipo sabía que estaba seguro. Richard Lester es sensacional para esas cosas. Nadie corrió peligro en ningún momento, pero pudieron haber sido más gentiles con Pryor."

El caminar se aprende andando, y el volar también. Christopher Reeve está convencido de que *Superman III* es el tecnológicamente más perfecto de los tres. "Supervisé buena parte de los vuelos, mientras que en los dos primeros films hacía lo que me decían—comenta—. Creo que los vuelos han llegado al punto en que no se nota, que es el mayor logro. La gente verá la película y lo dará por sentido. 'Oh claro, Superman vuela, por supuesto.'"

Opiniones de un superhéroe

El Superman interpretado por Reeve es un muchacho simpático y a veces heterodoxo que ha supe-

rado la solemnidad de su antecedente de papel. Sonríe a menudo, es enamorado, un poco vengativo, y al final de cada película sobrevuela la Tierra saludando con la mano como invitándonos a ver la próxima de la serie. Curiosamente, la nueva encarnación de un mito creado por la historieta no leía historietas en su infancia. "Cuando tenía tiempo—declara Christopher Reeve a *Omni* (octubre de 1980)— tomaba un libro como *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Julio Verne. Jamás una revista de historietas, y rara vez la televisión. Descubrí que la lectura me permitía detenerme en ideas que valían la pena, pensar en lo que estaba entre líneas. Tal vez soy un snob incorregible, pero no disfruto de un medio que exige poco del público."

Reeve es actor de teatro y trata de alternar esa actividad con el cine para mantenerse en forma. También ha intervenido en films de características muy diferentes de *Superman*, como *Pide al tiempo que vuelva* y *Trampa mortal*, pero la crítica no ha sido benigna con sus actuaciones. Para escapar de las tensiones de su oficio, Reeve se dedica a volar, aunque en avión. Posee una pequeña aerolínea y a veces él mismo pilotea los aviones. También es amante del vuelo a vela. "Siento que un planeador es una extensión de mí que, de paso, fue importante en mi interpretación de Superman. Mientras me dedicaba a realizar superhazañas, lo que más me interesaba era la gracia. El vuelo en planeador me ayudó significativamente."

Una de las preocupaciones ob-

sesivas de Christopher Reeve es el nivel subhumano a que son reducidos los habitantes del mundo moderno. "Es importante ir a la Luna y cultivar los océanos; estoy a favor de ello. Pero la obsesión norteamericana por el confort y los artefactos causará nuestra caída. Estamos casados con objetos materiales que nos vuelven sedentarios y vulnerables. En un sentido general, Superman era una convocatoria para interesarnos más vigorosamente en nuestra vida y nuestro destino, una suerte de saludo a una vieja Norteamérica que se ha vuelto blanda y complaciente."

Reeve piensa que la popularidad del personaje ha crecido porque es un modelo psicológico muy atinado. "Combina la fantasía básica con la realidad cotidiana, y la combinación es infalible. ¿Qué persona que enfrenta el mundo chato donde todos vivimos no ha soñado con el vuelo, el poder y la libertad? Superman es una fuerte representación visual de una idea común a todo ciudadano de la cultura occidental. Es decir, ¿cómo funciona como individuo en una sociedad donde me siento como un ratón?" Sin embargo, Reeve advierte que no debemos exagerar las cosas creando una pseudomitología. "Superman debe quedar en la pantalla o en la página. Las preguntas de la gente acerca del simbolismo de Superman son francamente pasmosas. Funcionarios religiosos me han llamado para preguntarme si soy consciente de la responsabilidad de ser un Cristo contemporáneo. ¡Vamos, soy un actor de Nueva Jersey!"

Reflexiones de un supervillano

La vuelta de Superman al cine es encarada desde un ángulo diferente por el célebre y dúctil Terence Stamp (*Billy Budd, El coleccionista, Teorema, Lejos del mundanal ruido*), que en los dos primeros films interpreta al general Zod, enemigo acérrimo del Hombre de Acero. El general Zod es sádico, cruel, soberbio y vanidoso, y el fuego del odio y la ambición parece consumirlo constantemente. Terence Stamp es bastante más accesible. Los dos primeros *Superman* han sido "personalmente gratificantes" para él, declara a *Omni* (julio de 1981), pese a los inconvenientes corporales causados por la filmación de las escenas de vuelo. Terence Stamp no ha actuado en films de ciencia ficción, excepto *La mente del señor Soames* (1970), pero es un aficionado al género y entre sus favoritos se cuentan *Más que humano* de Sturgeon, *Dune* de Herbert y *Cántico por Leibowitz* de Miller. Stamp comenta que vivió la filmación de *Superman* casi como una novela de ciencia ficción en sí misma.

"Hubo un presagio extraordinario asociado con el proyecto —declara—, algo que me afectó profundamente. En 1977 el astrónomo Charles T. Kowal descubrió el planetotido Quirón. Esto coincidió con el comienzo del rodaje de la primera película, y en términos de credibilidad hacia que el remoto mundo de Kriptón me pareciera más plausible. Aún más significativo es el hecho de que el planetotido tuviera el nombre de un centauro, un gran maestro de la mitología griega. Así como el conocimiento

y la esperanza son el legado de Quirón, también son el legado de Kriptón. El único artefacto que subsiste de ese planeta es el cristal verde mediante el cual Superman habla con sus padres, muertos mucho tiempo atrás. Es una fuente de energía e inmortalidad que se autoperpetúa, un ejemplo del poder último de la ciencia: la sabiduría, la biología y la tecnología funcionan como las hermanas que siempre estuvieron destinadas a ser. También me preguntaba si, en un sentido más amplio, el descubrimiento de Quirón podría significar un nuevo impulso en el conocimiento humano, tal como Plutón preanunció una era sísmica de conocimiento: poder atómico, desarrollo del freudismo, los pasos asombrosos dados por los medios de comunicación, etcétera. Era un momento adecuado para rodar una película de ciencia ficción, y yo tenía la esperanza de que estas abstracciones impregnaran las dos películas y afectaran al público en el mismo nivel personal y filosófico."

Por otra parte, Stamp aclara que sus lecturas filosóficas le han ayudado a advertir extrañas relaciones entre la vida y el cine, y un curioso paralelo entre ambas manifestaciones. "Si se mira una película, uno advierte que es una cosa transitoria, que sólo la luz del proyector es constante. La vida de una persona también cambia constantemente, es un teatro de sombras carnales en tránsito, vuelto perceptible por la luz que hay dentro de nosotros." Stamp rehúsa denominar esa luz con términos trillados como "alma" o "conciencia", pero opina que las imágenes que se le exponen son reveladas im-

parcialmente por ella para que nosotros las interpretemos como una película. "Creo que sería muy interesante y adecuado para nuestra sociedad de los medios el desarrollo de una filosofía o una religión inspirada por el cine. Ya tenemos nuestros ídolos, los Brando y las Hepburn; un simbolismo de ese tipo puede ser la filosofía del futuro.

Nuevos mitos, nuevos ritos

En el colorido panteón de esa curiosa religión que sugiere Stamp, es evidente que Superman ocuparía un lugar destacado junto con otros superhéroes y antihéroes. No es necesariamente alarmante. Los mismos mitos que sirven para masificar y esclavizar la mente pueden ser blanco de la ironía y la parodia, que implican un ejercicio de la libertad. La imaginación puede utilizar los factores alienantes para neutralizarlos, porque ningún icono representa constantemente lo mismo. Quizá sea prudente recordar las palabras de Eco: "No estamos entre quienes consideran los entretenimientos masivos y los productos de la industria cultural como instrumentos diabólicos con cuyo uso está muriendo nuestra civilización. Hay momentos de nuestra jornada en que puede ser útil el ejercicio terapéutico del eterno presente que nos ofrece Superman [...]" Los superhéroes ya son una parte ineludible de la cultura de los medios, pero no sólo hemos aprendido que no son invencibles sino que podemos reírnos de ellos y de sus connotaciones. El descubrimiento de su conmovedora vulnerabilidad nos puede permitir otras formas de vuelo. [CG]



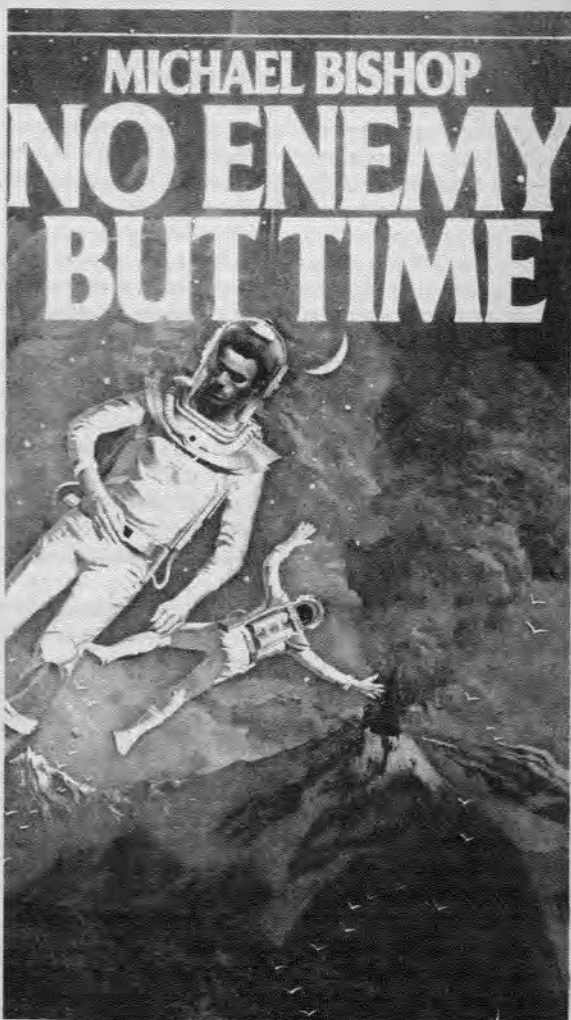
ETCÉTERA

NOSTALGIAS DEL BUEN SALVAJE

Hace más de treinta años, cuando el panorama de la paleoantropología aún no había sido trastornado por la aparición de los australopitécidos del Olduvai y del Afar, Vercors, un escritor francés que hoy casi nadie lee, escribió una novela muy discursiva sobre el tema del origen del hombre; un *roman philosophique*, que hoy llamaríamos ciencia ficción.

Vercors gozaba entonces de la fama que le había dado *Silencio del mar*, su novela de la Resistencia, pero sus especulaciones antropológicas no resistieron el paso del tiempo. De su libro sólo nos ha quedado una ingeniosa fórmula, la del título: *Animales desnaturalizados* (1951).

La novela tomaba como pretexto el descubrimiento en Nueva Guinea de una tribu de homínidos que constituía el eslabón perdido entre el Hombre de Java y el Sinántropo. Hoy sabemos que ambas razas pertenecen a una misma especie, el *Homo Erectus*, pero



para el estado de la divulgación de entonces, constituían aceptables hombres-monos.

Tras inacabables discusiones (que incluían una caricatura de Teilhard de Chardin), acerca de si esos seres eran o no humanos, el protagonista encontraba una solución drástica. Tras hacer inseminar una hembra de esa especie con espermatozoides humanos, mata al niño que nace de esa unión. Automáticamente, la cuestión pasa a los tribunales, pues si va a ser acusado de homicidio, se trata de establecer si el hombre-mono es hombre, y en definitiva definir "qué es el hombre", una cuestión que va más allá de las posibilidades de los jueces.

La polémica que sigue llena la segunda mitad del libro, y se resuelve con una tesis que el autor califica de "marxista": una cruz de Franklin (el hombre, "hacedor de herramientas") con Sartre (el hombre, "pasión inútil").

Si me detuve en recordar un libro que quizás esté justamente olvidado, es porque cuestiones semejantes parecerían plantearse en una novela reciente, *El enemigo es el tiempo*, de Michael Bishop (*No Enemy But Time*; Timescape Books, New York, 1982; 397 págs.). Digo "parecería" porque, si bien existen muchas analogías en cuanto al tema de Vercors, los tiempos han cambiado y pareciera que todos supiesen, o creyeran saber, o no les importara saber, qué es el hombre.

La novela de Bishop obtuvo el premio Hugo de 1982, lo cual no sólo lleva a dudar del Hugo (es sabido que el Nebula es mucho más confiable) si no de la creatividad en la ciencia ficción actual.

Es un hecho reconocido que las primitivas técnicas narrativas de los viejos escritores de *cf* fueron felizmente superadas al injertarse en el tronco de la gran literatura algunas figuras líderes; sobre esto ha corrido mucha tinta. Pero también ha ocurrido que, al ampliarse el mercado comercial, se ha producido otra hibridación menos recomendable, que es la contaminación con los malos hábitos del *best seller*.

Hay mucho de técnica "best-sellerística" en esta larga novela de Bishop. Sin duda, sus modestos objetivos se hubieran alcanzado con la mitad de páginas; con esto habría contribuido a evitar el despilfarro de papel, un recurso que cuesta mucho renovar.

No cabe duda de que el tema pertenece a la ciencia ficción (la clásica máquina del tiempo), pero el tratamiento es displicente, como si el autor tuviese miedo de incurrir en los lugares comunes de un género tan transitado, y el carácter del protagonista no es convincente, aun cuando se dediquen tantas páginas a contar su historia.

El autor vivió mucho tiempo en España, cuando pertenecía a la Fuerza Aérea estadounidense; de ello dan fe las numerosas expresiones en español que salpican el texto, tanto en bastardilla como incorporadas al discurso; por ejemplo, la palabra "arroyo" parece formar parte de su vocabulario habitual. Lamentablemente, el corrector no parece tener la misma experiencia, pues más de una vez las palabras aparecen desfiguradas.

A manera de prólogo, se evoca un episodio de infancia, donde nos enteramos de que el protagonista

(o quizá el autor) tenía la costumbre de mezclar las diapositivas de su padre para sabotear las fiestas familiares. En esto consiste toda la técnica con que ha construido su novela: cada capítulo es un momento en la vida de Joshua Kampa, y estos episodios están barajados aproximadamente según dos series paralelas. Una serie va desde la infancia hasta el momento en que Joshua viaja al pasado; alternando con ella, hay capítulos de su vida en el mundo prehistórico; ambas series convergen al fin, a partir de su regreso.

Estas retrospectivas, ordenadas según la secuencia cronológica (un crimen que el crítico se ve obligado a cometer para brindar una idea de la trama) permiten reconstruir una historia como la que sigue.

Joshua nace en Sevilla, de la relación entre una prostituta sordomuda española y un oficial negro norteamericano. Criado durante un año en un total aislamiento, es casi un autista cuando su madre lo abandona en brazos de unas adolescentes norteamericanas que viven en una base militar. En Morón de la Frontera es adoptado por la familia de un oficial de la USAF, que lo lleva a Texas. Es casi un niño-lobo, que aprende a hablar muy tarde y sueña de un modo intenso; en sus prolongadas fugas oníricas, que a partir de la adolescencia comienza a registrar, se dibuja con claridad el mundo del Peistoceno, hasta el punto de poder discutir con los paleoantropólogos.

El padrastro muere en un tonto accidente, cuando busca vengarse de un macaco del zoológico que le ha robado la pipa; la madrastra se

convierte en escritora profesional para mantener a la familia, e inunda el mercado de dudosos best-sellers.

Joshua rompe con su familia adoptiva cuando descubre que su madrastra ha escrito un libro sensacionalista a partir de los relatos de sus viajes oníricos. Abandona el hogar, vive de los acostumbrados empleos ocasionales, y por fin trata contacto con un paleontólogo. Este es un personaje ambiguo, rival de los Leakey, que cree haber descubierto el verdadero antecesor del hombre en Zarakal (Kenia, en la ficción), y ha convencido al dictador local del prestigio que este descubrimiento aportará, hasta el punto de haber sido nombrado ministro del Interior; Zarakal ha hecho del fósil su emblema nacional y sueña ahora con ambiciosas empresas, como un proyecto espacial propio o algo que le dé prestigio internacional.

La trama termina de tejerse cuando aparece un físico (también norteamericano y al servicio de Zarakal), que acaba de inventar la máquina del tiempo. Joshua es contratado para viajar al Pleistoceno que tan bien conoce y probar la existencia del "Homo Zarakalensis", incrementando considerablemente la deuda externa del país africano.

En cuanto es proyectado al pasado, Joshua comete todos los desajustes que tradicionalmente han servido de base para cualquier novela conocida del género, alterando la historia, contaminando el pasado y convirtiéndose en antepasado de sí mismo.

En la planicie africana prehistórica encuentra a tres especies coe-

xistentes, las mismas que conocemos desde Leakey en adelante: los australopitécidos *africanus* y *robustus*, aún simioscos, y el *homo habilis*, protohumano. El viajero del tiempo se integra a la tribu de los *habilis*, y gracias al entrenamiento previo que ha recibido en la selva, se va despojando de todos los hábitos civilizados hasta hacerse un homínido lampiño.

Sin tomar la menor precaución —parece no haber leído a Heinlein ni a Bradbury— trata de enseñarles a hablar, enciende fuego, inventa herramientas, les permite jugar con su arma (con el resultado de un homínido muerto), y pone a su disposición todo el equipo, desde la ropa interior descartable hasta su navaja y la crema de afeitar en aerosol.

Pero aún falta la suprema contaminación temporal. Desde el primer momento, Joshua se ha aficionado a una mujer *habilis* que se destaca por su inteligencia y ciertos detalles anatómicos que la señalan como más evolucionada; se enamora de ella, pese al abismo cultural que los separa, y la hace su pareja. De resultados de su unión, nace una hija, aparentemente *sapiens*, aunque la mayor preocupación del padre es que sea negra como él.

Entonces sobreviene un final wagneriano: la tribu entera, y con ella su mujer, perecen en una erupción volcánica, y el crononauta es rescatado, con la niña en brazos, en una secuencia onírica, donde se mezclan realidad y fantasías infantiles.

Aquí todo se complica: según había explicado el físico, sólo es posible visitar el pasado, porque el

futuro no existe. El pasado está en algún lugar del espacio, que la Tierra ha dejado atrás en su movimiento. Puede visitarse en sueños, cuando uno está "conectado" con un determinado período, o mediante la Máquina; lo que no queda pues en claro es si ese mundo es objetivo o subjetivo. Como participa siquiera en algo de la subjetividad del sueño, las modificaciones que en él se introducen no afectan a nuestro presente, lo cual da carta blanca para que el crononauta cometa cuantos errores desee; pero también es objetivo, porque la niña ha vivido en los dos mundos. El tiempo parece aquí estar compuesto de "cuantos" separados sin ninguna causalidad que explique la evolución o las secuencias históricas.

Pero pronto esto también se contradice. La hija "mestiza" de Joshua y la homínida Helen, traída al presente, se convierte en símbolo del prestigio nacional de Zarakal. Joshua también es nombrado ministro y comienza a lamentar la progresiva destrucción de su sueño, a medida que las multinacionales y los símbolos de progreso comienzan a "modernizar" el país africano y surgen chabacanos centros turísticos en los lugares cuya belleza virgen había conocido Joshua. Comparando este mundo de Hiltons y cabarets con el de los *habilis*, son éstos los que salen ganando: las virtudes solidarias, la dignidad, el sentido de la vida y la muerte que aquéllos habían alcanzado es infinitamente superior a esta parodia de civilización. Envejecido, añorando a Helen y disconforme con la fama, Joshua vive su último acto, tras tener una larga

entrevista con su madre. Mediante una artimaña, le arrebatan la hija y se la llevan para trabajar en un nuevo proyecto de viaje temporal; esta vez irá a explorar el futuro, algo que ahora parece que se ha hecho posible.

Para eliminar de plano la posibilidad de paradojas temporales, con lo cual se evita caer en las situaciones ya tratadas por los clásicos, se elimina también la coherencia causal; sólo queda la concepción difusa de un tiempo atomizado, donde sueño y realidad no se distinguen. El problema del origen del hombre permanece sin tratar, cuando precisamente lo que espera el lector es que se lo trate, y se pierden muchas páginas en evocar situaciones que poco o nada tienen que ver con la trama.

En cuanto al lenguaje, llama la atención por su contaminación publicitaria (característica del *best seller*) que se evidencia por la constante mención de marcas registradas.

La novela deja muchos cabos sueltos. No en cuanto a la trama, que el autor se preocupa por cerrar cuidadosamente, explicando con

detalle qué ocurre con cada uno de los personajes; por ejemplo, el destino final de los verdaderos padres de Joshua, totalmente prescindible. Lo que queda poco claro es el tema mismo, pues si el lector espera alguna hipótesis audaz, se le ofrece en cambio el romance de dos seres separados por varios millones de años (aunque eso ya lo había hecho el buen H. Rider Haggard en plena época victoriana), mucho desenfado "adulto" en los detalles fisiológicos, y la inconsistencia de una trama que se va diluyendo y continúa más allá de lo esperado.

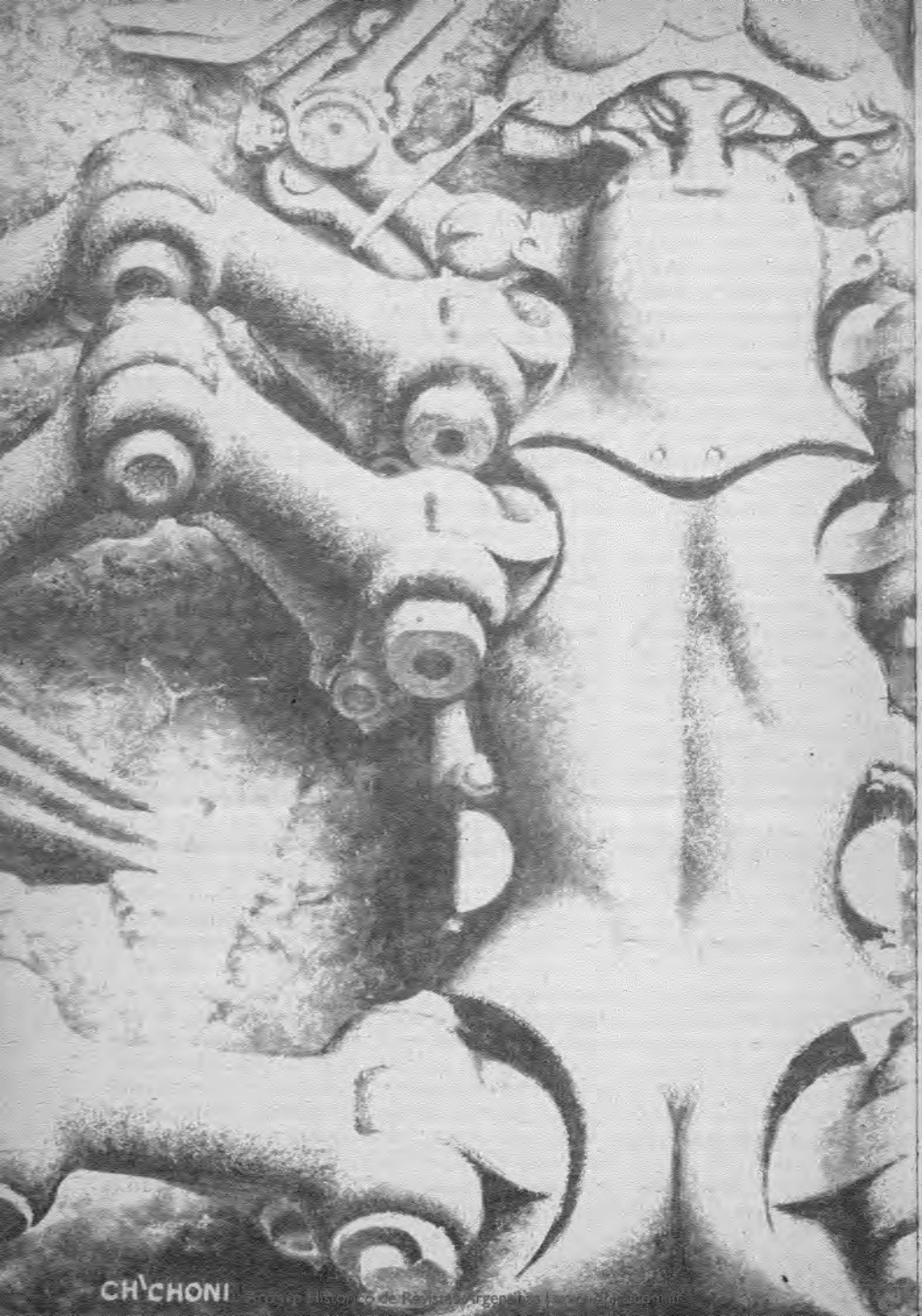
Un párrafo aparte merece cierta actitud de superioridad en la descripción de los "nativos", es decir no-estadounidenses, que aparecen a lo largo de todos los viajes del protagonista: esto vale incluso para los españoles que sólo parecen servir de decorado para las bases de la OTAN. No se trata de racismo: Joshua es negro, su padre "hispano" y su amante circunstancial, vietnamita; la superioridad parece estar dada por la familiaridad con los símbolos del poder: las marcas como Colgate, Gillette,

Fruit of the Loom, Levi's, etc.

También la convencional dictadura africana está tratada con paternalismo: el dictador está "un poco loco", pues arriesga la vida de sus hombres en simulacros de caminata espacial, conserva intactos los odios tribales y tiene delirios nacionalistas, pero en el fondo es un buen aliado para los intereses norteamericanos.

El último capítulo transcurre en el año 2002 (está visto que ya no se puede usar 2000 ni 2001), y nos enteramos de que Ford acaba de instalar en Zarakal una fábrica de autos solares, cuyos obreros ganan el doble que sus compatriotas, pero tres veces menos que en Detroit. Por supuesto, también hay bases y asesoramiento militar norteamericano. Calma, que nada cambiará...

El Buen Salvaje está pues perdido en el Pleistoceno; los "salvajes" peristéricos del presente sólo podrán llegar a ser infelices si adoptan el *american way*. Pero es un mundo tan absurdo que sólo puede evadirse de él en sueños. No se trata, pues, de un mensaje demasiado estimulante... [PC]



CH'CHONI

Revista de Historia de Rosario, Argentina

STANISLAV LEM

LA MÁSCARA

*¿Quiénes somos?
¿Cuál es nuestra
misión?*

Ilustración de Oscar Chichoni

Al principio había oscuridad y llama fría y trueno reverberante y, en largas cuerdas de chispas, ganchos negros, ganchos segmentados, que me desplazaban, y reptantes serpientes de metal que tocaban la cosa que era yo con cabezas achata-das como hocicos, y cada contacto provocaba un espasmo relampagueante, agudo, casi placentero.

Desde atrás de ventanas redondas me observaban ojos, ojos incommensurablemente profundos, inmóviles, ojos que retrocedían, aunque quizá era yo quien se adelantaba, entrando en el siguiente círculo de observación, que inspiraba sopor, respeto y miedo. Este viaje boca arriba duró por tiempo indeterminado, y en su transcurso la cosa que era yo

creció y llegó a conocerse, descubriendo sus propios límites, y no sé bien en qué momento pude captar plenamente su propia forma, tomar conocimiento de cada lugar que abandonaba. Allí empezó el mundo, estruendoso, llameante, oscuro, y luego el movimiento cesó y el delicado aleteo de miembros articulados, que me entregaban el mí a mí, se elevó ligeramente, dio ese mí a manos con forma de pinzas, manos que lo ofrecieron a bocas chatas en una guirnalda de chispas y desaparecieron, y la cosa que era yo quedó inerte, aunque ahora capaz de moverse por su cuenta pero aún consciente de que mi momento todavía no había llegado, y en esta letárgica inclinación —pues

yo, la cosa, estaba ahora en un plano inclinado— el último flujo de corriente, los últimos ritos jadeantes, un beso trémulo tensó al mí y ésa fue la señal para levantarse de un brinco y entrar en la abertura redonda sin luz, y como ahora no necesitaba ningún impulso toqué las placas frías, tersas y cóncavas para descansar sobre ellas con un alivio pètreo. Pero quizá todo eso fue un sueño.

No sé nada del despertar. Recuerdo susurros incomprensibles y una opacidad fría y yo adentro, el mundo abierto en un paisaje de destellos fragmentado en colores, y también recuerdo cuánto asombro había en mis movimientos cuando la cosa cruzó el umbral. Una luz fuerte palpitaba arriba sobre la colorida confusión de troncos verticales, y vi esferas que volvían hacia la cosa botones diminutos de brillo acuoso. El murmullo general murió y en el silencio que siguió la cosa que era yo dio un paso más.

Y luego, con un sonido que sentí pero no oí, una cuerda suave se partió dentro de mí y yo, ahora ella, sentí tan violentamente el torrente del género que la cabeza de ella giró y yo cerré los ojos. Mientras estaba así, con los ojos cerrados, me llegaron palabras desde todas partes, pues junto con el género ella había recibido el lenguaje. Abrí los ojos y sonreí, y avancé, y los vestidos de ella se movieron conmigo. Caminé con dignidad, rodeada por el mirínaque, sin saber adónde iba, pero sin detenerme, pues éste era el baile de la corte, y el recuerdo del error de ella un instante antes, cuando yo había tomado las cabezas por esferas y los ojos por botones húmedos, me diver-

tían como el traspie de una niña, y por lo tanto sonreí, pero la sonrisa sólo iba dirigida a mí misma. Mis oídos llegaban lejos, se agudizaron, así que distinguí el murmullo del respeto cortesano, los disimulados suspiros de los caballeros, la envidiosa respiración de las damas, y ¿quién es esa joven, conde? Y atravesé una sala enorme, bajo arañas de cristal. De las arañas del cielorraso colgaban pétalos de rosas, y me vi reflejada en el rencor que brotaba de las caras pintarrajeadas de las viudas, y en los ojos lascivos de señores morenos.

Detrás de las ventanas, desde el cielorraso abovedado hasta el piso, bostezaba la noche. Ardían teas en el parque, y en un cuarto entre dos ventanas, al pie de una estatua de mármol, había un hombre más bajo que los demás, rodeado por un círculo de cortesanos vestidos con rayas negras y amarillas, que parecían encerrarlo pero nunca pisaban el círculo vacío, y el más bajo ni siquiera miró hacia mí cuando me acerqué. Al pasar ante él me detuve, y aunque él no miraba hacia mí me recogí la falda con las yemas de los dedos, bajando los ojos como si deseara hacerle una profunda reverencia, pero sólo miré mis propias manos, largas y blancas, y no supe por qué esa blancura, cuando brillaba contra el cielo azul de la falda, tenía algo aterrador. Pero él, ese noble de baja estatura, rodeado de cortesanos, con un pálido caballero de armadura detrás, un caballero de cabeza rubia y descubierta y empuñando una daga como si fuera un juguete, no se dignó mirarme. Dijo algo en voz baja, ahogada por el tedio, pero para sí mismo. Y yo, sin hacer la re-

verencia, observándolo con ferocidad un breve instante para recordar la cara de boca ligeramente torcida, pues alzaba una comisura en una mueca cansada junto a una pequeña cicatriz blanca, y fijando los ojos en esa boca, di media vuelta y seguí de largo haciendo susurrar la falda. Sólo entonces él me miró y sentí perfectamente esa mirada fría y fugaz, una mirada penetrante, como si él tuviera un rifle invisible en la mejilla y me apuntara al cuello, justo entre los bucles de rizos rubios, dorados, y ése fuera el segundo comienzo. Yo no quería volverme, pero me volví y me incliné en una reverencia profunda, muy profunda, alzando la falda con ambas manos, como para hundirme a través de su rigidez hasta el lustre del piso, pues él era el rey. Luego me alejé despacio, preguntándome cómo sabía esto tan bien y con tanta certidumbre, y además muy tentada de hacer algo indecoroso, pues si yo no podía saber y sin embargo sabía de un modo inexorable y categórico, todo esto era un sueño. ¿Qué podía ofender en un sueño? ¿Pellizcarle a alguien la nariz? Me asusté un poco porque no podía hacerlo, como si dentro de mí hubiera una barrera invisible. Así vacilaba, caminando inadvertidamente, entre las convicciones de la realidad y el sueño, y entretanto el conocimiento entraba en mí, como olas rompiendo en la playa, y cada ola dejaba más información, rangos y títulos como orlados con encaje; cuando llegué a la mitad del salón, bajo un candelabro ardiente que centelleaba como un barco en llamas, ya conocía el nombre de todas las damas, cuyas arrugas estaban disimuladas con cuidadoso arte.

Sabía mucho ahora, como quien despierta de una pesadilla pero aún la sigue recordando, y lo que permanecía inaccesible para mí se presentaba en mi mente como dos sombras, mi pasado y mi presente, pues aún lo ignoraba todo acerca de mí misma. Mientras experimentaba totalmente mi desnudez, los senos, el vientre, los muslos, el cuello, los hombros, los pies invisibles, ocultos por la costosa indumentaria, toqué el topacio engarzado en oro que palpitaba como una luciérnaga lustrosa entre mis senos. Sentí también la expresión de mi cara, que no delataba nada, una expresión que debía de asombrar, pues quien reparaba en mí creía ver una sonrisa, pero si me observaba atentamente la boca, los ojos, la frente, vería que no había allí la menor huella de diversión; ni siquiera la diversión cortés, de modo que me escudriñaba nuevamente los ojos pero los encontraba serenos. Se fijaba en las mejillas, buscaba la sonrisa en el mentón, pero yo no tenía hoyuelos de frivolidad, mis mejillas eran tersas y blancas, y el mentón severo, tranquilo, sobrio, no menos perfecto que el cuello, que no revelaba nada. Luego el observador se preocupaba, preguntándose por qué había imaginado que yo sonreía, y en el desconcierto causado por sus dudas y mi belleza se perdía en la multitud, o me hacía una profunda reverencia para ocultarse de mí detrás de ese gesto.

Pero había dos cosas que yo aún ignoraba, aunque advertía, si bien oscuramente, que eran las más importantes. No comprendía por qué el rey me había ignorado mientras yo pasaba, por qué se había negado

a mirarme a los ojos cuando no temía mi belleza ni la deseaba. Sentía que yo era valiosa para él, pero de un modo inexplicable, como si él no supiera qué hacer conmigo, como si para él yo fuera alguien que estaba fuera de ese salón titilante, alguien que no estaba hecha para bailar en el parquet traslúcido y encerado dispuesto en capas multicolores entre los escudos de armas de bronce forjado encima de los dinteles; pero cuando pasé a su lado, él no reveló ningún pensamiento en el que yo pudiera adivinar la voluntad real, y aun cuando me habría dirigido esa mirada, fugaz y casual, aunque apuntada por una mirilla invisible, entendí que no era a mí a quien dirigía esos ojos pálidos, ojos que debían haberse mantenido detrás de gafas oscuras, pues su mirada no fingía nada, al contrario de la cara bien educada, y flotaba en esa elegancia ondulante como agua sucia en el fondo de un cuenco. No, los ojos eran algo desechado tiempo atrás, algo que requería ocultamiento, no la exposición a la luz del día.

Pero ¿qué querría de mí? No pude pensar en ello, pues otra cosa me llamó la atención. Conocía a todo el mundo aquí, pero a mí no me conocía nadie. Excepto él, quizá, sólo él: el rey. En las yemas de los dedos yo ahora tenía también conocimiento de mí misma, mis sentimientos se volvían extraños mientras aminoraba el paso después de cruzar las tres cuartas partes del salón, y en medio de la muchedumbre multicolor, las caras inexpressivas, las patillas escarchadas, y también caras hinchadas y transpiradas bajo el maquillaje pegajoso, en medio de cintas y meda-

llas y galones con herretes se abrió un corredor para que yo pudiera atravesar como una reina esa senda abierta en la multitud, escoltada por ojos vigilantes. Pero ¿hacia dónde me dirigía?

Hacia quién.

Y ¿quién era yo? Un pensamiento siguió al otro con fluidez. Capté en un instante la disonancia entre mi situación y la de esa turba distinguida, pues cada uno de ellos tenía una historia, una familia, condecoraciones, la misma nobleza conquistada a través de intrigas y traiciones, y cada cual exhibía su inflada vejiga de orgullo sórdido, arrastraba su pasado personal como la estela de polvo que una carreta levanta en el desierto, mientras que yo venía de muy lejos. Era como si no tuviera un pasado, sino una multitud de pasados, pues mi destino sólo podía ser comprensible para los presentes mediante una fragmentaria traducción a sus costumbres locales, a su lengua familiar pero extranjera, mientras que yo sólo podía aproximarme a la comprensión de ellos, y con cada designación elegida sería para ellos una persona diferente. ¿Y también para mí? No, pero en cierta forma sí, pues no tenía ningún conocimiento excepto el que me había inundado al entrar en el salón, como el agua que brota para inundar una zona árida, derribando diques hasta el momento sólidos. Más allá de ese conocimiento, razoné lógicamente: ¿Era posible ser muchas cosas al mismo tiempo? ¿Derivar de una pluralidad de pasados abandonados? Mi lógica, extraída de las malezas de la memoria, me decía que no era posible, que yo debía tener un solo pasado.

Pero si yo era la hija del conde Tlenix, la dama Zoronennay, la joven Virginia, una huérfana del reino de ultramar de los Langodot junto al clan Valandian, si no podía separar lo ficticio de lo verdadero, ¿no estaba soñando después de todo? Pero ahora la orquesta empezó a tocar en alguna parte y el baile me arrastró como un alud de piedras. ¿Cómo podía persuadirme de creer en una realidad más real, en un despertar de este despertar?

Caminaba en medio de una desagradable confusión, vigilando cada uno de mis pasos, pues había vuelto ese mareo, ese vértigo. Pero no abandoné en ningún momento mi andar principesco, aunque el esfuerzo era tremendo, si bien invisible, y recibía fuerzas precisamente por ser invisible, hasta que sentí que llegaba una ayuda desde lejos. Eran los ojos de un hombre. Estaba sentado en el alféizar bajo una ventana entreabierta. La cortina de brocado le acariciaba caprichosamente el hombro como una bufanda con sus leones de melena roja, leones con coronas, espantosamente viejos, que empuñaban esferas y cetros en las garras, las esferas como manzanas envenenadas, las manzanas del Jardín del Edén. Ese hombre, adornado con leones, vestido de negro, suntuosamente, y sin embargo con una indolencia natural que no tenía nada en común con el desaliño artificial de un noble, ese desconocido que no era un petimetre ni un afeminado, un cortesano ni un sicofante, pero tampoco viejo, me miraba desde su reclusión en el tumulto general, tan solitario como yo. Y alrededor estaban los que encendían cigarrillos con billetes enrollados

ante los ojos de sus compañeros de tarot, y arrojaban ducados de oro en el tapete verde, como si arrojaran nueces moscadas a los cisnes de un estanque, los que no podían incurrir en la estupidez ni el deshonra, pues su condición ilustre ennoblecía todo lo que hacían. Ese hombre estaba fuera de lugar en ese salón, y esa deferencia aparentemente involuntaria que prestaba al rígido brocado con leones reales, permitiéndole que le cubriera el hombro y le bañara la cara con el reflejo de su púrpura imperial, esa deferencia tenía la apariencia de una burla sutilísima. Aunque ya no era joven, conservaba la juventud en los ojos oscuros, entornados, y escuchaba (o tal vez no) a su interlocutor, un hombrecillo calvo y rechoncho con el aire de un perro dócil y sobrealimentado. Cuando el hombre se puso de pie, la cortina se le deslizó del brazo como un oropel falso, y nuestros ojos se cruzaron inexorablemente, aunque yo aparté los míos de su rostro. Lo juro. Ese rostro aún estaba grabado en mi visión, como si de pronto hubiera enceguecido, y mis oídos sólo captaron por un instante no la orquesta sino mis propias palpitaciones. Pero podría equivocarme.

Puedo asegurar que la cara era común. Los rasgos tenían esa tenaz asimetría de la fealdad elegante tan propia de la inteligencia, pero él debía de haberse hartado de su propia brillantez. Quizá era demasiado penetrante y un poco autodestructiva. Sin duda se atormentaba en las noches. Era evidente que para él era una carga, y que había momentos en que habría querido librarse de esa inteligencia como si fuera un defecto, no un pri-

vilegio ni un don, pues pensar continuamente debía de atormentarlo, sobre todo cuando estaba solo, y eso le ocurría a menudo en todas partes, aun aquí. Y su cuerpo, bajo la fina indumentaria, cortada a la moda pero no ceñida, como si él hubiera aconsejado y prevenido al sastre, me obligó a pensar en su desnudez.

Esa desnudez debía de ser patética, no magníficamente viril, atlética, musculosa, envuelta en un viboreo de bultos, nudos, gruesos tendones para despertar el deseo de viejas aún no resignadas, aún espoleadas por la esperanza de la lujuria. Pero sólo su cabeza tenía esa belleza masculina, con la curva del genio en la boca, con la feroz impaciencia de las cejas, y entre las cejas una grieta que las dividía como un tajo, y la sensación del ridículo en esa nariz enérgica y lustrosa. Oh, no era buen mozo, ni siquiera seductor en su fealdad, sólo era distinto, y si el aturdimiento no me hubiera embargado cuando chocaron nuestras miradas, por cierto yo me habría alejado.

Claro que si lo hubiera hecho, si hubiera podido escapar de esa zona de atracción, el misericordioso rey, con un movimiento de la sortija, con las comisuras de los ojos desvaídos, las pupilas como agujas, prohtto me habría asediado, y yo habría vuelto. Pero en ese momento y lugar yo no podía saberlo. No advertía que lo que aparentaba ser un casual cruce de miradas, es decir, el breve encuentro de los agujeros negros del iris de dos seres (pues después de todo son agujeros, pequeños agujeros en órganos redondos que se deslizan ágilmente en aberturas del cráneo), no adver-

tía que esto, precisamente esto, estaba predestinado. ¿Cómo podía haberlo sabido?

Yo estaba por seguir de largo cuando él se levantó y apartándose de la manga el borde colgante del brocado, como para indicar que la comedia había terminado, se me acercó. Avanzó dos pasos y se detuvo, comprendiendo cuán impertinente era ese acto inequívoco, cuán imbécil parecería siguiendo a una beldad desconocida como un idiota boquiabierto siguiendo una orquesta, así que se detuvo, y entonces yo cerré una mano y con la otra dejé resbalar por mi muñeca el cordón del abanico. Para que se cayera. Y él, inmediatamente...

Nos miramos, ahora de cerca, por encima del mango de madreperla del abanico. Un momento glorioso y temible. Una puñalada de frío mortal me atravesó la garganta, cercenando el lenguaje, y como no podía hablarle, sólo graznar, incliné la cabeza. Ese gesto fue casi idéntico al anterior, cuando me decidí a concluir mi reverencia ante el rey que no miraba.

El no devolvió el saludo, demasiado perplejo y asombrado por lo que le ocurría, pues no había esperado eso de sí mismo. Lo sé, porque me lo contó más tarde, pero aunque no me lo hubiera contado yo lo sabría.

Él quería decir algo, no quería mostrarse como el idiota que sin duda era en ese instante, y lo supe.

—El abanico —dijo, aclarándose la garganta como un jabalí.

Ahora ya lo tenía en mis manos. A él y a mí misma.

—Gracias —dije, con una voz un tanto áspera, alterada, aunque tal vez normal para él, pues nunca la

había oído hasta ese momento—. ¿Debo soltarlo de nuevo?

Y sonreí, oh, pero no provocativamente, seductoramente, ni con alegría. Sonreí sólo porque sentí que me sonrojaba. El sonrojo no era mío. Se extendía por mis mejillas, me invadía la cara, me coloreaba los lóbulos, y yo sentía todo eso, pero no sentía vergüenza, ni excitación, ni me maravillaba ante ese desconocido, a fin de cuentas un hombre más, perdido entre los cortesanos. Diré más: yo no tenía nada que ver con ese sonrojo, cuyo origen era el mismo que el de ese conocimiento que me había invadido en la entrada del salón, cuando pisé por primera vez el suelo traslúcido. El sonrojo parecía formar parte de la etiqueta, de lo que se requería, como el abanico, el miriñaque, los topacios y peinados. Por eso, para neutralizar el sonrojo, para contrarrestarlo, para ahuyentar las falsas conclusiones, sonreí. No fue una sonrisa cómplice sino agresiva que explotaba el límite entre la alegría y el desprecio. Luego él rompió a reír quedamente, una risa callada, introvertida. Era como la risa de un niño a quien le han prohibido reír y por eso mismo no puede contenerse. Esa risa lo rejuveneció de golpe.

—Si me das un momento —dijo, repentinamente serio, como si un nuevo pensamiento lo hubiera aplacado—, podría encontrar una respuesta digna de tus palabras, es decir, una frase ingeniosa. Pero en general las buenas ideas sólo se me ocurren después.

—¿Tan pobre es tu inventiva? —pregunté, concentrando mi voluntad en mi cara y mis orejas, pues ese sonrojo persistente había em-

pezado a enfadarme, consituía una intrusión en mi libertad que formaba parte —advertí— del mismo propósito con que el rey me había entregado a mi destino—. Tal vez debería añadir: “¿Esto es inevitable?” Y responderías que sí, que es inevitable ante una belleza cuya perfección parece confirmar la existencia de lo Absoluto. Luego dos acordes de la orquesta, y ambos recobramos la compostura y con gran delicadeza damos a la conversación un tono más cortesano. Sin embargo, como pareces incómodo en ese terreno, tal vez sea mejor que no nos dediquemos a las agudezas...

Me temió al oír esas palabras, y no supo qué decir. La solemnidad le enturbiaba los ojos. Era como si estuviéramos en medio de una tormenta, entre la iglesia y el bosque, o en un lugar desierto.

—¿Quién eres? —preguntó envaradamente. Ahora no había en él la menor huella de frivolidad ni histrionismo, sólo me temía. Yo no tenía miedo de él, en absoluto, aunque en realidad debía haberme alarmado, pues sentía su cara, su piel porosa, las cejas hirsutas y rebeldes, las amplias curvas de las orejas, entrelazándose en mi interior con mis expectativas hasta ahora ocultas, como si hubiera llevado dentro de mí su negativo sin revelar y él acabara de encajar en la imagen. Pero si él era mi castigo, no tenía miedo. Ni de él ni de mí, pero me estremecí ante la fuerza interna e inmóvil de esa conexión. No me estremecí como una persona, sino como un reloj, cuando ambas manecillas se disponen a dar la hora pero aún guarda silencio. Nadie pudo observar ese estremecimiento.

—Ya te lo diré —le respondí con calma. Sonreí. Una sonrisa tenue y lánguida, como las que se ofrecen a los débiles y enfermos, y abrí el abanico—. Quisiera una copa de vino. ¿Y tú?

Asintió, tratando de adaptarse a este estilo, tan extraño para él, tan poco sentador, un estorbo, y desde allí caminamos por el piso cubierto de perladas guirnalda de cera que goteaba del candelabro, a través del humo de las velas, hombro con hombro. Junto a una pared sirvientes blanco-perlados servían bebidas.

Esa noche no le conté quién era, pues no deseaba mentirle y no sabía la verdad. La verdad no puede contradecirse a sí misma, y yo era dama de compañía, condesa y huérfana. Todas esas genealogías giraban dentro de mí, cada cual podía cobrar sustancia si yo la admitía, ahora comprendía que la verdad sería determinada por mi elección y mi capricho. Declarara lo que declarase, las imágenes no mencionadas se disiparían, pero titubeé entre estas posibilidades, pues en ellas parecía acechar algún subterfugio de la memoria. ¿Tal vez era otra amnésica trastornada que había huido de las atenciones de sus preocupados parientes? Mientras hablaba con él, pensé que si yo era una demente todo terminaría bien. De la locura es posible librarse, como de un sueño. En ambos casos había esperanza.

Cuando en las horas tardías —y él nunca se apartó de mi lado— pasamos un instante junto a Su Majestad, antes que él decidiera retirarse a sus aposentos, noté que el rey ni siquiera se dignaba mirar en nuestra dirección, y fue un descu-

brimiento terrible. Pues él ni siquiera observó mi conducta junto a Arrodos. Parecía innecesario, como si él supiera sin ninguna duda que podía confiar en mí totalmente, tal como se confía plenamente en asesinos a sueldo, que luchan mientras conservan el aliento, pues su destino está en manos de quien los envió. La indiferencia del rey, en cambio, debió de ahuyentar mis sospechas; si él no miraba hacia mí, yo no significaba nada para él. No obstante, mi insistente sensación de persecución movió la balanza a favor de la locura. Por lo tanto reí como una loca de belleza angélica, brindando por Arrodos, a quien el rey despreciaba más que a nadie, aunque había jurado a su madre moribunda que si algo le ocurría a ese hombre sabio sería por su propia decisión. Ignoro si alguien me lo contó mientras bailaba o si lo supe por mis propios medios, pues la noche fue larga y ruidosa, la numerosa multitud nos separaba a menudo. Aun así, seguíamos encontrándonos por casualidad, como si todos los presentes formaran parte de la misma conspiración: obviamente una ilusión, pues no podíamos estar rodeados por una hueste bailarina de muñecos mecánicos. Hablé con viejos, con mujeres jóvenes que envidiaban mi belleza, y discerní innúmeros matices de la estupidez, bonachones y maliciosos, y maneje con tal facilidad a esos inútiles carcamales y a esas afectadas damiselas que sentí lástima de ellos. Yo era el ingenio personificado, sagaz y llena de agudeza, mis ojos se encendían con la rapidez deslumbrante de mis palabras. En mi creciente ansiedad de buena gana habría hecho el papel

de tonta por salvar a Arrodes, pero eso era lo único que no podía conseguir. Lamentablemente, mi versatilidad no llegaba a tanto. ¿Estaba pues mi inteligencia (e inteligencia significaba integridad) sujeta a alguna mentira? Me sumí en tales reflexiones mientras bailaba siguiendo las vueltas del minué. Arrodes, que no bailaba, me observaba desde lejos, negro y esbelto contra el brocado púrpura con los leones coronados. El rey se fue, y poco después nos despedimos. No le permití decir nada ni preguntar nada. Él lo intentó y palideció, oyéndome repetir "No", primero con los labios, luego sólo con el abanico plegado. Salí, sin tener la menor idea de dónde vivía, de dónde había venido, hacia dónde volvería los ojos. Sólo sabía que esas cosas no estaban en mí. Me esforcé, pero en vano. ¿Cómo explicarlo? Todos saben que es imposible hacer girar los ojos para que la pupila mire dentro del cráneo.

Le permití acompañarme hasta la puerta del palacio. En el parque del castillo más allá del círculo de cuencos de brea que ardían continuamente como tallados en carbón, en el aire frío y distante, se oyó una risa inhumana; una perla imitación de las fuentes de los maestros del Sur, o bien las estatuas parlantes suspendidas como fantasmas lechosos sobre los canteros. Los ruiseñores reales cantaban también, aunque nadie escuchaba. Cerca del invernáculo uno de ellos se recortaba contra el disco de la luna, grande y oscuro en la rama... ¡una pose perfecta! La grava crujía bajo nuestros pies, y las puntas doradas de las verjas sobresalían en el follaje húmedo.

Malhumorado y ansioso, él me aferró la mano, y yo no la retiré enseguida. Las correas blancas de las casacas de los granaderos de Su Majestad centellearon, alguien llamó mi carruaje, sonaron los cascotes de los caballos, la portezuela de un carruaje centelleó bajo faroles violáceos, cayó una escalinata. Esto no podía ser un sueño.

—¿Cuándo y dónde? —preguntó él.

—Mejor decir: nunca y en ninguna parte —respondí, enunciando mi sencilla verdad, y enseguida añadí, sin poder contenerme—: No juego contigo, mi buen filósofo. Mira dentro de ti y verás que es un buen consejo.

Pero no pude decirle lo que quería agregar. Podía pensar cualquier cosa, por extraño que parezca, pero no podía encontrar mi voz, no podía alcanzar esas palabras. Un nudo en la garganta, una mudez, como una vuelta de llave, como si un cerrojo acabara de separarnos.

—Demasiado tarde —dijo él en voz baja, con la cabeza gacha—. En verdad es demasiado tarde.

—Los jardines reales están abiertos desde la mañana hasta el toque de corneta del mediodía —dije, el pie en el estribo del carruaje—. Allí hay un estanque con cisnes, y cerca de allí un roble podrido. Mañana, exactamente al mediodía, encontrarás la respuesta en el hueco del árbol. Ojalá algún inconcebible milagro te permita olvidar que nos conocimos. Si supiera cómo, rezaría por ello.

Palabras totalmente inadecuadas, triviales en ese ámbito, pero para mí ya era imposible librarme de esa fatal trivialidad. Cuando el carruaje se puso en movimiento,

advertí que él, pese a todo, interpretaría lo que yo había dicho como indicio de que yo temía las emociones que él había despertado en mí. Era cierto: yo temía las emociones que él despertaba en mí, pero no tenía nada que ver con el amor. Yo sólo había dicho lo que *había podido* decir, como cuando en la oscuridad, en un pantano, uno mueve el pie cautelosamente, temiendo hundirse con el paso siguiente. Así avanzaba yo con mis palabras, tanteando con mi aliento lo que podría —y lo que no me permitirían— decir.

Pero él no podía saberlo. Nos despedimos sin aliento, consternados, con un pánico similar a la pasión, pues así había comenzado nuestro descalabro. Pero yo, grácil y dulce, aniñada, comprendía con mayor claridad que yo era su destino, destino en el terrible sentido de sino inevitable.

El interior del carruaje estaba vacío. Busqué el cordel que estaría cosido a la manga del cochero, pero no estaba. También faltaban las ventanillas. ¿Vidrio negro, tal vez? La oscuridad era total, como si me separara no de la noche sino de la no-existencia. No era ausencia de luz, sino un vacío. Pasé las manos por las paredes curvas tapiadas de felpa, pero no encontré ventanillas ni picaportes, sólo esas superficies blandas y acolchadas delante y encima de mí. El cielo raso era muy bajo, como si estuviera encerrada no en un carruaje sino en un recipiente oblicuo y tembloroso; no oía el repiqueteo de los cascotes, ni el habitual crujido de las ruedas en movimiento. Negrura, silencio, nada. Luego me volví hacia mí misma, pues mi yo era para

mí un enigma más oscuro y ominoso que todo lo ocurrido hasta entonces. Mi memoria estaba intacta. Creo que tenía que ser así, que habría sido imposible disponer las cosas de otra manera, y por lo tanto evoqué mi primer despertar, aún privada de género. Era absolutamente extraño, como recordar un sueño de metamorfosis maligna. Evoqué mi despertar ante la puerta del salón del palacio, ya en esta realidad presente. Incluso recordaba el débil crujido con que se abrieron esos portales tallados, y la máscara de la cara del sirviente, el sirviente que en su afán de servir parecía una marioneta obsequiosa, un viviente cadáver de cera. Todo esto formaba ahora una totalidad coherente en mi memoria, y sir embargo no podía retroceder. Aún ignoraba qué portales eran, qué baile era ése, y qué era esta cosa que era yo. Y ante todo recordaba —y me estremecía, era tan perversamente misterioso— que mis primeros pensamientos, ya casi articulados en palabras, los había formulado de un modo neutro e impersonal. El ello que era yo se había puesto de pie, el yo que era él había visto, yo, ello había entrado... éstas eran las formas usadas por mí antes que el resplandor de salón, que se derramaba por la puerta abierta, me golpeara las pupilas y liberara —tenía que haber sido el resplandor, pues ¿qué otra cosa?— y abriera dentro de mí la trancas y cerrojos desde detrás de los cuales, con la dolorosa brusquedad de una aparición, irrumpió en mí ser la humanidad de las palmas, los movimientos cortesanos, el encanto del bello sexo, y también el recuerdo de los rostros, er

tre los que se destacaba el rostro de ese hombre —y no la mueca del rey— y aunque nadie podría explicármelo nunca, sabía con una certeza inexorable que me había detenido ante el rey por error. Había sido un equívoco, una confusión entre lo que me estaba destinado y el instrumento de ese destino. Un error. Pero ¿qué clase de destino era, si podía cometer errores? No un destino genuino. ¿Entonces aún podía salvarme?

Y ahora, en ese total aislamiento —que no me asustaba, sino que por el contrario me permitía pensar, concentrarme—, cuando expresé el deseo de conocerme, buscando entre mis recuerdos, ahora tan accesibles y ordenados que los tenía a mi alcance como el conocido mobiliario de una vieja habitación, y cuando formulé interrogantes, vi todo lo que había ocurrido esa noche. Pero sólo era claro y nítido hasta el umbral del salón. Antes de eso... sí, exacto. ¿Dónde estaba yo (o ello) antes de eso? ¿De dónde venía? La idea tranquilizadora, la más simple, era que yo no estaba bien, que me estaba recobrando de una enfermedad, como quien regresa de un viaje exótico colmado de las más increíbles aventuras, que, como una refinadísima doncella, muy aficionada a los libros y las novelas, las ensoñaciones y los caprichos, una joven demasiado frágil para este mundo salvaje, había tenido visiones. Tal vez en un delirio histérico imaginé ese pasaje por infiernos metálicos, sin duda mientras yacía en la cama con dosel, sobre sábanas orladas de encaje, sí, la fiebre cerebral incluso sería adecuada a la luz de la vela que alumbraba la cámara para que al desper-

tar yo no volviera a asustarme, y en las figuras que me rodeaban reconociera de inmediato a mis afectuosos custodios. ¡Qué agradable mentira! Había tenido alucinaciones, ¿verdad? Y ellos, hundiéndose en el claro arroyo de mi única memoria, la habían dividido en dos. ¿Memoria dividida...? Porque con esa pregunta oí dentro de mí un coro de respuestas, preparadas y esperándome: dama de compañía, Tlenix, Angelita. ¿Qué era esto? Tenía todas esas frases preparadas, me eran dadas y con cada una de ellas aparecían imágenes. ¡Si tan sólo estuvieran encadenadas! Pero coexistían como las raíces de un árbol, de modo que yo, necesariamente una, naturalmente única, podía haber sido una pluralidad de ramificaciones que luego conflúan en mí como los riachos que desembocan en el caudal de un río. Pero eso era imposible, me dije. Imposible. Estaba segura de ello. Y consideraré mi vida hasta el presente dividida así: hasta el umbral del salón del palacio parecía formada por hilos diferentes, mientras que a partir de allí era uno solo. Las escenas de la primera parte de mi vida corrían paralelamente y se contradecían. La dama: una torre, oscuros pedretones de granito, un puente levadizo, gritos en la noche, sangre en una fuente de cobre, caballeros de aspecto sanguinario, cabezas oxidadas de alabardas y mi carucha pálida en el espejo oval y brumoso entre el marco de la ventana, brumoso, desvaído, y el cabezal tallado. ¿Acaso venía de allí?

Pero como Angelita había sido criada en el calor aplastante del Sur y, mirando en esa dirección, veía paredes blancas con sus superficies

color tiza expuestas al sol, palmeras marchitas, perros rabiosos con el pelo desgreñado junto a esas palmeras, mojado las raíces descascaradas con una orina espumosa, y cestos llenos de dátiles, resecos y con una dulzura pegajosa, y médicos con túnicas verdes, y escalones, escalones de piedra que bajaban hasta la bahía, todas las paredes alejadas del calor, racimos de uvas apilados, amarilleándose y secándose, semejantes a pilas de estiércol, y de nuevo mi cara en el agua, no en el espejo, y el agua vertida de una jarra de plata, una plata oscurecida por el tiempo. Incluso recordaba cómo asia esa jarra y cómo el agua, moviéndose pesadamente en su interior, me tiraba de la mano.

¿Y mi yo neutro y su viaje boca arriba, y los besos plantados en mis manos, mis pies y mi frente por las cimbreadas serpientes de metal? Ese horror ahora se había desvanecido completamente y pese a todos mis esfuerzos me costaba evocarlo, como si fuera un mal sueño imposible de expresar en palabras. No, era imposible que hubiera experimentado, ya simultánea o sucesivamente, vidas tan disímiles. ¿Qué certeza tenía entonces? Yo era bella.

Había sentido tanta desesperación como euforia al verme reflejada en el rostro de él como en un espejo viviente, pues la perfección de mis rasgos era tan absoluta que, pese a cualquier locura que cometiese, aunque aullara con la boca babeante, o royerá carne cruda, la belleza no abandonaría mi rostro. Pero ¿por qué pensaba en "mi rostro" y no simplemente en "mí"? ¿Era yo una persona reñida con su cara y su cuerpo? ¿Una hechicera,

una Medea? Era descabellado, ridículo. Y sin embargo el hecho de que mi mente funcionara como una espada filosa en manos de un caballero fugitivo y despojado de su nobleza, de que yo escindiera cada tema sin esfuerzo, esos obstinados pensamientos parecían excesivamente fríos en su corrección, demasiado serenos, pues el miedo no entraba en ellos —como si fuera algo trascendente, omnipresente, pero distinto— y por lo tanto recelé también de mis pensamientos. Pero si no podía confiar en mi rostro ni en mi mente, ¿contra qué podía abrigar temores y sospechas, cuando lo único que se posee es el alma y el cuerpo? Era desconcertante.

Las raíces dispersas de mis diversos pasados no me contaban nada importante. La inspección sólo permitía cribar imágenes de colores brillantes, ya como la dama del Norte, ya como Angelita del sol ardiente, ya como Mignonne. En cada oportunidad era otra persona con otro nombre, posición, ascendencia, bajo otro cielo, aquí nada tenía precedencia: el paisaje del Sur volvía a mi visión como tensado por un hartazgo de dulzura y contraste, un color teñido de azules demasiado ostentosos, y si no hubiera sido por esos perros sarnosos, y esos niños medio ciegos con ojos infectados y vientres hinchados, esa costa de palmeras me habría resultado excesivamente fácil, tan tersa como una mentira. Y el norte de la dama de compañía, con sus torres nevadas, el cielo plomizo, los inviernos con tortuosas figuras de nieve inventadas por el viento, figuras que se arrastraban hasta el foso a lo largo de almenas y contrafuertes, emergían de las aspilleras

del castillo con sus lenguas blancas a través de la piedra, y de las cadenas del puente levadizo parecían colgar lágrimas amarillas, pero era sólo el óxido coloreando los carámbanos de los eslabones, mientras que en verano el agua estaba cubierta por una mullida capa de musgo. ¡Todo esto, qué bien lo recordaba!

Pero luego mi tercera existencia; jardines vastos, frescos, cuidados, jardineros con tijeras, jaurías de sabuesos y el gran danés del arlequín tendido en la escalinata del trono —una hastiada escultura con la gracia inequívoca del letargo apenas interrumpida por el costillar jadeante— y en sus ojos amarillentos e indiferentes centelleaban, podría pensarse, las figuras reducidas de los catabancos y los réncoros. Y estas palabras, réncoros, catabancos, yo ahora ignoraba el significado, pero sin duda lo había conocido en un tiempo, y cuando me sumergía así en ese pasado tan bien recordado, recordado hasta el gusto de las hojas de hierba que mascaba, sentía que no debía volver a los zapatitos que ya había dejado, ni a mi primer vestido largo bordado en plata, como si aun la niña que había en mí ocultara una traición. Por lo tanto evocé un recuerdo inhumanamente cruel, el del viaje inerte boca arriba, los glaciales besos de metal que, tocándome el cuerpo desnudo, producían un ruido reverberante, como si mi desnudez hubiera sido una campana sin voz, una campana incapaz de vibrar porque aún no tenía corazón ni lengua. Sí, yo apelaba a esta implausibilidad, ya no sorprendida de que esa pesadilla delirante se me apegara con tal tenacidad, pues te-

nía que haber sido una pesadilla. Para reafirmar esta certidumbre me toqué los suaves brazos y los pechos con las yemas de los dedos: una intrusión, sin duda, y me sometí a ella temblando, como si con la cabeza echada hacia atrás hubiera pasado bajo una lluvia helada y vivificante.

En ninguna parte hallaba respuesta a mis preguntas, así que me alejé del abismo que era yo y no era yo. Y volví a eso que era uno, sólo uno. El rey, el baile, la corte y ese hombre. Yo estaba hecha para él, y él para mí, lo sabía pero con miedo. No, no era miedo, sino la presencia férrea del destino, inevitable, inescrutable, y era precisamente esa inevitabilidad, como un presagio de muerte, el conocimiento que ahora ya no podría rehusar, evadir, esquivar, rehuir, y podría perecer, pero perecer de *esa sola manera*. Me hundí sin aliento en esa presencia escalofriante. Incapaz de soportarla, pronuncié las palabras "padre, madre, hermano, hermana, amigas, parientes". Qué bien entendía esas palabras. Aparecían figuras voluntariosas, figuras conocidas, tenía que reconocerlas ante mí misma, sí, pero era imposible haber tenido cuatro madres y cuatro padres. ¿Volvía la locura? ¿Era tan estúpida y obstinada?

Recurrí a la aritmética: uno más uno dos, de un padre y una madre nace una niña, tú eras esa niña, tienes recuerdos de tu infancia.

Me dije que había estado loca, o lo estaba aún. Siendo una mente, era una mente totalmente eclipsada. No había baile ni castillo ni rey, ninguna emergencia a un estado del ser compulsivamente sujeto a las leyes de la eterna armonía. Sen-

tí una punzada de dolor, una resistencia ante la idea de que también debía despedirme de mi belleza. A partir de esos elementos contradictorios no podía construir nada propio, a menos que encontrara en el diseño ya existente un punto débil, fisuras por donde pudiera penetrar para abrir la estructura y llegar a su centro. ¿De veras todo había ocurrido como se suponía? Si yo era propiedad del rey, ¿cómo podía saber esto? Ni siquiera se me habría permitido reflexionar sobre ello. Si él estaba detrás de todo, ¿por qué yo había deseado hacerle una reverencia pero al principio me había negado? Si los preparativos eran irreprochables, ¿por qué yo recordaba cosas que no debía recordar? Pues sin duda, contando tan sólo con el pasado de una muchacha y una niña, yo no habría caído en ese doloroso titubeo que provocaba desesperación, el preludio de la rebelión contra el propio destino. Y por cierto debían al menos haber borrado esa secuencia del viaje boca arriba, la animación de mi desnudez, inerte y muda, por los besos centelleantes, pero eso también había ocurrido y ahora estaba conmigo. ¿Era posible que el defecto estuviera en el diseño y la ejecución? ¿Errores negligentes, un descuido, filtraciones ocultas, confundidos con un enigma o un mal sueño? Pero en tal caso había razones para alentar esperanzas. Para esperar. Para esperar, mientras se desarrollaban los sucesos, nuevas incongruencias, y hacer de ellas una espada contra el rey, contra mí misma, no importaba contra quién mientras se opusiera a un destino impuesto. Por lo tanto, me sometería al hechizo, lo padecería, asisti-

ría a la cita a primera hora de la mañana, y supe, supe sin saber cómo o por qué, que nada me impediría hacerlo. Por el contrario, todo me impulsaría precisamente en esa dirección. Y mi circunstancia inmediata era tan primitiva, sí, paredes, tapizados mullidos que al principio cedían tan blandamente al tacto, y debajo una barrera de acero o mampostería, lo ignoraba, pero podía haber rasgado la cómoda blandura con las uñas. Me puse de pie, mi cabeza tocó la curva cóncava del cielo raso. Esto, alrededor de mí y encima de mí. Pero adentro... ¿yo, sólo yo?

Continué examinando y exponiendo esa ultrajante incapacidad para entenderme a mí misma, y como niveles de ideas afloraban enseguida, uno sobre el otro, empecé a dudar de mi propio juicio, pues si estaba ahogada por la locura, como un insecto en ámbar claro, aprisionada en mi *obnubilatio lucida*, era natural que...

Un momento. ¿De dónde venía ese vocabulario tan elegante, esos términos aprendidos, en latín, frases lógicas, silogismos, esta fluidez extravagante en una criatura dulce y joven cuya visión era una pira llamante para los corazones masculinos? ¿Y de dónde venía esa sensación de terrible tedio en cuestiones sexuales, el frío desdén, la distancia? Oh sí, quizá él ya me amaba, quizá estaba loco por mí, y tenía que verme, oírme la voz, tocarme los dedos mientras yo contemplaba su pasión como un espécimen de laboratorio. ¿No era asombroso, contradictorio, asincategoremático? ¿Era posible que yo lo imaginara todo, que la realidad última fuera aquí un cerebro viejo y despoja-

do de emociones, confundido por las experiencias de incontables años? Tal vez un intelecto agudo era mi único pasado verdadero, quizás había nacido de la lógica, y esa lógica constituía mi única genealogía auténtica.

No lo creía. Yo era inocente, sí, y al mismo tiempo totalmente culpable. Inocente en todas las pistas temporales pasadas que confluían en mi presente, como la niña, como la adolescente sombría y silenciosa en los inviernos blanco-grisáceos y en el moho sofocante de los palacios, y también inocente en lo ocurrido hoy, con el rey, pues yo no podía ser sino quien era. Mi culpa —mi insidiosa culpa— consistía sólo en esto, en saberlo todo tan bien y considerarlo una patraña, una mentira, una burbuja, y en ese afán de llegar al fondo del misterio. Temía descender y sentía una vergonzosa gratitud por las paredes invisibles que me obstruían el camino. Entonces yo tenía un alma manchada y honesta. ¿Qué otra cosa tenía, qué otra cosa quedaba? Ah, sí. Aún había algo, mi cuerpo, y empecé a tocarlo. Lo examiné en ese recinto negro tal como un hábil detective podría examinar la escena de un crimen. Una investigación curiosa, pues al revisar al tacto ese cuerpo desnudo sentí un aturdimiento vago y cosquilleante en los dedos. ¿Sería miedo de mí misma? Pero yo era bella y mis músculos eran flexibles, ágiles, y al aferrarme los muslos de un modo en que nadie los aferraría, como si fueran objetos extraños, sentí en las manos tensas, bajo la tez tersa y fragante, huesos largos, aunque por alguna razón temía tocarme las muñecas y el hueco de los antebrazos a la altura del codo.

Traté de vencer esa resistencia. ¿Qué podía haber allí después de todo? Mis brazos estaban cubiertos de encaje, pero era un poco rígido y difícil de penetrar, así que pasé al cuello. Lo que llamaban un cuello de cisne, la cabeza apoyada en él con una dignidad no fingida sino natural, que inspiraba respeto. Las orejas detrás del cabello trenzado, pequeñas, los lóbulos firmes, sin adornos, sin perforar (¿por qué?). Me toqué la frente, las mejillas, los labios. La expresión de ellos, detectada con las yemas de mis delgados dedos, de nuevo me turbó. Una expresión diferente de la que había esperado. Extraña. Pero ¿cómo podía ser extraña para mí misma excepto a través de la enfermedad, la locura?

Con un movimiento furtivo adecuado al candor de una niña acechada por historias de viejas, me toqué al fin las muñecas y los codos, allí donde el brazo se unía con el antebrazo. Allí había algo incomprendible. Perdí el tacto en las yemas, como si algo hubiera prisionado los nervios, los vasos sanguíneos, y de nuevo mi mente saltó de sospecha en sospecha: ¿cómo llegaba a mí tal información, por qué me estudiaba yo como una anatomista? Esto no estaba en el estilo de una doncella, ni Angelita ni la dama de compañía ni la lírica Tlenix. Pero al mismo tiempo sentía una compulsión tranquilizadora: esto es normal, no te sorprendas de ti misma, excéntrica y caprichosa cabeza de chorlito, si has estado un poco mal no vuelvas a eso, piensa cosas saludables, piensa en tu cita... ¿Pero los codos, las muñecas? Debajo de la piel, como un terrón duro. ¿Eran glándulas hincha-

das? ¿Depósitos de calcio? Imposible, congeniaba con mi belleza, con su contundencia. Y sin embargo allí había una dureza, una dureza pequeña que sólo podía sentir estrujándome con fuerza por encima de la mano, donde el pulso se detenía, y también en la curva del codo.

De modo que mi cuerpo también tenía secretos, su extrañeza se correspondía con la extrañeza de mi alma, con el temor de mis reflexiones. Había una continuidad, una congruencia, una simetría: lo que estaba aquí, también estaba allí. Si estaba en la mente, también en los brazos. Si en mí, también en ti. Mí, ti, acertijos, estaba cansada. Una abrumadora fatiga me invadió la sangre, y se suponía que debía someterme a ella. Dormirme, caer en el limbo de otra oscuridad, una oscuridad liberadora. Y luego, con despecho, la repentina decisión de no ceder a ese impulso, de resistir el encierro del carruaje elegante (aunque no tan elegante por dentro), y el alma de una doncella demasiado sagaz, demasiado rápida para entender. Desafío a la belleza física con sus estigmas ocultos. ¿Quién era yo? Mi oposición ahora era una rabia que hacía arder mi alma en la oscuridad, de modo que en verdad parecía brillar. *Sed tamen potest esse totaliter aliter.* ¿De dónde era eso? ¿Mi alma? *Gratia? Dominus meus?*

No, estaba sola y sola salté hacia arriba para hundir los dientes en esas paredes blandas y amortajadas. Rasgué el acolchado, el material seco y tosco me crujió en los dientes. Escupí hilachas con saliva, las uñas se me partían. Bien, ése era el modo. No sabía si actuaba

contra mí o contra otra persona, pero no, no, no, no, no.

Vi una luz, algo brotó delante de mí, como la pequeña cabeza de una serpiente, excepto que era metal. ¿Una aguja? Me pinchó el muslo encima de la rodilla. Sentí un dolor pequeño, casi imperceptible, una picadura y luego nada.

Nada.

Un cielo nublado cubría el jardín. El parque real con sus fuentes cantarinas, los setos podados parejamente, la geometría de árboles, arbustos y escalinatas, estatuas de mármol, volutas, cupidos. Y nosotros dos. Chatos, vulgares, románticos, llenos de desesperación. Le sonreí, y en mi muslo había una marca. De modo que en mi alma, allí donde me había rebelado, y en mi cuerpo también, allí donde yo había aprendido a odiarlo, tenían un aliado. Un aliado cuya astucia era insuficiente. Ahora no le tenía tanto miedo, y desempeñé mi papel. Claro que esa astucia había bastado como para imponerme el papel, y desde dentro, pues había penetrado en mi fortaleza. Bastante astuto, pero no lo suficiente. Observé la trampa. Yo aún ignoraba el propósito, pero la trampa era visible, palpable, y verla me asustaba menos que vivir sólo de conjeturas.

Estaba tan turbada por estas luchas conmigo misma que aun la luz del día era un fastidio con su solemnidad, los jardines para mayor gloria y admiración de Su Majestad, no de la vegetación. De veras habría preferido mi noche a este día, pero el día estaba aquí y también el hombre, que no sabía nada, no entendía nada, absorto en el ardiente placer de mi dulce locura, en el he-

chizo arrojado por mí, no por un tercero. Trampas, señuelos, una acechanza con una picadura fatal. ¿Yo era todo esto? ¿Y las fuentes cantarinas también servían a este propósito, los jardines reales, la bruma en la distancia? Qué tonte-ría, en verdad. ¿La ruina de quién, la muerte de quién estaba en juego? ¿No habrían bastado testigos falsos, viejos con peluca, una cuerda, veneno? Tal vez se trataba de algo más importante. Una intriga insidiosa, palaciega.

Los jardineros de altas botas de cuero, concentrados en las plantas de Su Graciosa Majestad, no se acercaron a nosotros. Yo guardé silencio, pues el silencio era más apropiado. Nos sentamos en el escalón de una enorme escalera que parecía construida para esperar a un gigante que un día bajaría de sus nubosas alturas para usarla. Los emblemas tallados en piedra, los cupidos desnudos, los faunos, los silenos, el mármol resbaloso got-teando agua, tan opaco y deslucido como el cielo gris. Una escena idílica, una Nicolette con su Aucassin. Qué vulgaridad. Había recobrado el conocimiento en esos jardines, cuando el carruaje se alejó y yo caminaba ligeramente, como si acabara de salir de un baño humeante y perfumado, y mi vestido ahora era diferente, primaveral, con un dibujo brumoso que evocaba tímidamente flores, aludía a ellas, ayudando a inspirar reverencia, rodeándome de inviolabilidad. Eos Rhododaktylos, pero yo caminaba entre los setos brillantes de rocío con una marca en el muslo. No necesitaba tocarla, de todos modos no podía, pero el recuerdo bastaba, eso no me lo había borrado. Yo

era una mente cautiva, encadenada desde el nacimiento, nacida en la esclavitud, pero todavía una mente. Y así él apareció ante mí, viendo que mi tiempo ahora no era mío, que cerca no había ninguna aguja ni detector de sonido. Empecé, como una actriz preparándose para su interpretación, a decir cosas en un susurro, las cosas que no sabía si podría decir en su presencia. En otras palabras, sondeé los límites de mi libertad, a la luz del día los busqué a ciegas, a tientas.

¿Qué cosas? Sólo la verdad. Primero, el cambio de forma gramatical, luego la pluralidad de mis pasados pluscuamperfectos, y también todo lo que había padecido y el pinchazo que aplacó la rebelión. ¿Lo hacía por congraciarme con él, para no destruirlo? No, pues no lo amaba, en absoluto. Era traición: no nos habíamos cruzado para nada bueno. ¿Entonces debía hablarle así? ¿Diciéndole que mediante un sacrificio deseaba salvarlo de mí como de una condena?

No, no fue así. Yo tenía amor, pero en otra parte. Sé cómo suena eso. Oh, era un amor apasionado, tierno y totalmente común. Quería entregarme a él en cuerpo y alma, aunque no en la realidad, sólo según el dictado de la moda, de acuerdo con los usos y la etiqueta de la corte, pues no tendría que ser un pecado cualquiera, sino un pecado maravilloso y cortesano.

Mi amor era muy grande, me estremecía, me aceleraba el pulso, vi que su mirada me hacía feliz. Y mi amor era muy pequeño, pues estaba limitado en mí, sujeto a la costumbre, como una frase cuidadosamente compuesta para expresar la dolorosa alegría del encuentro. De

modo que más allá de esos sentimientos yo no tenía especial interés en salvarlo de mí o de otra persona, pues cuando exploré con mi mente fuera de mi amor, él no era nada para mí, pero yo necesitaba un aliado en mi lucha contra lo que me había pinchado esa noche con un metal ponzoñoso. No tenía a nadie más, y él me brindaba toda su devoción: podía confiar en él. Sabía, desde luego, que no podía confiar en él más allá de lo que él sentía por mí. No podía elevarse a ninguna *reservatio mentalis*. Por lo tanto no podía revelarle toda la verdad: que mi amor y el pinchazo ponzoñoso provenían de la misma fuente. Que por ello los aborrecía a ambos, los odiaba a ambos y deseaba pisotearlos a ambos como se pisotea una tarántula. No podía decírselo, pues sin duda su amor era convencional, él no aceptaría en mí la liberación que yo deseaba, la libertad que lo apartaría de mí. Por lo tanto sólo podía actuar arteramente, dando a la libertad el falso nombre del amor, y sólo en y a través de esa mentira demostrarle que era la víctima de un desconocido. ¿Del rey? Sí, pero aunque él atacara violentamente a Su Majestad no me liberaría; el rey, si era el rey quien estaba detrás de esto, aún estaba tan lejos que su muerte no alteraría en absoluto mi destino. De modo que, para ver si podría encararlo así, me detuve junto a una estatua de Venus, cuyas caderas desnudas eran un monumento a las pasiones más altas y más bajas del amor terrenal, de modo que en total soledad pudiera preparar mi monstruosa explicación con argumentaciones precisas, una diatriba, como si estuviera afilando un cuchillo.

Fue muy difícil. Una y otra vez me topé con un límite infranqueable, sin saber dónde el espasmo me dominaría la lengua, dónde tropezaría la mente, pues a fin de cuentas esa mente era mi enemigo. No mentir del todo, pero tampoco ir al centro de la verdad, del misterio. Sólo gradualmente reduje luego su radio, avanzando hacia adentro como por una espiral. Pero cuando lo vi en la distancia, cuando vi cómo caminaba y casi echaba a correr hacia mí, aún una silueta pequeña con una capa oscura, advertí que todo era en vano, la moda no lo permitiría. ¿Qué escena de amor es ésta donde Nicolette confiesa a Aucassin que ella es su hierro candente, su verdugo? Ni siquiera un estilo de cuento de hadas, aun si pudiera librarme del hechizo, me devolvería a la nada de donde yo había venido. Toda su sabiduría era inútil aquí. La más adorable de las doncellas, si se cree el instrumento de fuerzas oscuras y habla de pinchazos e hierros candentes, si dice tales cosas y de este modo, está loca. Y no atestigua la verdad, sino el trastorno de su propia mente, y por lo tanto no sólo merece amor y devoción, sino también piedad.

La combinación de tales sentimientos podía inducirlo a fingir que creía mis palabras, a poner cara de alarma, a asegurarme que tomaría medidas para liberarme, en realidad para hacerme examinar, para propagar por todas partes la noticia de mi infortunio. Sería mejor insultarlo. Además, en esta compleja situación, cuanto más aliado fuera menos sería un amante lleno de esperanzas de consumación. Por cierto no desearía alejar-

se del papel de amante. Su locura era normal, vigorosa, sólidamente terrena: amar, oh amar, mascar escrupulosamente la grava de mi senda hasta volverla blanda arena, sí, pero no jugar con quimeras analíticas relacionadas con el origen de mi alma.

De tal modo que parecía que si yo había sido gestada para su destrucción, él debería morir. No sabía qué parte de mí lo derribaría, los antebrazos, las muñecas en un abrazo. Claro que eso era demasiado simple, pero ahora yo sabía que no podía ser de otro modo.

Tenía que acompañarlo por veredas embellecidas por los hábiles artesanos de la horticultura. Nos alejamos rápidamente de la Venus Kallipygos, pues la ostentación con que exhibía sus encantos no congeniaba con nuestra etapa primeriza de emociones sublimes y tímidas alusiones a la felicidad. Pasamos ante los faunos, también desvergonzados, pero de un modo diferente, más apropiado, pues la virilidad de esas velludas cosas de piedra no podía poner en jaque mi pureza, que era tan casta como para no ser ultrajada ni siquiera cerca de ellas: se me permitía no comprender su rígida lujuria de mármol.

Él me besó la mano, allí donde estaba el bulto, aunque sin poder sentirlo con los labios. ¿Y dónde esperaba mi astucia? ¿En la oscuridad del carruaje? ¿O acaso yo sólo debía arrancar a Arrodes algunos secretos desconocidos: un bello estetoscopio aplicado al pecho del hombre sabio y condenado?

No le dije nada.

En dos días nuestro romance había progresado debidamente. Yo

me alojaba, con un puñado de sirvientes fieles, en una residencia a cuatro millas de la finca real; Flebe, mi factótum, había alquilado ese castillo el día después de nuestro encuentro en el jardín, sin mencionar los medios que había requerido ese paso, y yo, como una doncella ingenua en cuestiones económicas, no le pregunté. Creo que yo lo intimidaba y lo fastidiaba a la vez, quizá porque él no compartía el secreto: lo más probable es que no lo compartiera. Seguía las órdenes del rey, me trataba con palabras respetuosas, pero en los ojos yo le veía una ironía impertinente. Tal vez me tomaba por una nueva favorita del rey, y mis paseos y encuentros con Arrodes no le sorprendían demasiado, pues un sirviente que exige a su rey que trate a una concubina de una manera comprensible para él no es un buen sirviente. Creo que si yo hubiera concedido mis favores a un cocodrilo él no habría pestañado. Yo era libre dentro de los límites de la voluntad real, y el monarca no se me acercó una sola vez. Ahora yo sabía que había cosas que jamás contaría a mi hombre, pues la lengua se me endurecía de sólo pensarlo y los labios perdían sensibilidad, como los dedos cuando me había tocado a mí misma esa primera noche en el carruaje. Prohibí a Arrodes que me visitara. Él lo interpretó convencionalmente, como un temor de comprometerme, y el buen hombre se contuvo. En el anochecer del tercer día al fin me propuse descubrir quién era yo. Me quité la ropa de cama frente al espejo de pared y quedé desnuda como una estatua. Los alfileres de plata y las lancetas de acero estaban sobre la mesa del

tocador, cubiertas con un chal de terciopelo, pues yo temía su resplandor, aunque no su filo cortante. Los pechos erguidos miraban al costado y hacia arriba con sus pezones rosados; todo rastro del pinchazo en el muslo había desaparecido; como un obstetra o un cirujano preparándose para una operación, cerré ambas manos y las hundí en la carne blanca y tersa. Las costillas se hundieron bajo la presión, pero el vientre sobresalía como el de esas mujeres de las pinturas góticas, y bajo la tibia y blanda capa exterior encontré una resistencia, dura, obstinada, y moviendo las manos de arriba abajo al fin distinguí adentro una forma oval. Con seis velas a cada lado, tomé la lanceta más pequeña, no por miedo sino por razones estéticas.

En el espejo parecía que yo me proponía acuchillarme, una escena dramáticamente perfecta, estilísticamente sostenida hasta el último detalle por la enorme cama con dosel, las dos hileras de velas altas, el destello en mi mano y mi palidez, pues mi cuerpo estaba mortalmente asustado, las rodillas me temblaban. Sólo la mano con el acero tenía la firmeza necesaria. Allí donde la resistencia oval era más evidente y no se movía bajo presión, justo bajo el esternón, hundí la lanceta. El dolor fue mínimo y superficial, de la herida brotó una sola gota de sangre. Incapaz de actuar con la lenta pulcritud de un descuartizador, con deliberación anatómica, corté el cuerpo en dos prácticamente hasta la entrepierna, con violencia, apretando los dientes y cerrando los ojos con fuerza. No me atrevía a mirar. Pero ya no tem-

blaba. Estaba fría como el hielo, la habitación estaba llena del sonido extraño y ajeno de mi respiración entrecortada, casi espástica. Las capas cortadas se separaron como cuero blanco, y en el espejo vi una forma plateada y acurrucada, como un feto enorme, una crisálida centelleante oculta dentro de mí, sostenida por los pliegues separados de carne, carne que no sangraba, carne rosada. ¡Qué horror verse así! No me atrevía a tocar la superficie plateada, inmaculada, virgen, el abdomen oblongo como un pequeño ataúd y brillante con el reflejo de las imágenes reducidas de las llamas de las velas. Me moví y vi entonces sus miembros encorvados como los de un feto, delgados como pinzas. Entraban en mi cuerpo y de pronto comprendí que eso no era *eso*, una cosa ajena y diferente, de nuevo era yo. De modo que ésa era la razón por la cual había dejado, al caminar en la arena mojada de los senderos del jardín, huellas tan profundas, ésa era la razón de mi fuerza. Era yo, aún, me repetía a mí misma cuando entró él.

La puerta había quedado sin llave, un descuido. Él entró furtivamente, asombrado de su propia audacia, sosteniendo delante de sí —como justificación y defensa— un enorme escudo de rosas rojas. Cuando me encontró, y yo me volví con un grito de miedo, él vio, pero no advirtió, no comprendió, no podía. Ahora no fue por miedo, sino sólo por una vergüenza horrible, sofocante, que intenté cubrir con ambas manos el óvalo de plata, pero era demasiado grande, y yo estaba demasiado abierta por el cuchillo.

Su cara, su grito silencioso y su huida. Preferiría no recordarlo. Él no había podido esperar un permiso, una invitación, de modo que vino con las flores, y la casa estaba vacía. Yo misma había ordenado a todos los sirvientes que salieran, para que nadie estorbara mis planes, pues ya no me quedaba otro camino, otro recurso. Pero quizá ya había nacido en él la primera sospecha. Recuerdo que el día anterior cruzábamos el lecho de un arroyo seco y él quiso tomarme en sus brazos y yo me negué, no por pudor real o fingido, sino porque tenía que negarme. Él vio entonces mis huellas en el cieno blando y mullido, tan pequeñas y tan profundas, e iba a decir algo, sin duda una broma inofensiva, pero se contuvo de pronto y con esa grieta entre las cejas fruncidas, ahora familiar, subió la cuesta de enfrente, sin siquiera tenderme la mano cuando yo lo seguí. Tal vez lo había notado entonces. Y más aún, luego, cuando en la cima de la cuesta tropecé y aferré, para recobrar el equilibrio, una gruesa rama de avellano, sentí que estaba arrancando el arbusto de raíz, de modo que caí de rodillas, en un acto reflejo, soltando la rama rota, para no exhibir la fuerza abrumadora, increíble, que poseía. Él estaba a un costado, sin mirar, o eso creí, pero debía de haber visto todo con el rabillo del ojo. ¿Era pues la sospecha lo que lo había incitado a entrar, o una pasión incontrolable?

No importaba.

Usando los segmentos más gruesos de mis sensores presioné los bordes del cuerpo abierto en dos para salir de la crisálida, y me liberé cuidadosamente. Después Tle-

nix, la dama Mignonne cayó de rodillas, y luego se desplomó de bruces a un costado y yo salí a la rastra, estirando todas mis patas, retrocediendo despacio como un cangrejo. Las velas, cuyas llamas aún ondeaban en la ráfaga que él había provocado al huir, brillaban en el espejo; esa cosa desnuda, las piernas impudicamente abiertas, yacía inmóvil; no deseando tocar mi capullo, mi falsa piel, la ella que yo era ahora caminé alrededor de ella e, irguiéndose como una mantis con el tronco doblado en el medio, se miró en el espejo. Esto era yo, me dije sin palabras, yo. Aún yo. Las tersas vainas de coleóptero o insecto, las articulaciones nudosas, el abdomen con su frío brillo de plata, los flancos oblongos diseñados para la velocidad, la cabeza oscura y abultada, esto era yo. Lo repetí una y otra vez, como para entregar esas palabras a la memoria, y al mismo tiempo el pasado múltiple de dama, Tlenix, Angelita se diluyó y murió dentro de mí, como libros leídos tiempo atrás, libros de un cuarto infantil cuyo contenido ya no importaba ni tenía poder, y podía recordarlos. Volví la cabeza despacio hacia ambos lados, buscando mis propios ojos en el reflejo, y también comenzando a comprender, aunque aún no acostumbrada a esta forma que era la mía, que el acto de autoevisceración no había sido mi rebelión, que representaba una parte prevista del plan, preparada precisamente para una eventualidad así, para que mi rebelión resultara ser, al cabo, mi sumisión total. Aunque aún podía pensar con mi destreza y fluidez habitual, me rendí al mismo tiempo a ese cuerpo nuevo. Su metal brillan-

te tenía escritos los movimientos que empecé a realizar.

El amor murió. También morirá en ti, pero el deterioro que tú sufrirás en años o meses yo lo sufrí en pocos instantes. Fue el tercero en mi serie de comienzos, y emitiendo un siseo tenue, susurrante, corrí tres veces por la habitación, tocando con los sensores tendidos y trémulos la cama donde ahora me estaba negado el reposo. Aspiré el olor de mi no-pretendiente, mi no-amante, para poder seguirle el rastro, yo que era conocida pero desconocida por él, en este nuevo juego, quizás el último. El rastro de su precipitada huida estaba marcado primero por una sucesión de puertas abiertas, y el olor de las rosas desperdigadas podía ayudarme, pues al menos por un tiempo se había vuelto parte del olor de él. Vistas desde abajo, desde el suelo, y por lo tanto desde una nueva perspectiva, las habitaciones que atravesaba me parecían excesivamente grandes, llenas de muebles molestos e inútiles que acechaban inusitadamente en la penumbra. Luego sentí el ligero ruido de escalones de piedra, escaleras, bajo mis garras, y salí a un jardín oscuro y húmedo. Cantaba un ruiseñor. Me causó gracia, pues esa utilería era ahora totalmente innecesaria. Se requería otra para la próxima escena. Exploré un buen rato entre los arbustos, sintiendo el crujido de la grava, di un par de vueltas, luego corrí en línea recta, pues había captado el olor. Era inevitable que lo captara, pues estaba compuesto por una singular combinación de aromas fugaces, por los temblores del aire que causaba su andar. Encontré cada partícula aún no dispersa en el

viento de la noche, así di con la trayectoria correcta, que ahora seguiría hasta el final.

No sé qué voluntad decidió que le diera tanta ventaja, pues en vez de perseguirlo enseguida vagabundee hasta el alba por los jardines reales. En cierto modo esto sirvió a un propósito, pues me demoré en los lugares donde habíamos paseado, tomados de la mano, entre los setos, y así pude discernir su olor precisamente, asegurarme de que más tarde no lo confundiría con ningún otro. Claro que podría haberlo seguido directamente y sorprenderlo en medio de su confusión y desesperación, pero no lo hice. Comprendo que mis actos de esa noche también pueden explicarse de un modo totalmente distinto, por mi pesar y el placer del rey, pues yo había perdido un amante para adquirir sólo una presa, y el monarca quizá consideraba insuficiente la ejecución repentina y rápida del hombre que odiaba. Tal vez Arrodes no corrió a su casa sino que fue a visitar a un amigo, y allí, en un monólogo febril, respondiendo a sus propias preguntas (la presencia de otra persona sólo era necesaria para tranquilizarlo y calmarlo) llegó por sus propios medios a la verdad. De todos modos mi conducta en los jardines de ningún modo sugería el dolor de la separación. Sé que las almas sentimentales lo tomarán a mal, pero no teniendo manos que restregar, ni lágrimas que verter, ni rodillas en qué caer, ni labios para besar las flores recogidas el día anterior, no sucumbí a la postración. Lo que ahora me interesaba era la extraordinaria sutileza de discernimiento que poseía, pues mientras iba y venía por los senderos en nin-

gún momento tomé una ráfaga del rastro más engañosamente similar por el que era mi destino y el objeto de mis incansables esfuerzos. En mi frío pulmón izquierdo cada molécula de aire se abría paso por las tortuosidades de inúmeras células sensoras y cada partícula sospechosa era pasada a mi pulmón derecho, caliente, donde mi facetado ojo interno lo examinaba con cuidado, para verificar su significado exacto o desecharlo como un olor prescindible, y este proceso era más veloz que la vibración de las alas del insecto más pequeño, más veloz de lo que tú puedes comprender. Al romper el alba salí de los jardines. La casa de Arrodes estaba vacía, abierta. Ni siquiera me molesté en fijarme si él se había llevado un arma. Encontré la nueva pista y la seguí, sin perder más tiempo. No creía que la búsqueda demorara mucho, pero los días se hicieron semanas, las semanas meses, y aún estaba siguiéndolo.

Esto me parecía más abominable que la conducta de cualquier otro ser que tenga escrito en sí mismo su propio destino. Atravesé lluvias y soles abrasadores, campos, desfiladeros y arbustos, juncos secos me rozaron el torso, y el agua de los charcos o praderas inundadas que atravesaba me salpicaba y me caía en grandes gotas por el lomo oval y la cabeza, imitando allí lágrimas que sin embargo nada significaban. Noté, en mi corrida incesante, que todos los que me veían desde lejos se apartaban y se trepaban a una pared, un árbol, un cerco, o de lo contrario se arrodillaban y se tapaban la cara con las manos, o caían de bruces y se quedaban en esa posición hasta que yo me distanciaba.

No necesitaba dormir, así que en la noche también atravesaba aldeas, campamentos, pueblos, plazas llenas de cuencos de arcilla y frutos colgados al sol, donde multitudes enteras se dispersaban ante mí, y los niños escapaban a las calles laterales con chillidos y gritos a los que yo no prestaba atención, siempre atento a mi camino. El olor de él me llenaba completamente, como una promesa. Ahora había olvidado el aspecto de ese hombre, y mi mente, como si careciera de la resistencia del cuerpo, sobre todo cuando corría en la noche, se retrajo en sí misma hasta que no supe a quién perseguía, ni siquiera si perseguía a alguien. Sólo sabía que mi voluntad era seguir, para que el rastro de las partículas aéreas discernidas en la caudalosa diversidad del mundo persistiera y se intensificara; pues si se debilitaba, significaría que ya no seguía la dirección correcta. No interrogaba a nadie, y nadie se atrevía a acercarse. Sentí que la distancia que me separaba de quienes buscaban la protección de las paredes o caían de bruces ante mí cercanía, cubriéndose la nuca con los brazos, estaba llena de tensión y la entendí como un atroz homenaje a mí, pues yo era el cazador del rey, lo cual me daba una fuerza inagotable. Sólo a veces un niño muy pequeño, a quien los adultos no habían abrazado a tiempo ante mi repentina y silenciosa aparición, rompía a llorar, pero yo no le prestaba atención, pues mientras corría debía mantener una concentración intensa, ininterrumpida, dirigida tanto hacia afuera, el mundo de arena y ladrillos, el mundo verde, cubierto de azul en lo alto, como hacia adentro, mi mun-

do interno, donde el juego eficaz de ambos pulmones emitía una encantadora pero infalible música molecular. Crucé ríos y ensenadas, rápidos, las cuencas cenagosas de lagos que se secaban, y todas las bestias me eludían, echaban a correr o se enterraban frenéticamente en el suelo reseco, sin duda un esfuerzo vano si yo hubiera querido perseguirlas, pues nadie tenía mi agilidad, pero ignoré a esas criaturas velludas que corrían en cuatro patas, las orejas inclinadas, con sus gañidos, chillidos y gemidos. No me interesaban, mi meta era otra.

Varias veces arrasé, como un proyectil, grandes hormigueros, y sus pequeños habitantes, rojos, negros, moteados, se deslizaban impotentes en mi caparazón brillante, y un par de veces un animal enorme me cerró el paso, de modo que aunque no tenía nada contra él, para no perder un tiempo precioso en círculos y evasiones, me tensé y salté, lo atravesé en un instante, y con un chasquido de calcio y un gorgoteo de chorros rojos en el lomo y la cabeza me alejé tan rápidamente que sólo más tarde pensé en la muerte que había dado con tanta rapidez y violencia. También recuerdo que crucé campos de batalla, cubiertos por un disperso enjambre de abrigos grises y verdes. Algunos se movían, y en otros había huesos, malolientes o completamente secos, blancos como nieve sucia, pero esto también lo ignoré, pues tenía una tarea más elevada, una tarea concebida sólo para mí. Pues el rastro doblaba, trazaba círculos y se cortaba a sí mismo, y desaparecía en la costa de lagos salados, transformado por el sol en

un polvo que me lastimaba los pulmones, o bien lavado por las lluvias. Poco a poco entendí que la cosa que me eludía actuaba con astucia, haciendo todo lo posible para confundirme y romper el hilo de moléculas que llevaba el rastro de su singularidad. Si el perseguido hubiera sido un común mortal, lo habría alcanzado después del tiempo adecuado, es decir, el tiempo necesario para que su terror y desesperación acrecentaran debidamente el castigo. Sin duda lo habría alcanzado con mi infatigable velocidad y mis pulmones infalibles, y lo habría matado antes de lo que se tarda en pensarlo. No le había pisado los talones al principio, sino que había esperado a que el olor se enfriara, para demostrar mi habilidad y además dar al perseguido el tiempo suficiente, de acuerdo con la costumbre, una costumbre buena pues permitía que aumentara el miedo, y a veces lo dejaba alejarse bastante, pues si él me sentía constantemente demasiado cerca podría sufrir un ataque de desesperación y causarse daño, escapando así a mi venganza. Por lo tanto, no me proponía sorprenderlo de golpe, ni en una forma tan imprevista que no le diera tiempo para comprender qué le esperaba. Así que en las noches me detenía, oculto en las malezas, no para descansar, pues el descanso era innecesario, sino para demorarme intencionalmente, y también para meditar mis próximos movimientos. Ya no pensaba en mi presa como Arrodes, mi ex pretendiente, porque ese recuerdo se había cerrado y yo sabía que debía dejarlo en paz. Sólo lamentaba que ya no pudiera sonreír cuando evocaba esas antiguas es-

tratagemas, como Angelita, la dama, la dulce Mignonne, y un par de veces miré en un espejo de agua, con la luna llena arriba, para convencerme de que no me parecía en nada a ellas, aunque había conservado mi belleza, si bien mi belleza era ahora algo fatídico que inspiraba tanto horror como admiración. También aprovechaba esos descansos nocturnos para limpiarme el lodo seco del abdomen, puliendo la plata, y antes de partir movía ligeramente mi aguijón, sosteniéndolo entre mis tarsos, poniéndolo a prueba, pues no sabía el día ni la hora.

A veces me acercaba sigilosamente a poblados humanos y escuchaba las voces, doblándome hacia atrás, apoyando mis sensores relucientes en un alféizar, o me trepaba al techo para colgar libremente de los aleros, pues a fin de cuentas yo no era un mecanismo inerte equipado con un par de pulmones de caza, sino un ser que tenía una mente y la usaba. Y la cacería había durado tanto que ya era conocida por todos. Oí cómo las viejas asustaban a los niños conmigo, y también oí incontables historias sobre Arrodes, a quien se admiraba tanto como se me temía a mí, el emisario del rey. ¿Qué decían las gentes simples en sus porches? Que yo era una máquina que perseguía a un hombre sabio que había osado alzar la mano contra el trono.

Sin embargo se suponía que yo no era una vulgar máquina de matar, sino un artefacto especial, capaz de cobrar cualquier forma: un mendigo, un bebé de pecho, una joven atractiva, pero también un reptil de metal. Estas formas eran manifestaciones fantasmales con

que el emisario asesino engañaba a su víctima, pero ante todos los demás aparecía como un escorpión de plata que corría a tal velocidad que aún nadie había podido contarle las patas. Aquí la historia se dividía en dos versiones diferentes. Algunos decían que el sabio había intentado dar la libertad al pueblo oponiéndose a la voluntad del rey, y por lo tanto había provocado la ira del monarca. Otros decían que poseía el agua de la vida y con ella podía resucitar a los mártires, lo cual estaba prohibido por la autoridad más alta, pero él, aunque fingía inclinarse ante la voluntad del soberano, comandaba en secreto un batallón de ahorcados que habían sido descolgados en la ciudadela después de la gran ejecución de los rebeldes. Había otros que no sabían nada de Arrodes y no le atribuían ninguna habilidad maravillosa, y lo consideraban un mero condenado que por esa sola razón merecía ayuda y respaldo. Aunque se ignoraba el motivo de la furia del rey, y por qué había reunido a sus artesanos para ordenarles que fabricaran una máquina de cazar en la forja, todos lo consideraban un proyecto malvado y una orden pecaminosa, pues fuera cual fuese la culpa de la víctima no podía ser tan terrible como el destino que el rey le había preparado. Estas exageradas historias eran interminables, y en ellas la imaginación de los rústicos se manifestaba sin ataduras, y sólo se parecían en un aspecto: todas me conferían las más horrendas cualidades que pudieran concebirse.

También oí innumerables mentiras acerca de los valientes que acudían a ayudar a Arrodes, hombres

que presuntamente me cerraban el paso sólo para caer en un combate desigual. Mentiras, pues jamás hubo nadie que se atreviera a hacerlo. Tampoco faltaban en esas fábulas los traidores que me señalaban las huellas de Arrodes cuando yo no podía encontrarlas. Otra mentira descarada. Pero sobre quién era yo, sobre quién podría ser, qué pasaba por mi mente, y si conocía o no la desesperación o la duda, nadie decía una palabra, y eso tampoco me sorprendía.

Y oí no pocas cosas sobre las simples máquinas de rastreo conocidas por el pueblo, máquinas que ejecutaban la voluntad del monarca, que era ley. A veces no me ocultaba de los habitantes de las chozas humildes, sino que esperaba a que despuntara el sol para que sus rayos brincaran como relámpagos de plata en la hierba y en un chispeante chorro de rocío conectaran el fin de la jornada anterior con el nuevo comienzo. Mientras corría animosamente, me complacía que quienes se cruzaban conmigo se postraran, que sus ojos se volvieran vidriosos, y me deleitaba el mudo espanto que me rodeaba como un escudo. Pero llegó el día en que mi olfato inferior dejó de trabajar, y en vano recorrí los cerros de las inmediaciones buscando el rastro con mi olfato superior, y tuve una sensación de infortunio ante la inutilidad de mi perfección. De pie en la cima de una loma, crucé los brazos como rezándole al cielo ventoso, y comprendí, mientras un sonido suave me llenaba la campana del abdomen, que no todo estaba perdido. Para que la idea se llevara a cabo busqué eso que había abandonado por mucho tiempo: el don del habla. No nece-

sitaba aprenderlo, ya lo poseía, pero debía despertarlo dentro de mí, al principio pronunciando las palabras en un canturreo metálico, pero mi voz pronto se humanizó, así que bajé la cuesta para emplear el lenguaje, pues el olor no me había servido. No sentía odio por mi presa. Aunque él había revelado una gran astucia y aptitud, comprendí sin embargo que sólo desempeñaba su papel tal como yo desempeñaba el mío. Encontré las encrucijadas donde el olor había desaparecido gradualmente, y me quedé temblando, pero sin moverme de mi lugar, pues un par de patas se iba ciegamente por el camino polvoriento, mientras que el otro par, aferrando compulsivamente las piedras, me arrojaba en la dirección opuesta, hacia el brillo blanco de las paredes de un pequeño monasterio rodeado por árboles antiguos. Afirmándome, me arrastré pesadamente, casi contra mi voluntad, hacia el portón del monasterio. Allí había un monje con la cara erguida que tal vez miraba el alba en el horizonte. Me acerqué despacio, para no asustarlo con mi aparición repentina, y lo saludé, y cuando fijó los ojos en mí sin una palabra le pregunté si podía hacerle una confesión sobre una cuestión que me costaba encarar solo. Al principio creí que estaba petrificado de miedo, pues no se movía ni respondía, pero sólo estaba reflexionando. Al fin cabeceó. Entramos en el jardín del monasterio, él adelante y yo atrás, y debíamos de formar un extraño par, pero a esa hora temprana no había un alma viviente alrededor, nadie para maravillarse de la mantis religiosa plateada y el sacerdote blanco. Le ha-

blé debajo del alerce cuando se sentó, adoptando inconscientemente, por costumbre, la postura del padre confesor, es decir, sin mirarme pero inclinando la cabeza hacia mí. Le conté que al principio, antes de seguir el rastro, había sido una joven destinada por el rey a Arrodés, a quien conocí en el baile de la corte, y que lo había amado, sin saber nada sobre él, y que irreflexivamente me había entregado al amor que había despertado en él, aunque a partir del pinchazo en la noche advertí qué podía representar yo para él, y al no ver una salvación para ninguno de los dos me había apuñalado con un cuchillo, pero en vez de la muerte sufrí una metamorfosis. Desde entonces la compulsión que antes sólo había sospechado me incitó a perseguir a mi amado, y me transformé en una Furia tenaz para él. Sin embargo la cacería se había prolongado, y se prolongó tanto que todo lo que se decía de Arrodés empezó a llegar a mis oídos, y aunque no sabía cuánto había en ello de verdad, medité una vez más sobre nuestro destino común y surgió en mí cierta simpatía por ese hombre, pues veía que yo quería matarlo desesperadamente, porque ya no podía amarlo. Así contemplaba mi propia vileza, es decir, mi amor vuelto de adentro para afuera, degradado, y ansiaba vengarme de alguien cuyo único crimen contra mí era su propia desgracia. Por lo tanto ahora quería interrumpir la persecución y dejar de causar miedo, sí, deseaba remediar el mal, pero no sabía cómo.

Hasta donde podía ver, el monje aún no había renunciado a su recelo cuando terminé mi relato, pues me había advertido, aun antes que

yo empezara a hablar, que lo que yo dijera no tendría el sello de la confesión, pues a su juicio yo era una criatura sin libre albedrío. Y además quizá se preguntaba si yo no habría sido enviada intencionalmente. Tales espías existían, y con los disfraces más pérfidos, pero su respuesta me pareció genuina. Dijo: —¿Y si encuentras al que buscas? ¿Sabes qué harás entonces?

Respondí: —Padre, sólo sé lo que no deseo hacer, pero no sé qué poder que acecha en mí podría manifestarse entonces, y por lo tanto no puedo garantizar que no asesinaría.

Él me dijo: —¿Qué consejo puedo darte, entonces? ¿Deseas que te liberen de esta misión?

Como un perro echado a sus pies alcé la cabeza y, viéndolo pestañear en el brillo del sol reflejado por mi cráneo plateado, dije: —No hay nada que desee más, aunque entiendo que mi destino sería cruel entonces, pues ya no tendría ninguna meta. Yo no planeé el objetivo para el cual fui creado, y sin duda tendré que pagar un alto precio por oponerme a la voluntad del rey, pues dicha trasgresión no puede quedar impune, así que yo a mi vez seré presa de los armeros de palacio, quienes enviarán una jauría de perros de metal para que recorran el mundo hasta destruirme. Y aun si escapara, utilizando las habilidades que se me han dado, y fuera hasta el mismo confín del mundo, donde quiera que me oculte las criaturas escaparán de mí y no encontraré nada que me aliente a continuar mi existencia. Y además, un destino como el tuyo está cerrado para mí, pues toda autoridad co-

mo tú me dirá, como tú me has dicho, que no soy espiritualmente libre, y por lo tanto no podré buscar el refugio del claustro.

Él se puso a pensar, luego demostró sorpresa y dijo: —No soy versado en la constitución de tu especie. No obstante te veo y te oigo y me pareces, por tus palabras, un ser inteligente, aunque quizá cauteloso de una compulsión limitadora. Aun así, si de veras luchas contra esta compulsión tal como dices, oh máquina, y además declaras que te sentirías liberada si te quitaran la voluntad de matar, cuéntame, ¿cómo sientes esa voluntad? ¿Qué actúa en ti?

Respondí: —Padre, quizá no actúe bien en mí, pero en cuanto a cazar, rastrear, detectar, huronear, acechar, merodear, fisgonear y amenazar, y también destruir los obstáculos del camino, cubrir huellas, retroceder, girar y dar vueltas, en todo eso soy experta y realizar dichas operaciones con infalible destreza, transformándome en una sentencia inapelable, me satisface, lo cual sin duda fue deliberadamente marcado a fuego en mis entrañas.

—Te lo pregunto una vez más —dijo él—: ¿Qué harás cuando veas a Arrodes?

—Padre, te repito que no sé, pues aunque no le deseo ningún mal, lo que está escrito en mí puede resultar más poderoso que mis deseos.

Al oír esto, se tapó los ojos con la mano y dijo: —Eres mi hermana.

—¿Cómo debo entender eso? —pregunté, perpleja.

—Tal como lo digo —dijo él—, y significa que yo no me alzaré sobre ti ni me humillaré ante ti, pues por

muy diferentes que seamos, tu ignorancia, que acabas de confesar y en la cual creo, nos vuelve iguales ante la Providencia. Siendo así, acompáñame y te mostraré algo.

Atravesamos el jardín del monasterio y llegamos a un viejo pesebre. El monje abrió la puerta crujiente y en la penumbra distinguí una forma oscura tendida en un bulto de paja, y un olor me penetró los pulmones por las fosas nasales, un olor que yo había perseguido infatigablemente, y que aquí era tan fuerte que sentí que mi aguijón se movía solo aflorando de la cavidad ventral, pero enseguida mi visión se acostumbó a la oscuridad y comprendí mi error. En la paja sólo había un montón de ropa. El monje notó mi agitación por mis temblores, y dijo: —Sí, Arrodes estuvo aquí. Se ocultó en nuestro monasterio hace un mes cuando había logrado desviarte de la pista. Lamentaba no poder trabajar como antes, y así lo notificó secretamente a sus partidarios, que a veces lo visitaban de noche, pero dos traidores se infiltraron entre ellos y se lo llevaron hace cinco días.

—¿Quieres decir agentes del rey? —pregunté, aún temblando y apretando los brazos contra el pecho en una plegaria.

—No, digo traidores, pues lo secuestraron mediante una artimaña y valiéndose de la fuerza. Sólo el ni, o sordomudo a quien hemos adoptado los vio irse al alba, Arrodes maniatado y con un puñal apoyado en la garganta.

—¿Lo secuestraron? —pregunté sin entender—. ¿Quiénes? ¿Para llevarlo adónde? ¿Por qué motivo?

—Creo que para utilizar su mente. No podemos pedir ayuda a la

ley, pues la ley es el rey. Por lo tanto lo obligarán a servirles, y si él se niega lo matarán impunemente.

—Padre —dije—, bendita sea la hora en que tuve la osadía de acercarme para hablar contigo. Ahora seguiré a los secuestradores y liberaré a Arrodes. Sé cazar, sé seguir una pista, no hay nada que haga mejor. Sólo muéstrame la dirección correcta, que tú conoces por las indicaciones del mudo.

Él respondió: —Y sin embargo ignoras si podrás contenerte. Lo has admitido.

A lo cual repliqué: —Así es, pero creo que encontraré un modo. Aún no tengo una idea precisa, quizá busque a un artesano capaz que pueda encontrar el circuito correspondiente y lo cambie, para que mi deseo se transforme en mi destino.

El monje dijo: —Antes de partir puedes, si quieres, consultar a uno de nuestros hermanos, pues antes de unirse a nosotros era, en el mundo, precisamente un experto en esas artes. Ahora nos sirve como médico.

Estábamos nuevamente en el jardín soleado, y aunque él no lo insinuaba, comprendí que todavía no confiaba en mí. El olor se había disipado en cinco días, de modo que él tanto podía darme la dirección correcta como cualquier otra. Acepté.

El médico me examinó cuidadosamente, alumbrando el interior de mi cuerpo con una linterna sorda a través de las ranuras de mis bordes interabdominales. Trabajó con todo cuidado y concentración, luego se puso de pie y se sacudió el polvo del hábito.

—A menudo ocurre que una má-

quina enviada con estas instrucciones —dijo— es desviada por los parientes o amigos del condenado, o por otras personas que por razones desconocidas para las autoridades tratan de frustrar sus planes. Para impedirlo, los prudentes armeros del rey encierran herméticamente dichas instrucciones y las conectan con el corazón de tal modo que cualquier manipulación puede resultar fatal. En cuanto han puesto el último sello, ni siquiera ellos pueden quitar el agujón. Así ocurre contigo. También ocurre a menudo que la víctima se disfraza con ropas diferentes, altera su aspecto, su conducta y su olor, pero no puede alterar su mente y por lo tanto la máquina no se contenta con usar el olfato interior y el superior para cazar, sino que añade preguntas a la búsqueda, preguntas diseñadas por los más destacados expertos en las características individuales de la psique humana. Así ocurre contigo, también. Además, veo en tu interior un mecanismo que no posea ninguno de tus predecesoras, una memoria múltiple de cosas superfluas para una máquina cazadora, pues éstas son historias femeninas grabadas, llenas de nombres y giros que confunden la mente, y un conductor va desde ellas hasta el centro fatal. Por lo tanto eres una máquina dotada de una perfección que desconozco, y quizá hasta una máquina definitiva. Extraerte el agujón sin producir al mismo tiempo el resultado habitual es imposible.

—Necesitaré el agujón —dije, tendiéndome de espaldas—, pues debo acudir en ayuda del secuestrado.

—En cuanto a tu posibilidad de

triunfar, realizando todos los esfuerzos, refrenando todos los resortes que están sobre el centro del cual hablamos, no puedo garantizarte nada —continuó el médico, como si no hubiera oído mis palabras—. Sólo puedo hacer una cosa, si lo deseas. Puedo rociar los polos del lugar en cuestión con limaduras de hierro, utilizando un tubo. Esto ensancharía un poco los límites de tu libertad. Pero aun si lo hago, no sabrás hasta último momento si, al acudir en ayuda de alguien, no eres aún una herramienta dócil destinada a destruirlo.

Viendo que ambos me miraban, accedí a someterme a esa operación, que no tardó demasiado, no me causó dolor, pero tampoco produjo un cambio perceptible en mi estado mental. Para ganarme aún más la confianza de ellos, pregunté si me permitirían pernoctar en el monasterio, pues entre charlas, deliberaciones y auscultaciones se había pasado el día entero. Accedieron, pero yo dediqué ese tiempo a un examen completo del pesebre, para familiarizarme con el olor de los secuestradores. Era capaz de ello, pues a veces ocurre que un agente del rey encuentra su camino bloqueado no por la víctima sino por algún otro malhechor. Antes del alba me tendí en la paja donde durante muchas noches había dormido el presunto secuestrado, y me quedé inmóvil respirando ese olor, esperando a los monjes. Pues razoné que si me habían engañado con una patraña, temerían mi venganza al volver de la pista falsa, y por lo tanto esta hora oscura antes del amanecer sería la más adecuada a sus propósitos si, planeaban destruirme. Fingiendo estar profunda-

mente dormido, permanecí alerta a cada ruido del jardín, pues podían atrancar la puerta desde afuera e incendiar el pesebre para que el fruto de mi vientre me partiera en llamas. Ni siquiera tendrían que superar su típico rechazo del asesinato, en la medida en que me consideraban no tanto una persona como una mera máquina de matar; podrían enterrar mis restos en el jardín y nada les sucedería. En realidad no sabía qué haría si los oía acercarse, y nunca lo supe, pues nadie vino. Así que permanecí a solas con mis pensamientos, evocando una y otra vez las asombrosas palabras del monje más viejo cuando me miró a los ojos: *Eres mi hermana*. Aún no las entendía, pero cuando me inclinaba sobre ellas algo tibio se derramaba en mi ser y me transformaba. Era como si hubiera perdido un pesado feto, del cual había estado embarazada. En la mañana, sin embargo, atravesé el portón entreabierto y, alejándome del monasterio según las instrucciones del monje, enfilé a toda velocidad hacia las montañas visibles en el horizonte, pues hacia allá me había indicado que fuera.

Apuré el paso y a mediodía ya estaba a más de cien millas del monasterio. Corrí como una bala entre los abedules blancos, y cuando atravesé la hierba alta de los prados de las colinas la derribé a los costados como si fuera una guadaña.

Encontré el rastro de ambos secuestradores en un valle profundo, en un puentecito sobre aguas torrentosas, pero no había rastros del olor de Arrodes; sin ahorrar esfuerzos, se habían turnado para llevarlo a cuestras, lo cual evidenciaba tanto su astucia como su conoci-

miento, pues advertían que nadie tiene derecho a reemplazar una máquina del rey en su misión, y que atraerían la furia del monarca por su acto. Sin duda querrás saber cuáles eran mis verdaderas intenciones en ese tramo final, así que te diré que engañé a los monjes, y al mismo tiempo no los engañé, pues realmente deseaba recobrar o mejor dicho ganar mi libertad, pues nunca la había poseído. Sin embargo, en cuanto a lo que me proponía hacer con esa libertad, no tengo ninguna confesión que hacer. Esta incertidumbre no era nueva. Cuando me hundía el acero en el cuerpo desnudo tampoco sabía si deseaba matarme o sólo descubrirme, aun si una cosa hubiera significado la otra. Ese paso también había sido previsto, según lo revelaron los siguientes sucesos, de modo que la esperanza de libertad era quizá una mera ilusión, ni siquiera mi propia ilusión, sino una ilusión introducida en mí para que yo me apresurara, azuzado precisamente por la aplicación de esa pérfida espuela. Pero ignoro si la libertad habría consistido en renunciar lisa y llanamente a Arrodes. Aun siendo totalmente libre, quizá lo habría matado, pues no era tan loca para creer en el imposible milagro del amor recíproco ahora que había dejado de ser mujer, y si acaso yo aún era una mujer en cierto modo, ¿cómo lo creería Arrodes, que había visto el vientre abierto de su amada desnuda? De modo que la sabiduría de mis creadores trascendía los límites más amplios de la artesanía mecánica, pues sin duda en sus cálculos ellos habían previsto también este estado en que yo acudía a ayudar a quien había perdido

para siempre. Y si hubiera podido desistir y marcharme hacia donde me llevarán mis pasos, tampoco le habría hecho un gran servicio, yo que estaba llena de muerte, sin tener a quién infligirla. Creo pues que yo era noblemente vil y la libertad me obligaba a hacer no lo que se me ordenaba directamente, sino lo que en mi encarnación yo misma deseaba. Espinosas meditaciones, y ultrajantes en su futilidad, pero se resolverían al llegar. Al matar a los secuestradores y salvar a mi amado, obligándolo así a cambiar la repugnancia y miedo que le causaba yo por inevitable admiración, quizá pudiera, si no recobrarlo a él, al menos a mí misma.

Luego de atravesar un tupido bosquecillo de avellanos, debajo de las primeras terrazas perdí la pista de golpe. La busqué en vano, aquí estaba y allá desaparecía, como si los perseguidos hubieran volado al cielo. Regresando al bosquecillo; como aconsejaba la prudencia, descubrí —no sin dificultad— un arbusto al que le habían cortado algunas de las ramas más gruesas. Olisqueé los tocones que manaban savia y, volviendo al lugar donde desaparecía la pista, descubrí su continuación en el olor del castaño, porque los fugitivos habían usado zancos, sabiendo que la pista del olfato superior no duraría tanto en el aire, barrido por el viento de la montaña. Esto redobló mi voluntad. El olor a avellana se disiparía pronto, pero aquí reparé en la estratagema empleada: habían envuelto las puntas de los zancos con jirones de arpillera.

Los zancos abandonados estaban junto a una roca. El claro esta-

ba lleno de grandes piedras cubiertas de musgo en el lado norte y tan apiñadas que el único modo de cruzar por ese campo de escombros era saltar de roca en roca. Eso habían hecho los fugitivos, pero no en línea recta, sino doblando y zigzagueando, y por lo tanto tuve que bajar constantemente de las rocas, rodearlas en círculo y captar las partículas de olor que temblaban en el aire. Así llegué al risco que habían escalado. De modo que ya no debían cargar al cautivo, aunque no me sorprendía que ahora los acompañara voluntariamente, pues no podía regresar. Trepé, siguiendo el olor inconfundible, el triple olor en la superficie tibia de la piedra, aunque se hizo necesario ascender verticalmente, por bordes rocosos, cavidades, grietas, y no había ni siquiera una mata de musgo verde en la fisura de una roca ni una diminuta abertura que los fugitivos no hubieran usado como punto de apoyo, deteniéndose de vez en cuando en los lugares más difíciles para estudiar el camino. Eso lo notaba por la intensificación del olor en esos lugares, pero yo subía a gran velocidad tocando apenas la roca. Sentía que el pulso se me aceleraba, lo sentía tocar y cantar en la magnífica persecución, pues esa gente era una presa digna de mí y me despertaba admiración y también alegría porque lo que ellos habían logrado en ese peligroso ascenso, avanzando de a tres y asegurándose con una cuerda cuyo olor a yute permanecía en los bordes filosos, yo lo realizaba sola y fácilmente, y nada podía apartarme de esa senda aérea. En la cima fui sorprendida por un viento brutal que azotaba el risco como un cuchi-

llo, y no miré hacia atrás para ver el paisaje verde extendido abajo, los horizontes desvaneciéndose en el aire azul, sino que, recorriendo el borde del risco en ambas direcciones, busqué nuevas pistas, y al fin las encontré en una pequeña muesca. De pronto un jirón blancuzco y unas astillas indicaron la caída de uno de los fugitivos. Me incliné sobre el borde de una roca para observar y lo vi, pequeño, en la ladera de la montaña, y la agudeza de mi visión me permitió discernir incluso los goterones oscuros en la piedra caliza, como si por un momento una lluvia de sangre hubiera caído sobre el hombre postrado. Los otros habían seguido a lo largo del risco, y ante la idea de que ahora sólo un oponente cuidaría de Arrodes sentí frustración, pues nunca antes había experimentado tal ímpetu en mis actos ni tanta avidez de combate, una avidez que me aplacaba y embriagaba a la vez. Así que bajé por una cuesta, pues ellos habían tomado esa dirección dejando al muerto en el precipicio. Sin duda tenían prisa y la muerte instantánea del caído debía de ser obvia. Me acerqué a un paso escabroso semejante a las ruinas de una catedral gigante, y las almenas del costado, y una ventana alta a través de la cual brillaba el cielo, contra el cual se recortaba un árbol raquítico, enfermizo; en su inconsciente heroísmo había crecido allí de una semilla plantada por el viento en un puñado de polvo. Después del paso había una garganta montañosa más alta, parcialmente envuelta en niebla, cubierta por una lenta nube de la cual caía una hermosa nieve chispeante. En la sombra arrojada por un torreón de roca oí un sonido dé-

bil, como de piedra, y luego un trueno, y un alud se precipitó por la ladera. Las piedras me castigaron arrancándome humo y chispas de los flancos, pero luego recogí todas las patas debajo de mí y rodé hasta una cavidad poco profunda bajo una roca, donde aguardé a buen recaudo a que cayeran las últimas piedras. Se me ocurrió que el hombre que custodiaba a Arrodes había elegido deliberadamente un lugar donde los aludes eran frecuentes, apostando a que yo, poco familiarizada con las montañas, desencadenaría un alud y sería aplastada. Aunque era sólo una remota posibilidad, me levantó el ánimo, pues si mi oponente no se limitaba a escapar y evadir y también atacaba la competencia valdría la pena.

En el fondo de la siguiente garganta, que estaba blanqueada por la nieve, se erguía un edificio, no una casa, ni un castillo, construido con piedras tan enormes que ni siquiera un gigante habría podido mover una por sus propios medios. Advertí que tenía que ser el refugio del enemigo, pues no había otro posible en estas soledades. Así, sin molestarme en seguir el rastro, empecé a bajar, hundiendo las patas traseras en las evasivas piedras, casi resbalando con las patas delanteras en los fragmentos astillados, y usando el par del medio para que el descenso no se transformara en una zambullida de cabeza, hasta que llegué a la nieve y avancé sin ruido por ella, midiendo cada paso para no caer en una grieta sin fondo. Tenía que ser cauta, pues el fugitivo esperaba que yo apareciera justamente desde el paso. Por lo tanto no me acerqué demasiado,

para que no me vieran desde las murallas de la fortaleza. Luego, acurrucándome bajo una piedra fungiforme, aguardé pacientemente el anochecer.

Oscureció pronto, pero la nieve aún caía y blanqueaba la oscuridad; por ello no me atreví a acercarme al edificio, sino que permanecí con la cabeza apoyada en las patas cruzadas para no dejar de observarlo. Después de medianoche dejó de nevar, pero no me sacudí la nieve, pues me permitía mimetizarme con el medio, y el claro de luna entre las nubes la hacía brillar como la capa nupcial que nunca había usado. Me arrastré despacio hacia el brumoso perfil de la fortaleza, sin apartar los ojos de la ventana del segundo piso, donde centelleaba una luz amarillenta, pero bajé los pesados párpados, pues la luz encandilaba y yo estaba acostumbrada a la oscuridad. Me pareció que algo se movía en esa ventana opacamente iluminada, como si una gran sombra hubiera cruzado una pared, así que me apresuré hasta llegar a la muralla. Empecé a escalar metro por metro, y no fue difícil, pues las piedras no tenían juntas de argamasa y estaban sostenidas sólo por su enorme peso. Así llegué a las ventanas más bajas, negras como almenas para bocas de fuego. Todas estaban oscuras y vacías. Y adentro también reinaba el silencio, como si la muerte hubiera sido la única ocupante durante siglos. Para ver mejor, activé mi visión nocturna, y asomando la cabeza en el aposento de piedra, abrí los ojos luminosos de mis antenas, que emitían un fulgor fosforescente. Me encontré frente a una mugrienta chimenea

de enlosado tosco, donde unos leños partidos y unas ramas chamuscadas se habían enfriado tiempo atrás. También vi un banco y unas herramientas oxidadas junto a la pared, una cama deshecha y unos panecillos duros como piedra en el rincón. Me asombró que nada me obstaculizara la entrada. No confiaba en ese vacío hospitalario, y aunque en el otro extremo de la habitación la puerta estaba abierta, o quizá porque por eso mismo intuí una trampa, me retiré por donde había entrado, sin un sonido, para reanudar mi ascenso hacia el último piso. Ni siquiera pensé en acercarme a la ventana de donde venía la luz. Por último me encaramé al techo y, una vez en la superficie nevada, me recosté como un perro de guardia, esperando el día. Oí dos voces, pero no entendí lo que decían. Me quedé inmóvil, ansiando y también temiendo el momento en que brincaría sobre mi oponente para liberar a Arrodes, y me tensé como un resorte, imaginando la lucha que culminaría con un agujonazo. Al mismo tiempo miré dentro de mí misma, ya no para buscar una fuente de voluntad, sino tratando de encontrar un pequeño indicio, aunque fuera ínfimo, que revelara si mataría a un solo hombre. No recuerdo cuándo perdí ese temor. Esperé, aún insegura, pues no me conocía. Pero esa misma ignorancia, el no saber si había venido como salvadora o como asesina, se transformó en algo hasta entonces desconocido, inexplicablemente nuevo, invistiendo cada uno de mis temblores con una misteriosa y aniñada inocencia, me colmó de abrumadora alegría. Esta alegría me sorprendió y me pregunté si no

sería otra manifestación de la sabiduría de mis inventores, que se habían cerciorado de que yo encontrara un poder ilimitado tanto para socorrer como para destruir, aunque tampoco estaba segura de ello. Un ruido repentino, corto, seguido por un farfalleo, me llegó desde abajo. Un sonido más, un estampido hueco, como la caída de un objeto pesado, luego el silencio. Empecé a bajar del techo, casi doblando mi abdomen en dos, de tal modo que con la parte superior del cuerpo me aferré a la pared, mientras que las patas traseras y el tubo del aguijón aún permanecían en el borde del techo. Así acerqué a la ventana abierta la cabeza trémula y tensa.

La vela, arrojada al suelo, se había apagado, pero la mecha aún relucía, y utilizando la visión nocturna vi debajo de la mesa un cuerpo tendido del que manaba sangre —negra en esa luz— y aunque todo en mí me impulsaba a saltar, primero olí el aire impregnado de sangre y estearina: ese hombre era un extraño para mí, por lo tanto se había producido una riña y Arrodes lo había matado antes que yo. El cómo, el por qué y el cuándo no llegaron a intrigarme, pues el hecho de estar sola con él, y él vivo, en ese edificio desierto, el hecho de que sólo estuviéramos los dos, me golpeó como un rayo. Temblé —amada y asesina— mientras observaba sin pestañear los estertores rítmicos de ese corpachón soltando su último aliento. Si tan sólo pudiera irme ahora, perderme calladamente en ese mundo de nieve y montañas, cualquier cosa antes que permanecer con él cara a cara, mejor dicho, cara a censor, añadí, conde-

nada a lo monstruoso y lo cómico hiciera lo que hiciese, y la sensación de ser burlada inclinó la balanza, me impulsó tanto que bajé, aún suspendida cabeza abajo como una araña cautelosa y, ya sin preocuparme por el rechinar de mis placas ventrales en el alféizar, en un frágil arco salté sobre el cadáver y alcancé la puerta.

No sé cómo ni cuándo se derumbó. Más allá del umbral había escaleras de caracol y en ella, de espaldas, Arrodes, la cabeza hacia atrás y apoyada en la piedra gastada. Debían de haber luchado en esa escalera, por eso yo no había oído casi nada, de modo que allí estaba, a mis pies. Se le movían las costillas, y vi —sí— su desnudez, la desnudez que yo no había conocido, sino sólo imaginado, esa primera noche en el baile.

Soltó un jadeo. Observé cómo trataba de alzar los párpados. Abrió los ojos, primero los blancos, y yo, retrocediendo, con el abdomen inclinado, le miré la cara vuelta hacia arriba, sin atreverme a tocarlo ni a retroceder, pues mientras él viviera yo no podría estar segura de mí misma, aunque perdía

sangre con cada inhalación. Entonces vi claramente que mi deber se extendía hasta el último extremo, porque la sentencia del rey debía cumplirse aún en los estertores de la muerte, y por lo tanto yo no podía correr el riesgo, mientras él viviera, y tampoco sabía si en realidad deseaba que él despertara. Si hubiera abierto los ojos y hubiera recobrado el conocimiento y —en una visión invertida— me hubiera visto entera, mientras yo estaba encima de él, llevando la muerte con impotencia, en un gesto de súplica, preñada pero no de él, ¿eso habría sido una boda, o la despiadada parodia de una boda?

Pero no recobró el conocimiento. Cuando llegó el alba, en remolinos de nieve chispeante que entraban por las ventanas, por las cuales toda la casa aullaba con el vendaval de la montaña, Arrodes gruñó una vez más y dejó de respirar, y sólo entonces, la mente en paz, me tendí junto a él, y lo estreché en mis brazos, y así permanecí en la luz y la oscuridad durante dos días de tormenta en que la nieve cubrió nuestro lecho con una capa que no se derretía. Y el tercer día salió el sol.

Título del original en polaco: *Maska*. Del libro *Mortal Engines*.

© 1977 by The Seabury Press.

Traducción (de la versión inglesa de Michael Kandel) de Carlos Gardini.



PABLO CAPANNA

UN PESIMISTA AFORTUNADO

*Un repaso del lado más fantástico
de la obra de William Golding, escéptico del
progreso y premio Nobel 1983.*

Ilustración de Carlos Nine

Todos los años, el criterio con el cual la Fundación Nobel atribuye sus famosos premios vuelve a ponerse en tela de juicio, suscitando polémicas tan inevitables como recurrentes, si se piensa en el enorme poder moral que el Premio concentra en una sola institución: la Academia sueca.

En general, no se cuestionan los premios Nobel científicos. De un modo quizás ingenuo, los legos solemos confiar en su objetividad y justicia: ocurre que hay muy poca gente que esté en condiciones de discutir teorías o descubrimientos en el campo de la física o la medicina, y aun los periodistas, que se arrojan audazmente sobre cualquier tema, suelen arredrarse ante

el santuario de la ciencia básica.

Sin duda, el ojo de la tormenta ronda los Nobel de la Paz y la Literatura; éstos son los que más han sido impugnados, relativizados y hasta rechazados. Aquí es donde juegan los factores políticos y hasta geopolíticos, tales como la norma tácita de premiar a un escritor por continente o los disidentes de ambos sistemas ideológicos.

Pese a todo, cualquier intelectual de cierto relieve sueña secretamente con el Nobel y espera con cierta ansiedad el dictamen sueco, para minimizarlo al día siguiente, proponer una lista de autores a quienes él hubiese premiado, o renegar del Premio mismo.

El espaldarazo del Nobel litera-

rio abre también proficuos negocios editoriales de reedición y traducción; el público medio, que confía en las academias, compra los libros del autor premiado; durante una semana las revistas se ocupan de él y los críticos dejan de interesarse por su obra, como si estuviera apestado.

Alguna vez, G. B. Shaw propuso que el premio fuese adjudicado a escritores jóvenes, a manera de subsidio, para darles la seguridad necesaria con que producir su obra. Me temo que, de hacerse esto, a la lista de los Nobel olvidados o jamás leídos, como Henrik Pontoppidan, Rudolf Eucken o los hermanos Álvarez Quintero, habría que añadir los nombres de otros tantos autores potenciales malogrados por el éxito prematuro.

El Nobel de 1983 recayó precisamente en la categoría de los más discutidos, de aquéllos que, cabe esperar, habrán de ingresar pronto en la nómina de los olvidados: esta vez fue William Golding, un escritor inglés que ha tenido relativa difusión fuera de determinados círculos, a pesar de no ser un autor oscuro ni iniciático.

Parece que en este caso la discusión en el seno de la Academia creció hasta amenazar con un pequeño escándalo, rápidamente conjurado. El académico Lundkvist, quien prefería premiar a Henri Simon, denunció un "golpe" del Secretario Permanente Gyllesten, y calificó a Golding como "un fenómeno local, puramente inglés". Al parecer, Golding no llegaba a ser un fenómeno ni siquiera en Inglaterra, si juzgamos por el minuto caso que la BBC dedicó a comentar

el premio. Lundkvist y Gyllesten terminaron por ponerse de acuerdo días después, y el primero reconoció a regañadientes la justicia del procedimiento seguido.

Con Golding ocurrió un hecho inesperado, que tomó por sorpresa aun a los que soñaban con Bradbury. Los lectores de habla española que conocían el nombre de Golding y habían tenido trato con sus obras se hallaban, en su mayoría, en el vilipendiado sector de los aficionados a la fantasía y la ciencia ficción. De hecho, es difícil que cualquiera de estos dos rótulos pueda aplicarse a Golding con seguridad, pero para nuestro público están indisolublemente ligados al sello que lo publicó. Debemos a la intuición de Paco Porrúa, que también descubrió a García Márquez, el mérito de habernos hecho conocer a Golding.

Estas circunstancias explican que recibamos este premio, ganado por "uno de lo nuestros", con una especial satisfacción; aunque, para ser objetivos, comprendamos que las dudas están justificadas.

En efecto, son muchos los que piensan, y entre ellos me incluyo, que el premio habría sido más merecido en el caso de Italo Calvino o Jorge Luis Borges. Y esto último no por obvio nacionalismo, sino compartiendo la opinión de grandes corrientes de la crítica internacional, de las cuales por ejemplo se hace eco *Time*, en su nota referida a Golding.

¿Cuál fue, pues, la razón que este año orientó a los inescrutables académicos suecos? En esta materia todo es discutible, pero conviene conocer sus razones, que son bastante atendibles. Esta vez no se

quiso premiar a un innovador, a una minoría o una nacionalidad, sino que se eligió un criterio más filosófico que literario. Se quiso premiar una obra que "ilumina la condición humana", y lo hace con una fuerza comparable a la de Swift y Melville; se eligió una narrativa caracterizada por "la transparencia del arte realista", que se resume en libros "entretenidos y atrayentes".

Los puristas y los críticos tienen derecho de estar indignados, porque no se trata de un innovador formal; no hay en Golding experimentos narrativos ni atrevimientos estilísticos; hay en cambio una escritura pulida, sostenida por una sólida cultura, tan asimilada y metabolizada que no asoma ninguna arista; sus símbolos son directos, su escritura es inteligible y cae dentro de la comprensión de un amplio público. Por una vez, se pensó más en complacer el gusto del lector de cultura media que las exigencias del crítico.

La obra de Golding posee además cierta unidad interna y un mensaje permanente que cada situación esclarece bajo una nueva luz. Sus novelas, de trama relativamente simple y desarrollo lineal, parecen estar construidas en torno de una sola metáfora dominante, como ocurre en *Señor de las moscas* o *La construcción de la torre*. No es un escritor masivo, pues sus libros siempre tuvieron dificultades para publicarse pero, con veinte millones de lectores en todo el mundo, tampoco es el "fenómeno local" a que quiso reducirlo Lundkvist.

Todo esto quizás no justifique un premio Nobel, si por tal entendemos ingresar a un Olimpo literario

que reúna las más altas cumbres de una época; de todos modos, el tiempo lo dirá. Pienso, sin embargo, que aun cuando la fama de Golding-Nobel sea poco duradera, su obra probablemente volverá a leerse como un testimonio de un tiempo angustioso que ve periódicamente resurgir una "naturaleza humana" no totalmente domesticada, pese a los sueños de quienes pretendían haber acabado con ella a través de las ciencias humanas y la ilustración general.

Golding tiene fama de pesimista; por lo menos ésa es la imagen que se ha ganado con *Señor de las moscas*; él mismo no se resigna a quedar atado a ese libro para siempre, y menos aún a ser tratado como "escritor para adolescentes". Sin embargo, una lectura global de su obra, donde predomina el fracaso y afloran los aspectos más oscuros de esa "naturaleza humana" que aborrecen los sociólogos y los ideólogos, revela que no es ajena a la esperanza. Golding no es un nihilista, sino un humanista comprensivo aun ante los aspectos más negativos del hombre; su mirada no está exenta de humor ni tampoco de amor; como el clásico, podría decir "nada de lo humano me es ajeno".

El gran tema de Golding es la condición humana, la problemática existencia del hombre, ese ser que, según Pascal, está condenado a ser mucho más o mucho menos que el animal, pero ya nunca animal. No en vano Golding se dedicó durante años a la filosofía: su obra tiene una dimensión antropológica y en ella asoma la presencia —o la ausencia— de un Dios insondable.

Golding se declara creyente, pero con una fe ambigua ("soy un

hombre religioso incompetente"); tiene una visión casi arcaica de lo divino como *mysterium tremendum* o *fascinans*. Al decir de Rudolf Otto, ésta es la experiencia más arcaica de lo Sagrado; un poder indiferenciado que permite que una criatura absurda, arrancada prematuramente de la naturaleza, alcance cumbres de santidad y abismos de crueldad. En una conferencia, Golding ha dicho que "arde por saber qué es el hombre a los ojos de Dios". Como novelista, lucha por asumir el punto de vista divino.

Esta aspiración quizá explique el carácter "arqueológico" de sus relatos, esa tendencia a explorar el pasado y bucear en los orígenes del hombre, en reconstruir no tanto "ambientes de época" como climas espirituales donde, por cambiantes que sean los escenarios, se explora una misma naturaleza humana, más identificada con el sentimiento que con el raciocinio. También explica esa desconfianza hacia el progreso y las luces de la razón, que a veces es irónica y a veces desesperada.

Si es posible establecer una comparación con Jonathan Swift, diríamos que ambos aparecen superficialmente como pesimistas, pero con una diferencia: Swift fue un pesimista radical en un siglo decididamente optimista; Golding es relativamente pesimista en un siglo donde el pesimismo es la tónica; por lo tanto, su visión resulta paradójicamente positiva.

Las imágenes de Golding que han sido divulgadas con motivo del premio nos lo muestran con un aspecto apacible y patriarcal, amable

sin solemnidad, más simpático y menos parecido a Platón que en retratos anteriores. En particular, hay una en que aparece junto a su esposa con un pañuelo al cuello, saco eduardiano y piernas enfundadas en una especie de calzas; esta pareja de ancianos tomado de la mano, con fondo de techos de paja, parecen dos *hobbits*: Bilbo Baggins y señora, se diría, si el fotógrafo fuera Tolkien.

Su carrera literaria también carece de espectacularidad. Hijo de un maestro de escuela y de una activista del voto femenino, creció en una aldea de Cornualles bastante aislada. Fue un adolescente solitario y extremadamente sensible; afirmó que sus obras proceden de "una suerte de adolescencia prolongada", lo cual quizás explique su aceptación en el mundo juvenil.

Entró a Oxford para seguir una carrera científica, según el deseo de sus padres, pero pronto se orientó hacia la literatura; estudió filosofía y se interesó en la épica y el esoterismo. Durante años enseñó filosofía, lo cual se refleja en cierto carácter paradigmático de sus novelas.

Luego de graduarse tuvo distintos empleos, incluyendo papeles en una compañía teatral de provincias. Recordando esta experiencia, más tarde escribiría una obra de teatro, *La mariposa de bronce*, adaptación de su cuento "El envío especial".

A los veintitrés años, como suele ocurrir, publicó un libro de poemas, pero inmediatamente se vio arrastrado por las mareas de la segunda Guerra Mundial. Enrolado en la Marina, presenció el hundimiento del Bismarck y participó

del desembarco en Normandía, lo cual selló para siempre su talante pesimista, al tomar contacto con la violencia; "allí, a uno le restregaban las narices contra la condición humana", declaró luego.

En los años de posguerra, mientras ejercía la docencia, comenzó a escribir su *Señor de las moscas*, que finalmente logró publicar en 1954, luego de haber sido rechazada por veintinueve editores. Era su primera novela, y tenía cuarenta y tres años, una edad que para muchos autores de borradores inéditos es considerada casi como la senectud.

Su carrera apenas empezaba; en los cinco años siguientes dio a conocer otras tres novelas, *Los herejeros*, *Pincher Martin* y *Caída libre*; todas ellas un tanto arduas, con pocas concesiones al público y fruto de una laboriosa preparación, pues Golding entiende que no tiene sentido ofrecer al lector dos libros que no difieran claramente entre sí. De esta época datan también tres novelas cortas, reunidas bajo el título *El dios escorpión*, y la novela *La construcción de la torre* (1964).

A esto siguieron diez años de silencio, al cabo de los cuales sorprendió a la crítica con dos novelas de difícil simbolismo, *La oscuridad visible* (1979) y *Ritos de paso* (1980), que le valieron un importante premio literario e hicieron que se volviera a hablar de él.

Golding es un escritor que escribe cuando tiene algo que decir, no demasiado prolífico, profundo pero a la vez comprensible, cuya prosa no se vincula con ninguna de las vanguardias de la literatura actual; para entenderla hay que re-

montarse a Melville, Conrad o quizás a Milton.

El anti-Robinson

La obra que inevitablemente se asocia con el nombre de Golding, la que le ha dado una relativa fama, es sin duda su primer libro, *Señor de las moscas*.

Si bien no fue escrita para un público determinado, su éxito lo hicieron varias generaciones de lectores adolescentes para quienes se convirtió en una especie de clásico.

El libro se presentaba como una parábola bastante diáfana sobre el mal en el corazón del hombre, donde se volcaba tanto el pesimismo acerca de una eventual catástrofe atómica (muy agudo en los años '50) como la propia experiencia de la degradación vivida por el autor en la guerra.

La aceptación que tuvo entre los adolescentes se explica porque el libro combina elementos de gran importancia en esta etapa de la vida: la búsqueda de autonomía y participación tanto como el recuerdo de las primeras experiencias del mal vividas en las pandillas infantiles, con sus tiranuelos, su sadismo incipiente, sus ritos al margen del mundo adulto, y también del miedo a la oscuridad, al desamparo, a la suspensión de las claras reglas que dictan los mayores. Estas experiencias todavía están frescas en el adolescente, y siguen estando presentes aun en la memoria de los adultos; si escarbamos en nuestro pasado en busca de la primera experiencia del Mal casi siempre la encontraremos hundida en los recuerdos de la pandilla infantil.

Golding eligió por escenario la clásica isla desierta, un decorado cargado de evocaciones para las generaciones anteriores a la TV y los juegos electrónicos, las que se formaron leyendo novelas de aventuras, generalmente ambientadas en atolones tropicales, desde *Robinson Crusoe* hasta *La isla misteriosa* de Julio Verne. En la elección del tema y en su tratamiento hay también una alusión más local. En las últimas páginas, el oficial que rescata a los niños sobrevivientes, evitando que sigan matándose entre sí, observa: "Hermoso espectáculo. Como en la Isla de Coral." El lector inglés entiende que la ironía va dirigida a un clásico de la novela de aventuras, *The Coral Island* (1858), de R. M. Ballantyne, un libro moralizante acerca del heroísmo de un grupo de escolares náuticos.

Señor de las moscas se presenta pues como antiheroica, como un negativo del optimismo decimonónico, y a la vez como un negativo de todas aquellas "robinsonadas" que constituyeron un tópico común en la literatura política y filosófica del siglo XVIII.

Esta novela es también una robinsonada; sus héroes deben sobrevivir en una isla desierta, como el héroe de Daniel Defoe o los náuticos del globo de Julio Verne, al fin rescatados por el Nautilus. Pero así como éstos lograban demostrar la "superioridad del hombre blanco"—Robinson colonizando al nativo Viernes y los ingenieros de Verne explotando las riquezas de la isla, a la cual dotaban de ferrocarril y electricidad— los niños de Golding retroceden en el curso de pocas semanas hasta niveles de ci-

vilización propios del Paleolítico "Yo hubiera pensado que un grupo de niños británicos... serían capaces de ofrecer un mejor espectáculo", observa con verdadero humor negro el oficial que dirige el rescate.

Pero las robinsonadas del Siglo de las Luces tenían, además de ese inconsciente racismo del colonizador, una fe rousseauiana en la bondad innata del hombre; sus autores creían que *in illo tempore* los hombres se habían cansado de vagar solitarios y habían fundado la sociedad por un contrato libremente estipulado. Del mismo modo, las contradicciones acumuladas por la civilización habrían de esfumarse con una vuelta a lo natural, que reproduciría aquellas condiciones.

El viejo "contrato social" creado por Protágoras y restaurado por Rousseau, había sido el mito de los orígenes asumido por la tradición europea moderna, y las robinsonadas no eran más que situaciones experimentales ideadas para probarlo.

Golding ataca el optimismo moderno precisamente en su origen, en la robinsonada, y al hacerlo reproduce el esquema de otro inglés que siglos antes preconizó que los hombres eran naturalmente malvados y tendían a destruirse entre sí en "estado de naturaleza": se trata de Thomas Hobbes, a quien muchos ven como uno de los fundadores de la ciencia política y otros señalan como el primer teórico del Estado totalitario, con su concepción del Leviatán, el monopolio estatal del terror que impide que los hombres se lancen unos contra otros, sometiéndolos por el miedo.

El hobbesianismo de Golding

funciona aquí por omisión: al parecer, cuando falta la coerción de los adultos hasta los niños mejor educados recaen en el más desenfrenado salvajismo; es una típica meditación de posguerra, uno de esos productos literarios pacifistas o nihilistas que han producido las dos guerras mundiales; desde Erich Maria Remarque hasta Virgil Gheorghiu.

La novela sólo atrajo a los adolescentes sino también a sus profesores (incluyendo a quien escribe), quienes hallaron en ella tanto un tema de discusión como un simbolismo diáfano para sus clases de literatura. Los símbolos eran casi obvios: un par de anteojos rotos figuran la violencia (como luego se vería en el afiche de *Los perros de paja*); la isla que tiene la forma de un bote "que avanza firmemente, de popa", como imagen del retroceso, etcétera.

Mezcla de robinsonada y novela juvenil, ambas en negativo, *Señor de las moscas* es una reflexión antropológica. Freud, el pesimista autor de *El malestar en la cultura*, la hubiese aplaudido, y si Carl Rogers la conoce estará cerca de ejecutarla.

El propio título, que en una primera lectura alude a la cabeza de cerdo cubierta de moscas que los niños erigen como ídolo, refiere a un sentido mítico; en las tradiciones judías, "señor de las moscas" es un epíteto para los falsos dioses y demonios; *Baal zevuv*, de donde viene "Belcebú"... Por supuesto, aquí es un diablo subjetivo, inconsciente, como ese impulso que el pesimista Freud llamó Tánatos o "instinto de muerte".

Por último, el libro puede leerse

también en clave política. Los niños han sido embarcados por sus padres para salvarlos de la guerra, y en la isla reproducirán en escala todos los errores de sus mayores.

Disueltas las estructuras originarias, de las cuales la única que perdura por poco tiempo es la disciplina del coro, se celebra una especie de "contrato social" para la supervivencia. Su símbolo, su Constitución, es el caracol enarbolado en la primera asamblea que garantiza la inmunidad personal y el derecho de ser escuchado.

Mientras aún duran los resabios de la civilización, los niños eligen un líder democrático, Ralph. Pero éste tiene poco más que "paz, pan y trabajo" para ofrecerles, y no puede contra la pereza y el miedo. Pronto se le opone el autócrata Jack, quien gana prestigio en una actividad violenta, la caza, y ofrece buena comida a quien se le someta.

El autoritarismo de Jack se funda en el miedo y genera su propio mito: la crueldad crece junto a la magia, alentada por la accidental caída en la isla de un paracaidista muerto: surge el mito y el culto de la Bestia. El primero que descubre la verdad ("la Bestia se oculta en nosotros") es Simón, quien es víctima de un sacrificio humano que sella con sangre el pacto de la tribu de Jack.

Respaldando al líder Ralph está Piggy, quien representa al intelectual, despreciado por el grupo pero respetado por Ralph; Piggy lucha por mantener la racionalidad, afirmando patéticamente que "el mundo es científico" y "no hay que portarse como salvajes". Al ser asesinado Piggy, desaparece el último vestigio de sensatez; la magia y la

violencia dominan a la comunidad isleña hasta culminar en la persecución final.

Es casi redundante señalar la evidente parábola del ascenso del fascismo europeo; pero el valor simbólico de la obra no se limita a esa contingencia histórica sino que se proyecta más lejos.

El escéptico del progreso

Si la inclusión de *Señor de las moscas* en el campo de la ciencia ficción es dudosa, y sólo se admite en cuanto el relato se sitúa en el marco de una tercera guerra mundial, la segunda obra de Golding, *Los herederos*, recurre directamente a uno de los grandes temas del género, aunque no a uno de los más transitados: el origen del hombre, tan remoto como el futuro y sujeto como él a la especulación.

Un pequeño clásico en este campo es "Day is Done", de Lester del Rey,¹ que sin duda prefigura la obra de Golding. Escrito a partir de los datos antropológicos disponibles en la década del '30, era una elegía por el "último Neanderthal" que contempla el ascenso del "parlanchín" Homo Sapiens y muere de pena al verse tratado como un simio.

Ignoro si Golding conocía este texto; lo que parece más seguro es que haya escrito *Los herederos* como respuesta a un cuento de H. G. Wells ("The Girsly Folk", 1921); de todos modos su filosofía es diametralmente opuesta.

Los herederos es una parábola pesimista sobre el origen de la civilización, y el vínculo que une la inteligencia con la opresión. Las sim-

patías del autor se inclinan por el torpe neanderthaloide Lok, con su protector matriarcado y su culto de la Madre Tierra, más que por el cruel e inteligente Cro-Magnon, que funda su poder en las armas y en la magia.

En una novela corta escrita casi en la misma época, "Clonc clonc", Golding imagina la vida de los *Hominines erecti* bajo el matriarcado; los clanes de varones cazadores y mujeres sedentarias están claramente separados y tienen pautas culturales propias. Cazadores y recolectores forman una pandilla de juego casi infantil; las mujeres se ocupan de las tareas "serias", son dominantes y tienen la iniciativa sexual.

En *Los herederos* ocurre el primer choque entre el mundo arcaico de los Neanderthal y el "civilizado" de los Sapiens. Se lo cuenta desde la perspectiva de la víctima, y ello obliga a reconstruir su mundo espiritual, hecho de gestos, imágenes y sensaciones más que de verbalizaciones, tarea no enteramente lograda por el autor.

El homínido Lok, que ha visto dispersar y perseguir a su clan, se convierte en el espantajo de los Sapiens; el pensamiento mágico de sus "herederos" ha hecho de él un ogro, como para justificar la violencia que ha sido ejercida contra su gente. Como el personaje de Matheson, puede decir "soy leyenda".

Aquí la humanización parece estar acompañada por el uso racional de la violencia; el triunfo del Sapiens se hace a expensas de la comunión con la naturaleza, al precio de la introducción de la magia, del sometimiento de la mujer, la lucha

por el poder y la injusticia. Perdido su mundo casi feliz, Lok es un anacronismo temido y odiado, el primero de una galería de ogros, cíclopes y Calibanes. Pero para el autor sigue siendo el Buen Salvaje.

Esta versión escéptica de los orígenes de la cultura se corresponde con la ironía de "El enviado especial", donde ataca la noción de progreso en su forma más pura: el progreso técnico.

Se trata aquí de la invención de algunas técnicas modernas, anticipada por un ingeniero alejandrino en la corte de un decadente emperador romano. Como anacronismo, no es nada descabellado, pues nada impedía que en la época de oro del Museo hubiesen aparecido la pólvora, la máquina de vapor o la imprenta; tenemos, pues, un tema de ciencia ficción.

El inventor se llama Fanocles: "el que muestra la llave (del progreso)". Le ofrece al emperador sus artefactos, comenzando por la olla de presión. A la larga éste es el único invento que logra aceptación. En cuanto al barco de vapor, construido en estilo corintio, con pistones que simulan brazos ciclópeos y una ventruda caldera, provoca una catástrofe naval y desencadena una crisis política. El cañón o *tormentum*, adornado con una mariposa de bronce en la culata, detiene de algún modo la crisis, pero es abandonado: tanto los remeros como los soldados, que hasta entonces estaban seguros, presienten que serán desplazados por esas armas modernas.

Queda pues la imprenta, inocua y prometedora. Al comienzo el emperador se entusiasma, soñando con que cada escuela tenga su Ho-

mero y cada estudiante su Virgilio, pero en cuanto examina mejor la cuestión surgen las dudas: ¿No abrirá esto la posibilidad de escribir "best-sellers" con las memorias de una cortesana frigia o novelas de aventuras en las guerras púnicas? ¿Cuántos poetastros y sofistas no soñarán con inmortalizar sus engendros? ¿Cuántas estadísticas, informes, ensayos de filósofos ociosos y eruditos intrascendentes fatigarán los estantes de las bibliotecas? Ante la visión de este apocalipsis libresco, el emperador opta por sacarse a Fanocles de encima; no se le ocurre nada mejor que enviarlo a China, donde podrá inventar la brújula. Se queda, en cambio con la hermana de Fanocles, llamada Eufrosina ("alegría").

Resulta inevitable comparar este delicioso divertimento con las parábolas "chinas" de Bradbury, animadas por el mismo espíritu.

La paradoja humana

Esa "arqueología" que lleva a Golding a explorar pasados remotos e históricos es sólo un expediente para resaltar lo que podríamos llamar "naturaleza humana".

Comparando dos de sus novelas cortas, "Clonc clonc" y "El dios escorpión", podemos creer que su tema es el relativismo cultural: en el primer caso los roles sexuales invertidos en el matriarcado, y en el segundo el tabú del incesto, trastrocado en el antiguo Egipto.

Esta lectura resulta obvia desde la perspectiva impuesta por las ciencias del hombre; al elegir situaciones anómalas para nuestro sentir, se pondría de manifiesto el ca-

rácter convencional de las normas sociales. Pero la óptica de Golding es la opuesta; consiste en mostrar que, por extraño que sea el artificio social creado por las culturas históricas, existe una "naturaleza" humana que tiende a retomar su lugar. Aquí estaríamos más cerca de Lorenz que de Margaret Mead o Malinowski.

En "Clone clonc" la separación de los clanes masculino y femenino revela su debilidad y apunta a otro tipo de estructura familiar. En "El dios escorpión" el tabú del incesto se muestra no como un arbitrario invento social sino como una necesidad biológica.

En el ambiente egipcio imaginado por Golding se exige que para mantener la pureza del linaje sacerdotal los jóvenes se casen con miembros de su propia familia. La joven Linda Flor está destinada a su padre, y hace lo posible por seducirlo, como una aplicada Salomé; pero el padre no está interesado en ella, y ella se enamora de un forastero. Se impone al fin la exogamia, produciéndose una verdadera revolución, y de algún modo se restaura un orden natural vulnerable por las conveniencias sociales.

Esta búsqueda de la naturaleza humana, algo esquemática cuando se trata de los impulsos básicos, se profundiza en otras dos de las más importantes novelas de Golding, *La construcción de la torre* y *Pincher Martin*.

La construcción de la torre es una trabajada metáfora sobre la tensión entre lo espiritual y lo material en el hombre; el tema es la fe, y el tiempo la Alta Edad Media.

El deán Jocelin es un oscuro clérigo de provincia empeñado en edi-

ficar una inmensa torre sobre su iglesia. Se trata de un personaje quijotesco; obsesionado por el orgullo, se siente humilde; ha dedicado su vida a elevar su torre desoyendo a los constructores. Cree ser instrumento de la "locura de Dios", tal como la revela la Biblia: "Ni en los viejos tiempos pidió Él a los hombres que fueran razonables, ya que lo pueden ser por su cuenta. Cualquiera compra, vende, cura o gobierna... Pero súbitamente, de algún profundo lugar surge un mandato, según el cual debemos hacer algo fuera de razón: construir un barco sobre tierra firme, sentarnos en un muladar, casarnos con una prostituta o inmolar a nuestro hijo en el ara. Entonces, si tenemos fe, ocurre algo insólito."

Sostenido por esta imagen de un Dios que está más allá de la razón, Jocelin cree haber sido elegido para su misión y sostenido por los ángeles; piensa que a pesar de las leyes naturales la torre se mantendrá firme gracias al poder de una sagrada reliquia; confía más en la Gracia que en la gravedad.

Pero la gravedad está en su contra, como le explica el maestro Roger Mason, el constructor. Cavando en busca de los cimientos, descubren que la iglesia se eleva sobre lo que antaño era un pantano. Los constructores amontonaron ramas sobre el barro y asentaron allí los cimientos; la torre no reposa en tierra firme: flota. Como el Coloso de Rodas, es un gigante con pies de barro, pero para Jocelin no es un monumento al orgullo humano que necesita erguirse sobre la tierra, sino una obra de fe, que cuelga del cielo.

La torre crece, entre cruídos, y amenaza desmoronarse al menor

viento. Jocelin se endeuda y descuida el culto; hay motines y desórdenes en la obra.

Por fin Jocelin tiene que rendir cuentas ante un tribunal eclesiástico: cae enfermo y poco a poco descubre el reverso de su vida. No es cierto que hubiera sido elegido por Dios; fue su influyente tía Lady Alison quien obtuvo su nombramiento de un amante complacido. Su locura ha traído desgracias a todos sus colaboradores: "Sacrifiqué cuatro personas a un martillo de cantero."

La vida de Jocelin, como su torre, está asentada sobre barro. Y sin embargo, pese a todas las expectativas, la torre no se cae, y la vida del deán es de algún modo rescatada: muere en paz. Como para subrayar la analogía entre la torre y el alma, Jocelin se pregunta: "¿Qué es la mente del hombre, Roger? ¿Todo el edificio, incluido el subsuelo?"

Precisamente esta metáfora del edificio es la que aparece en una célebre polémica, la de Freud y Binswanger. Cuando éste le reprochaba a aquél haberse dedicado a desempolvar el sótano de los instintos, olvidando que existen pisos superiores habitados por el pensamiento y el arte, Freud contestó, tan huraño como siempre, que precisamente eso era lo que había estado haciendo, explicando el espíritu a partir de la libido. El diálogo se interrumpió, y hubo que esperar varias décadas para que otros lo re-

anudaran. La metáfora de Golding señala precisamente eso: aunque podamos establecer con claridad analítica sobre qué lodo está asentado el espíritu, no siempre es posible reducirlo a lodo; como la torre de Jocelin, se mantiene firme contra toda sensatez.

Un autor capaz de tocar con originalidad temas tan complejos, que han ido ganando espacio en sus últimas obras, no admite ser encofrado en categorías taxonómico-literarias. Ante la imposibilidad circunstancial de analizar toda su obra, me he limitado a los textos que de algún modo pueden vincularse con lo fantástico y la ciencia ficción.

Kingsley Amis escribía hace muchos años que "seguramente, Golding no tendría nada que oponer a que se lo clasificase entre los autores del género"²; "es el modelo de autor responsable y trabajador en el terreno de la ciencia ficción"³. En esto Golding es fiel a cierta costumbre inglesa que, antes que sucumbir a la manía clasificatoria de los norteamericanos, nunca se preocupó por segregar a Wells o a Conan Doyle en compartimientos estancos.

El hecho de que un escritor leído y apreciado por los aficionados al género sea capaz de entrar y salir de él libremente, prestigiándolo y prestigiándose a la vez, indica que algo ha cambiado, por más que les pese a quienes tienen una concepción estrecha de la cultura.

NOTAS

¹ Publicado en *Astounding Science Fiction*, mayo, 1939. El tema fue sugerido por el editor, para imitar una exitosa idea de L. Sprague de Camp, pero el tratamiento que le dio del

Rey fue totalmente original. Hay traducción al castellano: "El último Neanderthal", *Más allá* n° 8, enero 1954.

¹ Kingsley Amis, *El universo de la ciencia ficción*, Ciencia Nueva, Madrid, 1966; p. 142.

³ Id. pág. 20.

© 1984, Pablo Capanna.

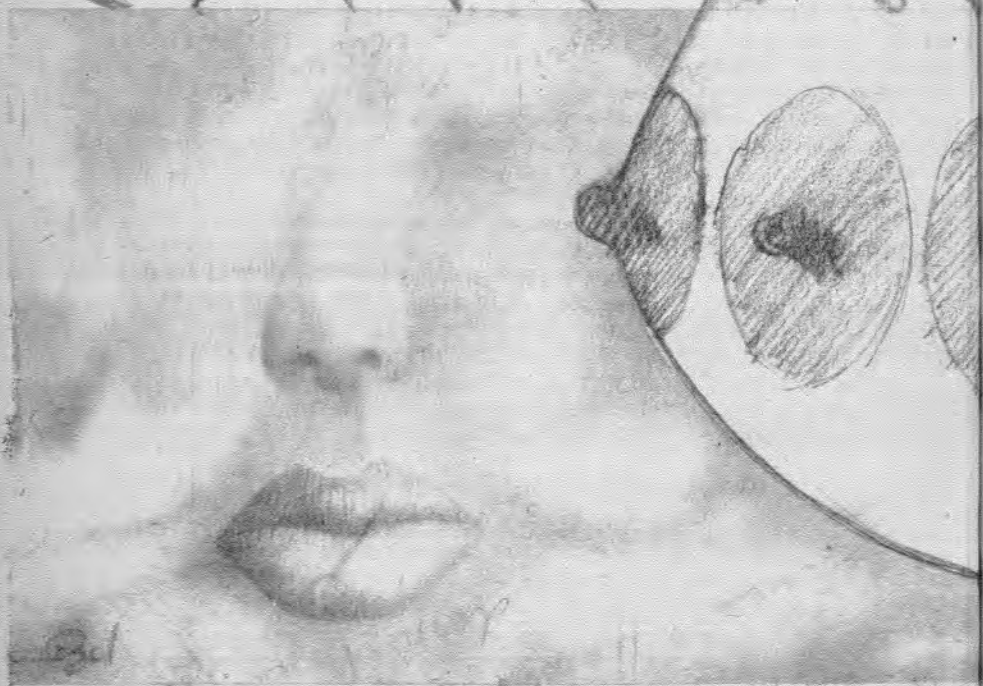
Ciertamente, una de las más válidas razones para escribir es poder leer algo que uno necesitaba leer. Ciertamente, también, se escribe mucho por ignorancia, porque se ha leído poco. Ignorancia que puede ser inteligente; leerlo todo para empezar a escribir después, es la cosa más absurda del mundo. Un ser humano no funciona así. No se deja convertir impunemente (y lo menos que puede sufrir es una congestión, un bloqueo, una apatía) en un "consumidor cultural". Todo lector necesita constantes "reorganizaciones del mundo", "totalizaciones" propias, que va efectuando, si es un buen lector, mientras lee, en la reflexión posterior, en la conversación, quizá por escrito. Shakespeare no inventó el lenguaje ni el mundo isabelino. Pero lo leyó tan bien al reescribirlo que su lectura ha llegado a ser canónica de ese lenguaje y ese mundo.

¿Y si Shakespeare se hubiera encontrado milagrosamente en la playa una botella con un soneto de Shakespeare? Lo recorrería, se deslumbraría de verse tan maravillosamente expresado y lo publicaría con los demás. ¿No eran también encuentros concretos y maravillosos los que había tenido con los otros sonetos, aunque hubiese sido por tanteos, por exploraciones manuales, orales, visuales, de un bulto que iba saliendo a luz?

¿Y las otras palabras proferidas, los encuentros y asociaciones que se le ocurrieron personalmente y escribió de su puño y letra, aunque luego tiró a la basura porque no lo expresaban? No eran sonetos de Shakespeare.

(*La máquina de cantar*, © 1967, Siglo XXI Editores, S.A.)

Pie me intere
nte de rati
te de su vida
nos y sus gu
me de en la
tupar donde se pa
viera tarde y h



JACK VANCE

RUIDO

*Otra música, otros colores,
otro mundo.*

Ilustración de Kike Sanzol

I

El capitán Hess puso una libreta en el escritorio y se acercó una silla a las nalgas robustas. Señalando la libreta, dijo: —Eso es propiedad de su hombre, Evans. La dejó en la nave.

—¿No había nada más? —preguntó Galispell, ligeramente sorprendido—. ¿Ninguna carta?

—No, señor. Nada. Esa libreta era todo lo que tenía cuando lo rescatamos.

Galispell pasó los dedos por la tela fibrosa y ajada de la cubierta. —Comprensible, supongo. —Abrió la cubierta. —Hmmmm.

—¿Qué opina usted de Evans? —preguntó tentativamente Hess—. Un individuo extraño.

—¿Howard Evans? No, en absoluto. Ha sido muy valioso para nosotros. ¿Por qué me lo pregunta?

Hess frunció el ceño, intentando describir con precisión la conducta de Evans.

—A mí me pareció inestable, o quizá emocional.

Galispell quedó francamente sorprendido. —¿Howard Evans?

Hess volvió los ojos hacia la libreta. —Me tomé la libertad de hojear la bitácora y... bien...

—Y tuvo la impresión de que era un hombre... extraño.

—Quizá todo lo que escribe sea cierto —dijo tercamente Hess—. Pero toda mi vida he explorado lugares raros del espacio y nunca he visto nada semejante.

—Qué situación —dijo Galispell con voz neutra. Miró la libreta.

II

Diario de Charles Evans

Empiezo este diario sin pesimismo pero ciertamente sin optimismo. Tengo la sensación de que ya he muerto una vez. El tiempo que pasé en la nave salvavidas fue como un anticipo de la muerte. Volaba y volaba a través de la oscuridad, y un ataúd habría sido apenas más asfixiante. Las estrellas estaban arriba, abajo, a proa y a popa. No tengo reloj, y no sé cuánto duró mi viaje a la deriva. Más de una semana, menos de un año.

Al demonio con el espacio, la nave salvavidas, las estrellas. Este diario no tiene muchas páginas. Las necesitaré todas para narrar mi vida en este mundo que, surgiendo debajo de mí, me dio vida.

Hay mucho que contar y muchos modos de contarlos. Estoy yo, mi propia reacción ante esta situación bastante dramática. Pero como no tengo capacidad para rastrear las contorsiones de mi psiquis, trataré de detallar los acontecimientos tan objetivamente como me sea posible.

Hice aterrizar la nave salvavidas en un lugar tan propicio como pude elegir. Analicé la atmósfera, la temperatura, la presión y la biología; luego me aventuré a salir. Instalé una antena y despaché mi primer SOS.

La vivienda no me preocupa; la nave me sirve de cama y, en caso necesario, de refugio. Es posible que más adelante, por puro aburrimiento, tale algunos de esos árboles para construir una casa.

Pero esperaré; no hay urgencia.

Un arroyo de agua pura corre junto a la nave; tengo alimentos concentrados en abundancia. En cuanto los tanques hidropónicos empiecen a producir, habrá frutos y hortalizas frescas y proteínas de levadura. La supervivencia no presenta demasiados problemas.

El sol es una bola oscura y carmesí, y alumbra apenas un poco más que la luna llena de la Tierra. La nave está posada en un prado de enredaderas verde oscuro, blandas y mullidas. A cien metros de distancia, en la dirección que llamaré sur, hay un lago de agua oscura, y el prado baja suavemente hasta la orilla. Altas marañas de vegetación de un color pálido —será mejor que use la palabra “árboles”— bordean el prado en ambos lados.

Detrás hay una ladera, que posiblemente continúe en una estribación montañosa; no estoy seguro. Esta luz roja y opaca vuelve borrosa la visibilidad después de los primeros cientos de metros.

El efecto total es de una desolación y una paz fantasmagóricas. Gozaría de la belleza de la situación si no fuera por las incertidumbres del futuro.

La brisa cruza el lago con una fragancia agradable, y trae el susurro de las olas. He ensamblado los tanques hidropónicos y preparé cultivos de levadura. Nunca me moriré de hambre ni de sed. El lago es calmo e invitante; tal vez con el tiempo construya un pequeño bote. El agua es tibia, pero no me atrevo a nadar. ¿Qué podría resultar más terrible que ser aferrado desde abajo y arrastrado a las profundidades?

Tal vez mis temores no tengan

fundamento. No he visto vida animal de ningún tipo: ni pájaros, ni peces, ni insectos, ni crustáceos. Es un mundo absolutamente silencioso, excepto por la brisa susurrante.

El sol rojo cuelga en el cielo, permaneciendo en la misma posición durante muchos de mis períodos de sueño. Veo que se pone lentamente. Después de este largo día la noche será larga y monótona.

He despachado cuatro secuencias de SOS; en alguna parte una estación de monitorización deberá captarlas.

Mi única arma es un machete, y me he resistido a alejarme mucho de la nave. Hoy (si puedo usar esa palabra) me armé de coraje y empecé a rodear el lago. Los árboles, altos y flexibles, parecen abedules. Creo que la corteza y las hojas tendrían un brillo plateado y claro en una luz que no fuera esta penumbra vinosa. Están alineados a lo largo de la orilla del lago como si hace mucho tiempo los hubiera plantado un jardinero errante. Las ramas altas se mecen en la brisa, con destellos escarlata matizados de púrpura, una imagen extraña y maravillosa que sólo yo puedo ver.

He oído decir que el goce de la belleza se magnifica en presencia de otros: que un misterioso *rapport* entra en juego para revelar sutilezas que una sola mente no podría captar. Es verdad que mientras caminaba a lo largo de la avenida de árboles con el lago y el sol rojo a mis espaldas habría agradecido una compañía, pero creo que se hubiera perdido parte de la paz, la sensación de caminar en un jardín antiguo y abandonado.

El lago tiene forma de clepsidra; desde el centro angosto pude mirar hacia la otra orilla para ver la forma

chata de la nave salvavidas. Me senté bajo un arbusto cuyas flores rojas y negras cabeceaban continuamente frente a mí.

Gotas de niebla flotaban sobre el lago y el viento producía sonidos tenues y musicales.

Me puse de pie, seguí rodeando el lago.

Atravesé bosques y pantanos y llegué nuevamente a la nave.

Fui a cuidar mis tanques hidropónicos, y creo que la levadura había sido tocada, examinada con curiosidad.

El sol rojo se hunde. Cada día —debe quedar claro que uso “día” para el intervalo entre mis períodos de sueño— está más bajo en el cielo. La noche está casi sobre mí, una larga noche. ¿Cómo pasaré el tiempo en la oscuridad?

No tengo más instrumento de medición que mi mente, pero la brisa parece más fría. Trae acordes largos y melancólicos a mis oídos, muy tristes, muy dulces. Aureolas de niebla flotan sobre el prado.

Ya despuntan unas estrellas tenues, lámparas fantasmales e irrelevantes.

He estado pensando en la ladera que se eleva detrás del prado; creo que mañana iniciaré el ascenso.

He registrado la posición de cada objeto que poseo. Me iré por unas horas; si un visitante toca mis pertenencias, sabré con certeza que estubo aquí.

El sol está bajo, el aire me pellizca las mejillas. Debo apresurarme si deseo regresar mientras la luz aún me muestra el paisaje. Me imagino perdido: me veo vagando por la faz de este mundo, buscando mi preciosa nave, mis tanques, mi prado.

La ansiedad, la curiosidad, la tenacidad me apremian. Subo la cuesta trotando despacio.

Casi enseguida tuve dificultades para respirar y aminoré el paso. La hierba de la orilla había desaparecido; caminaba sobre roca desnuda y líquen. Abajo el prado se transformó en una mancha, la nave en un huso centelleante. Observé un momento. Nada se movía dentro de mi campo de visión.

Continué subiendo y al fin llegué a la cima. Un vasto valle se extendía debajo de mí. A lo lejos una cadena de altas montañas se recortaba contra el cielo oscuro. La luz vinosa que llegaba del oeste alumbraba las prominencias, las salientes frontales, dejaba los valles en la sombra: una serie alternada de rojo y negro que empezaba lejos en el oeste y se perdía en el este.

Miré abajo y atrás, hacia mi prado, y me costó encontrarlo en la luz borrosa. Allí estaba, y allí estaba el lago, una clepsidra chata. Más allá había un bosque oscuro, luego una sabana color rosa viejo, luego una oscura franja boscosa, luego láminas de color hasta el horizonte.

El sol tocó el borde de las montañas y, con lo que pareció una caída repentina, se hundió hasta la mitad en el horizonte. Empecé a bajar la cuesta; sería terrible perderse en la oscuridad. De pronto vi un objeto blanco, a cien metros de distancia. Me acerqué. Gradualmente cobró forma: un dedal, un cono, una pirámide... un mojón de rocas blancas.

Un mojón, sin duda. Me quedé mirándolo.

Me volví, miré por encima del hombro. Nada a la vista. Miré ha-

cia el prado. ¿Formas fugaces? Forcé los ojos en la oscuridad creciente. Nada.

Toqué el mojón, voltee unas piedras. ¿Qué había debajo?

Nada.

En el suelo se veía un rectángulo débilmente marcado de un metro de longitud. Retrocedí. Ningún poder conocido me induciría a excavar ese suelo.

El sol se hundía. En el sur y en el norte ya había empezado el crepúsculo, heces de vino: el sol se movía con asombrosa rapidez. ¿Qué clase de sol era éste, que se arrastraba en el meridiano y se zambullía bruscamente en el horizonte?

Empecé a bajar, pero la oscuridad fue más rápida. El sol rojo se había ido; en el oeste quedaba el triste bosquejo de las llamas extinguidas. Tropecé, caí. Miré hacia el este. Se estaba formando una maravillosa luz zodiacal, un triángulo azul que se alargaba.

Observé, apoyado en las manos y las rodillas. Un cuerno azul brillante se elevó en el cielo. Un momento más tarde un diluvio de zafiro inundó el paisaje. Despuntó un nuevo sol, índigo intenso.

El mundo era el mismo pero diferente; donde mis ojos se habían acostumbrado al rojo y a los matices rojos, ahora veía el intrincado ciclo del azul.

Cuando regresé al prado la brisa arrastraba un nuevo sonido; acordes brillantes que mi mente casi podía transformar en melodías. Por un instante me entretuve oyéndolos, y creí advertir un movimiento de danza en los penachos de vapor que en los últimos días había visto sobre el prado.

En lo que llamaré un estado de

ánimo muy especial, entré en la nave y me dormí.

Salí de la nave a un mundo eléctrico. Escuché. Sin duda eso era música: susurros tenues vagando en el viento como una fragancia.

Bajé hasta el lago, tan azul como una bola de esa tintura color cobalto conocida como añil.

La música se intensificó. Pude captar jirones de melodía, frases vivaces y rápidas. Me llevé las manos a los oídos; si estaba alucinando, la música continuaría. El sonido disminuyó pero no se apagó del todo, así que mi prueba no era definitiva. Pero estaba seguro de que era real. Y donde había música tenía que haber músicos. Eché a correr, grité "¡Hola!"

—¡Hola! —me respondió el eco desde la otra orilla.

La música calló un instante, como un coro de grillos cuando lo interrumpen, luego volvió paulatinamente: una música lejana, "tenues cornetazos de la tierra de los elfos".

Desapareció totalmente de mi percepción. Me quedé de pie en la luz azul, solo en mi prado.

Me lavé la cara, volví a la nave, envié otra secuencia de SOS.

Tal vez el día azul sea más corto que el día rojo; sin reloj no puedo asegurarlo. Pero ahora, con mi fascinación por la música y su origen, el día azul parece transcurrir más rápidamente.

No he visto nunca a los músicos. ¿El sonido será generado por los árboles, por insectos transparentes que yo no alcanzo a ver?

Un día miré hacia el lago y —¡maravilla de maravillas!— una alegre

ciudad se extendía en la orilla de enfrente. Después de una ojeada estupefacta, corrí hacia la orilla, la miré como si fuera el espectáculo más valioso de mi vida.

Sedas pálidas flameaban y ondeaban: pabellones, tiendas, edificios fantásticos... ¿Quién vivía allí? Mé interné en el lago hasta que el agua me tapó las rodillas, y creí ver formas fugaces.

Corrí como un loco alrededor del lago. Pisoteé plantas con capullos azul claro; dejé la huella de un elefante en un frágil cañaveral.

¿Y qué había cuando llegué a la orilla de enfrente? Nada.

La ciudad se había disipado como un sueño. Me senté en una piedra. La música se volvió clara por un instante, como si hubieran abierto momentáneamente una puerta.

Me levanté de un salto. Nada a la vista. Miré hacia el lago. Allá —en mi prado— una multitud de formas transparentes revoloteaba como moscas efímeras en un estanque.

Cuando regresé el prado estaba desierto. La costa de enfrente estaba vacía.

Así transcurre el día azul. Y ahora hay asombro en mi vida. ¿De dónde viene la música? ¿Quiénes y qué son esas formas elusivas, nunca del todo reales pero nunca del todo ausentes? Cuatro veces por hora me aprieto la mano contra la frente, temiendo los síntomas de una mente trastornada... Si la música existe de veras en este mundo, si de veras hace vibrar el aire, ¿por qué llega a mis oídos como música de la Tierra? Los acordes que oigo podrían tocarse en instrumentos conocidos; las armonías no son del todo extrañas. Y esos jirones plas-

máticos y pálidos que siempre entreveo con el rabillo del ojo se comportan como humanos alegres y juguetones. El vaivén de sus movimientos es el vaivén de la música.

Así transcurre el día azul. Aire azul, hierba azul, agua lapislázu, y la estrella azul y brillante inclinándose hacia el oeste. ¿Cuánto tiempo he vivido en este planeta? He transmitido tantas secuencias de SOS que ahora las baterías seisan fatigadas; pronto se les acabará la energía. Los alimentos y el agua no constituyen un problema, pero ¿de qué sirve una vida de exilio en un planeta azul y oro?

El día azul está por terminar. Me gustaría subir la cuesta y observar el poniente del sol azul, pero el recuerdo del poniente rojo aún me retuerce el estómago. De modo que observaré desde mi prado, y luego, si hay oscuridad, entraré en la nave como un oso en su cueva, y esperaré la llegada de la luz.

El día azul se va. El sol zafiro se pierde en el bosque del oeste, el cielo se ennegrece, las estrellas despuntan como hogares desconocidos.

Hace tiempo que no oigo música; tal vez ha sido tan omnipresente que ni reparo en ella.

La estrella azul se ha ido, el aire se enfría. Creo que la noche profunda se lanzará de veras sobre mí. Oigo una pulsación de sonido, vuelvo la cabeza. Hay un fulgor perlado en el este. En la noche crece un globo de plata: una gran bola que sextuplica el diámetro de la luna llena de la Tierra. ¿Es un sol, un satélite, una estrella consumida? Me he topado con un monstruo de la cosmología.

El sol plateado —debo llamarlo

sol, aunque arroja una luz fría y satinada— va rodeado por una aureola que parece la valva de una ostra. El color del planeta cambia nuevamente. El lago reluce como mercurio, los árboles son metal martillado. La estrella plateada pasa sobre un alto banco de nubes, y la música parece estallar como si en alguna parte alguien descorriera unas anchas cortinas.

Bajo hasta el lago. En la orilla de enfrente veo de nuevo la ciudad. Parece más clara, más consistente; noto detalles que antes se diluían en el resplandor: una ancha terraza junto al lago, columnas espiraladas, una hilera de urnas. Creo que la silueta es igual que cuando la vi bajo el sol azul: tiendas de seda, cuernos de luz titilantes, fulgurantes; pilares de piedra tallada, relucientes como vidrio de criolita; formas fantásticas cuya función no entiendo. Hay barcas navegando como mariposas en el lago de mercurio, las grandes velas hinchadas, las jarcias como telarañas. Nódulos de luz cuelgan en los tirantes, a lo largo de los mástiles. Impulsivamente me vuelvo, miro hacia mi prado, veo una hilera de tiendas como en una feria de antaño, un círculo de piedra clara en la hierba, una multitud de formas traslúcidas.

Paso a paso me acerco a la nave. La música tiembla. Miro una de las formas, pero los contornos vacilan. Se mueve con el ritmo de la música. ¿O el ritmo de la forma genera la música?

Corro hacia adelante, gritando. Una de las formas me roza al pasar, y veo un borrón donde debería estar la cara. Me detengo, respirando entrecortadamente; me paro en el círculo de mármol. Salto, y el círcu-

lo vibra con solidez. Camino hacia las tiendas. Parecen exhibir objetos complejos de tela pálida y metal opaco, pero cuando miro los ojos se me empañan como si lagrimearan. La música se aleja, el prado queda vacío y silencioso. Mis pies se hunden en la hierba negro-plataada; la estrella negro-plataada cuelga en el cielo.

Estoy sentado de espaldas a la nave, mirando hacia el lago, que está quieto como un espejo. He formulado varias teorías.

Mi premisa es que estoy cuerdo: un imprescindible artículo de fe. ¿Para qué molestarse siquiera en suponer lo contrario? Con lo cual, acontecimientos que ocurren fuera de mi mente causan todo lo que he visto y oído. Pero —¡atención!— esos espectáculos y sonidos no obedecen las leyes de la ciencia; en muchos sentidos parecen muy subjetivos.

Debe ser, me digo, que intervienen tanto la objetividad como la subjetividad. Recibo impresiones que mi cerebro encuentra poco familiares, y por lo tanto las traduce al concepto más aproximado. Según esta teoría los habitantes de este mundo están cerca constantemente; yo me muevo inadvertidamente a través de sus palacios y galerías; bailan sin cesar a mi alrededor. A medida que mi mente se sensibiliza, establezco contacto con su modo de vida y los veo. Más exactamente, capto algo que crea una imagen en la región visual de mi cerebro. Sus emociones, la trama de sus vidas, produce una forma de vibración que en mi cerebro suena como música. Estoy seguro de que nunca conoceré la realidad

de estas criaturas. Ellas son traslúcidas, yo soy de carne y hueso; ellas viven en un mundo espiritual, yo aplasto la hierba con los pies.

En los últimos días me he olvidado de transmitir los SOS. No importa mucho; las baterías están casi agotadas.

El sol plateado está en el cenit, y se inclina hacia el oeste. ¿Qué ocurrirá luego? ¿Volverá el sol rojo? ¿O la oscuridad? Por cierto éste no es un sistema planetario común; el curso de este mundo a lo largo de su órbita debe parecerse a un epíclilo precopernicano.

Creo que mi cerebro se está adaptando gradualmente a este mundo, alcanzando un nuevo nivel de sensibilidad. Si mi teoría es correcta, el *élan vital* de los seres nativos se expresa en mi cerebro como música. En la Tierra usaríamos quizá la palabra "telepatía". Así que estoy practicando, concentrándome, abriendo mi conciencia a estas nuevas percepciones. Los marinos saben un truco que consiste en no mirar directamente una luz lejana para que no quede en el punto ciego de los ojos. Yo me valgo de un recurso similar y no miro directamente a esos seres transparentes. Dejo que la imagen se estabilice, se consolide, y mediante esta técnica parecen definitivamente humanos. A veces creo distinguir los rasgos. Las mujeres son como sílfides, dolorosamente bellas. En cuanto a los hombres, no he visto a ninguno en detalle, pero su porte y forma son familiares.

La música está siempre, como el susurro de las hojas en un bosque. El ánimo de estas criaturas parece cambiar con cada sol, así que la música varía. El sol rojo les daba

una melancolía apasionada, el sol azul alegría. Bajo la estrella plateada son delicadas, imaginativas, anhelantes.

El día plateado está terminando. Hoy me senté junto al lago. Los árboles eran un biombo filigranado. Las barcazas-mariposa bogaban de un lado a otro. ¿Qué función cumplen? ¿Una vida como ésta puede traducirse en términos de economía, ecología, sociología? Lo dudo. Quizá la palabra inteligencia ni siquiera entre en el cuadro. ¿Acaso nuestro cerebro no es una característica típicamente antropoide, y no es la inteligencia una función de nuestro cerebro típicamente antropoide? Una elegante barcaza pasa cerca, con flores en las jarcias, y olvido mis hipótesis. Tal vez nunca sepa la verdad, y es muy posible que estas criaturas reparen tan poco en mi presencia como yo antes reparaba en la de ellas.

Pasa el tiempo; vuelvo a la nave. Me cruzo con la forma flotante de una muchacha. Me detengo, le miro la cara; ella ladea la cabeza, clava los ojos en mí. Intento un SOS. Sin esperanzas, porque sospecho que las baterías están húmedas y muertas.

Y lo están.

La estrella plateada es como un enorme adorno de Navidad, redonda y reluciente. Flota cerca del suelo, y una vez más titubeo, sin saber si vendrá la noche.

La estrella cae; el bosque la recibe. El cielo se opaca, y ha anochecido.

Miro hacia el este, la espalda apoyada en la nave. Nada.

No tengo noción del paso del

tiempo. Oscuridad, atemporalidad. En alguna parte hay relojes donde giran agujas marcando los minutos, los segundos, las horas. Yo escruto la noche, quizá tan lenta como una estatua de arenisca, quizá tan febril como una salamandra.

En la oscuridad el sonido ha cesado ostensiblemente. La música se ha encogido. A través de una serie de acordes melancólicos, un último grito desesperado...

Un fulgor en el este, un fulgor verde, creciente. Se eleva una magnífica esfera verde, la esencia de todo lo verde, con el tono de las esmeraldas, profundo como el mar.

Una pulsación de sonido; una música rítmica, fuerte, cambiante y oscilante.

La luz verde inunda el planeta, y me preparo para el día verde.

Casi soy uno con los nativos. Camino entre sus pabellones, me detengo junto a sus tiendas para observar las mercancías: medallones sedosos, lentejuelas y brazaletes de metal tejido, copas de pelusa y lana iridiscente, manchas de color y ráfagas de gasa veteada de luz. Hay cadenas de cristal verde, mariposas cautivas, esferas que parecen contener todos los cielos, todas las noches, todas las estrellas.

Y alrededor titilan y revolotean las criaturas. Los hombres son todos borrosos, pero familiares; las mujeres me provocan inefablemente con sus sonrisas. Pero la tentación sólo puede enloquecerme. Lo que veo es una mera formulación de mi propio cerebro, una interpretación. Y esto es una tragedia, pues hay una criatura tan inexpressablemente bella que cada vez que veo su forma me duele la gar-

ganta y corro hacia ella para mirar esos ojos que no son ojos.

Hoy la ceñí con los brazos, pensando que no tocaría nada. Asombrosamente, sentí una carne blanda. Le besé la mejilla, la barbilla, la boca. Nunca he visto semejante expresión de perplejidad; quién sabe qué extraño acto habrá pensado que yo cometía.

Siguió su camino, pero la música es fuerte y triunfal: la voz de las cornetas, el bajo resonante.

Un hombre pasa a mi lado; algo en su andar, su porte, me llama la atención. Me acerco; estudiaré su cara, superaré la borrosidad.

Él pasa como la silueta de un tiovivo; usa cintas de seda ondulante y pompones de satén con lentejuelas. Lo persigo, me cruzo en su camino. Él sigue adelante mirando de reojo, y observo la cara rígida.

Es mi propia cara.

Tiene mi cara, camina con mi andar. Él es yo.

¿Ya ha pasado el día verde?

El sol verde se va, y la música se ahonda. Ahora no cesa; hay preparación, inminencia. ¿Qué es ese otro sonido? Un espasmo lejano de algo que gruñe y rechina como un mecanismo roto.

Se desvanece.

El sol verde se pone en un cielo que parece una cola de pavo real. La música es lenta, exultante.

El oeste se oscurece, el este reluce. La música va hacia el este, hacia las grandes estrías rosadas, amarillas, naranjas, lavanda. Las nubes estallan en llamas. Un fulgor dorado consume el cielo.

La música crece en volumen. Sube el nuevo sol, una espléndida bola dorada. La música se hincha en un peán de luz, plenitud, rege-

neración. Por segunda vez el sonido áspero atraviesa bruscamente la música.

En el cielo, contra el sol, corre la silueta de una nave espacial. Revolotea sobre mi prado, las toberas arrojan penachos de humo.

La nave aterriza.

Oigo un murmullo de voces, voces de hombres.

La música se ha desvanecido; las talladuras de mármol, las tiendas oropeladas, las maravillosas ciudades de seda han desaparecido.

III

Galispell se frotó la barbilla.

—¿Qué piensa usted? —preguntó ansiosamente el capitán Hess.

Galispell miró un momento por la ventana. —¿Qué ocurrió después que lo rescataron? ¿Vieron ustedes alguno de los fenómenos que él menciona?

—Nada. —El capitán Hess meneó la cabezota redonda. — De acuerdo, el sistema era una increíble combinación de estrellas oscuras, planetas fluorescentes y viejos soles consumidos. Tal vez todas esas cosas lo sacaron de quicio. Lo cierto es que no parecía muy contento de vernos... Se quedó mirándonos como si fuéramos intrusos. 'Recibimos los SOS', le dije. 'Suba a bordo y disfrute de una buena comida.' Caminaba como si tuviera los pies muertos.

"Bien, para abreviar la historia, al fin subió a bordo. Cargamos su nave salvavidas y nos fuimos.

"Durante el viaje de regreso no hablaba con nadie. Siempre estaba solo, caminando por el pasillo.

"Tenía la costumbre de llevarse

las manos a la cabeza; una vez le pregunté si se sentía mal, si quería que lo examinara un médico. Dijo que no, que no le pasaba nada. Eso es todo lo que sé de él.

"Llegamos al Sol, y nos dirigimos a la Tierra. Yo no vi lo que ocurría porque estaba en el puente, pero me han contado esto:

"A medida que la Tierra crecía Evans empezó a ponerse más inquieto que de costumbre. Hacía muecas y movía la cabeza de un lado a otro. Cuando estábamos a unos mil kilómetros dio una especie de salto furioso.

"—¡El ruido! —gritó—. ¡Ese ruido horrible! —Y luego corrió a

popa, saltó a su nave salvavidas, se lanzó al espacio, y me dicen que desapareció por donde habíamos venido.

"Y eso es todo lo que puedo decirle, señor Galispell. Lo lamento. Después de tomarnos tantas molestias para rescatarlo, Evans decidió largarse... pero así son las cosas.

—¿Él regresó por donde habían venido?

—Correcto. Si quiere preguntarme si él pudo haber llegado al planeta donde lo encontramos, la respuesta es que no lo creo.

—Pero ¿existe una posibilidad?

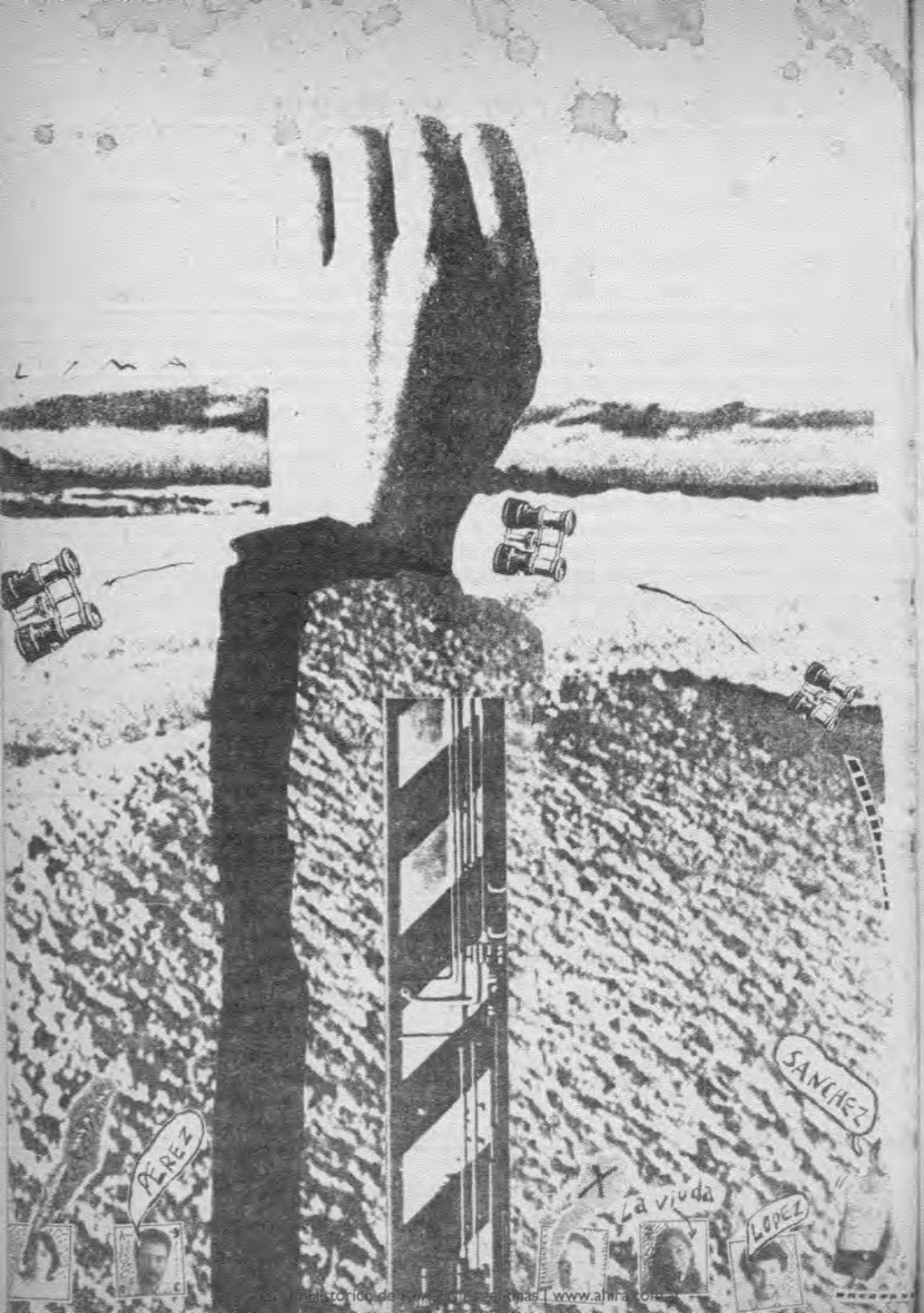
—Sí, claro —dijo el capitán Hess—. Existe una posibilidad.

Título del original en inglés: *Noise*. Del libro *Eight Fantasms and Magics*.
Copyright © 1950, 1951, 1952, 1954, 1957, 1958, 1969 by Jack Vance. Traducción de
Rafael Urbino. Publicado por acuerdo con el autor y su agente, Scott Meredith
Literary Agency, 845 Third Ave., Nueva York, N. Y. 10022, USA.

Los descubrimientos, los encuentros felices, son siempre físicos. La mano cae en una posición feliz: el arpista descubre un nuevo acorde. También podría, con el cerebro y la mano, por combinatoria en el papel, o con una máquina electrónica, listar una serie de posibilidades, probarlas, y encontrar entre tantas ese acorde, que en realidad no “se” descubriría concretamente sino hasta el momento de escucharlo, de verificarlo existencialmente; aunque estuviese escrito desde la “eternidad” de una Tabla Universal.

Se dice que las cosas importantes se descubren “por accidente”. Lo que no se suele decir es que el verdadero “mérito” está en tener los ojos para ver lo que importa. La proferición no necesita ser propia (hasta podría dudarse si en algún caso lo es: ¿de dónde viene el movimiento de la mano o del cerebro, antes de que a medio camino me dé cuenta de lo que voy a decir? ¿de quién es ese antes?). Una manzana puede caer delante de mí con la gravedad de un pensamiento maduro, por su propio peso, y yo descubro una ley universal. La manzana es proferida por aquello mismo que descubro: la gravitación se descubre, me hace reverencias, me habla a través de mi propia atención, de mi propia reverencia, de mi descubrimiento. Mío, porque hoy, aquí, me está diciendo algo “lo mismo” que antes no me decía nada.

(*La máquina de cantar*, © 1967, Siglo XXI Editores, S. A.)



SERGIO GAUT VEL HARTMAN

ISLAS

*En los desiertos,
como todos sabemos, hay espejismos...
y tiburones.*

Ilustración de Juan Manuel Lima

Otro fracaso. González volvió arrastrándose, con una pierna cercenada a la altura de la rodilla. La dentellada del tiburón había quedado impresa en el muñón perfectamente cicatrizado. García, en cambio, murió por el camino. Lo sentimos. Era un buen tipo. Nos comimos lo que quedaba de González y sorteamos a la viuda. Martínez y yo tiramos seis y tuvimos que desempatar. Yo tiré un tres, pero él tiró un dos. En la cara de la viuda asomó cierta expresión de alivio.

—¡Armaduras de corteza! Ustedes están locos. Una armadura de corteza no puede parar el tiburón.
—López se pellizcó la mejilla, su

señal de desprecio por una idea ajena.

—De acuerdo. Pero hay que suponer que los recursos de la arena son limitados; no puede tener más que un número finito de armas. Si no aparece una trampa nueva esta vez se repetirán los remolinos, la incandescencia o los abismos. Nunca hubo una repetición inmediata.

—Eso, más que locura, es imbecilidad. Los recursos de la arena no se repitieron en una secuencia ordenada, y sólo emprendimos cinco expediciones. ¿Quién se atreve a certificar que no volverá a ser el tiburón?

Todos callamos. López, envalentonado, prosiguió.

—La arena debe saber que el ti-

burón fue el arma más eficaz. Esta vez perdimos un hombre y medio, el otro día dos y medio. Por otra parte, la corteza no resistirá la incandescencia, y no impedirá que el hombre caiga al abismo.

—Pero podríamos intentarlo igual —interrumpió Fernández—. Podríamos mandar un hombre con armadura de corteza y otro calzado con patines.

—¡Brillante! ¿Y qué pasaría si la arena, por una vez, no respeta las reglas y se manda un doblete? Tiburón y abismo. ¿Cómo haría un hombre que baja los médanos a toda velocidad para franquear una grieta que se abre sorpresivamente en medio del desierto?

Pérez se levantó y se dirigió a López con un tono entre fastidiado y aburrido.

—Usted, una vez más, propone que mandemos todo a la mierda, que nos olvidemos de la isla del sur, de las expediciones, de buscarle una salida a esto.

—Sí —contestó López, rígido—, ¿por qué no?

Pérez me pasó el largavista. La arena se había aquietado lo suficiente como para que pudiésemos ver la isla vecina, envuelta en la magia serena de lo fantasmagórico. Parecía una manzana cuidadosamente mordida hasta los trópicos, con el enhiesto cabo del mirador asomando en el polo norte y las ondas de arena lamien-do el pedestal, tímidas, mansas. Sobre la plataforma, apoyados contra la balaustrada y mirando a través de unos binoculares, había dos tipos.

—¿Nos miran?

—No, miran una isla que nosotros no vemos, situada al suroeste de la de ellos.

Me sumí en un prolongado silencio que Pérez no trató de quebrar. Luego, impulsivamente, dije:

—Nos está vedado. Esto es un sueño hecho trizas de antemano.

—Me sonó cursi. Pérez se encogió de hombros, me arrancó el largavista de las manos y se alejó de la plataforma.

Por una de esas casualidades que nadie busca ni provoca, encontramos un manuscrito, un texto que López había estado escribiendo a escondidas:

“Hemos fracasado. Definitivamente, es imposible atravesar el mar de arena. Johnson y Smith se han perdido en el último intento. Williams pudo regresar, herido, en estado desesperante. Aunque lo cuidamos con esmero murió al anocheecer. Thompson enloqueció de rabia, y se puso a patear la arena. La compañera de Williams lloró abrazada al cadáver toda la noche. Lo sepultamos a cincuenta pasos de la isla. A los pocos minutos el movimiento de la arena hizo imposible la identificación de la tumba. El silencio, como una sombra, se abatió sobre los naufragos y Thompson se alejó aullando, en dirección equivocada...”

Al concluir la lectura todos se echaron a reír sonoramente. Se codeaban con picardía, haciendo muecas de complicidad. Era lógico que la ficción de una realidad diferente, una isla habitada por seres inexistentes, de conducta imposible, inquietaba y excitaba. La risa bien podía interpretarse como una fuga de seguridad.

Cuando cesaron las risas, las miradas convergieron en López; un López sorprendentemente cabiz-

bajo y arrepentido. De todos modos, al dar las siete, sin permitir que las súplicas nos desviarán del cumplimiento de las reglas, lo agarramos entre varios y Sánchez le cortó tres dedos de cada mano.

Poco antes de irnos a dormir, todavía dolorido, López admitió que lo que había escrito era un fraude, que nadie sabe cómo se llaman los habitantes de la otra isla, si se llaman de alguna manera, y que tampoco se sabe cómo actúan ante los heridos y los muertos.

Los hombres se alejaron de la isla a diferentes velocidades, rumbo al sur. La isla más cercana nos ha parecido desde el principio la más accesible. Aunque tal vez deberíamos probar alguna otra opción: por ejemplo un camino más largo, que podría estar libre de tiburones, remolinos y otros peligros mortales. Gutiérrez caminaba pesadamente. La corteza, a pesar de ser liviana, le dificultaba el paso. Tardó toda la mañana en avanzar un par de kilómetros.

Al otro, a Domínguez, lo perdimos de vista y lo recuperamos varias veces. Subía y bajaba los médanos con mucha gracia. Por fin, casi a mitad de camino, desapareció en una depresión y no volvió a ascender.

Entonces nos concentramos en el fatigado Gutiérrez, que se tambaleaba bajo el sol. A simple vista parecía una manchita oscilando en el amarillo uniforme del desierto. El largavista pasaba de mano en mano para revelar que la manchita era un hombre protegido por la armadura de corteza y que a pesar de la protección tenía miedo y sufría. De repente la arena se arremolinó

en torno de Gutiérrez formando una ampolla donde un segundo antes no había otra cosa que una superficie lisa y brillante. La burbuja era de una rara transparencia y lo envolvió por completo. No tendría mucho más que un gran de grosor porque, a pesar de la distancia, vimos cómo el hombre se debatía y lanzaba maldiciones mientras golpeaba sin éxito la esfera.

La gente de la isla tejió teorías y explicaciones. La más plausible parecía ser la que se inclinaba por un aumento de la radiación solar actuando sobre la arena, transformándola en una retorta rigurosamente sellada, elástica, de tensión superficial desmesurada y capacidad de transformación casi infinita. Otra, sólo sostenida por López, aseguraba que la burbuja no era más que uno de los tantos espejismos que vagaban entre las islas y que esta vez se había interpuesto entre la isla y Gutiérrez. Pero todos estuvimos de acuerdo en ver un nuevo enemigo y en catalogarlo como tan eficaz contra la armadura de corteza como contra los veloces patines-trineo.

Cuando Gutiérrez dejó de agitarse, la burbuja se desmoronó abruptamente. El cuerpo quedó rígido sobre la arena; una escama un poco más oscura en el lomo de un pez.

Sumando experiencias nos convencimos de que la única solución posible sería cavar un túnel debajo del desierto. La arena podía reclamar la superficie como propia, pero nunca tendría el mismo control sobre el subsuelo, de donde estaban excluidos los cómplices: el viento y el sol.

—¡Presunciones! —López gesticulaba revoleando las pinzas. —Vamos a suicidarnos de puro presuntuosos. Nada, repito, nada nos permite suponer que la conducta del desierto se relaciona con el viento o el sol. Los efectos pueden ser el producto de una fuerza invisible o de un agente local que hemos estado activando nosotros mismos por simple e improbable azar.

La gente empezó a inquietarse. López siguió, cada vez más entusiasmado:

—Somos menos que bacterias contra un cuerpo sano. El desierto no necesita utilizar todos los recursos de que dispone. Basta con un meneo de la piel del lomo...

Sánchez se adelantó. Buscó con los ojos la aprobación de los notables de la isla, sacó del bolsillo un extraño instrumento (algo así como una combinación de tenazas y navaja unidas por un resorte) y cazó la lengua aleteante del orador, cerceándola con un chasquido.

Empezamos a cavar, amontonando arena a los costados del pozo. Algunos hombres tuvieron a cargo la tarea de acopiar listones de madera para utilizarlos en el futuro como puntales. El desasosiego causado por el episodio de López cedió el lugar a una actividad febril. La gente trabajaba con palas, pero también con rastrillos, con cucharas, con las manos. Era como si el hecho de arrancarle arena al desierto simbolizara una forma de venganza contra padres particularmente odiados.

La arena, inofensiva, flotaba como polen en la limpia atmósfera matutina antes de posarse en el suelo.

Hacia mediodía reemplacé a Suárez en el mirador, y casi inmediatamente vi una columna de personas que abandonaba la isla vecina y se dirigía al suroeste. Eran cientos, miles. Durante varias horas los miré absorto. Caminaban recortados contra el horizonte, como si en vez de hombres y mujeres fueran hormigas; una corrección irreal empujada por una fuerza anónima, como la crecida de un río o un devastador incendio forestal. Estaba tan fascinado por el movimiento de aquella gente que advertí demasiado tarde que una lengua se levantaba de la arena, giraba en el aire como una tromba, se enroscaba imitando las serpentinas y terminaba engulléndolos. De buenas a primeras ya no hubo más que bruma entre el cielo y el desierto y ningún objeto, ningún sentido, ninguna lógica en cavar un túnel para llegar a la otra isla y encontrarla vacía.

Pero nadie me creyó. La efervescencia generada por el trabajo había crecido en progresión geométrica. Parecían hipnotizados. A cada uno de mis intentos de reclamar atención sujetando un brazo o tironeando una manga, seguían sacudidas eléctricas acompañadas por gruñidos inarticulados. Hablé a los gritos de la columna que había abandonado la isla vecina dirigiéndose al suroeste y del comportamiento de la arena que se los había tragado. Quizá me oyeran pero, poseídos como estaban por la fiebre del trabajo, ninguno me escuchó. Y si alguien entendió lo que yo decía, no lo creyó. Siguieron cavando y penetrando la arena, por lo que, cansado, volví a la platafor-

ma y al escrutinio del desierto, ahora vacío, calmo, haciendo (y esto me pareció ridículo) honor al nombre.

Sólo después de un largo rato noté que Pérez estaba a mi lado. Le pasé el largavista y empecé a contarle lo que había hecho la arena con los habitantes de la isla vecina.

—Ya me enteré —me dijo—. Pero allá abajo no hay clima para discusiones. Sánchez ya no cava y amenaza con el dichoso aparatito a todo el mundo. López gesticula tratando de convencer a la gente de que la tarea emprendida es descabellada. La arena está sospechosamente dócil. Eso no presagia nada bueno.

Me concentré en el paisaje tratando de aprovechar la cristalina transparencia de la atmósfera a falta del largavista. Pero nada había cambiado desde la masacre. Pérez tenía el ceño fruncido; se comportaba como si esperara algo concreto: la burbuja formándose delante de nuestros ojos o el tiburón saltando con las fauces abiertas. Al rato comprobé que mi acompañante no apuntaba al horizonte sino que miraba un punto al pie de nuestra propia isla, alguna escena que se desarrollaba entre los que cavaban. Antes de que le pidiera el instrumento, él me lo tendió.

—Mire eso.

Vi a Sánchez persiguiendo a López y a López zigzagueando entre los médanos. Iban hacia el mirador, y en los ojos del perseguido, que se alzaban repetidamente en demanda de auxilio, creí descubrir una expresión de terror ciego.

López trepó con cuatro peldaños de ventaja y en cuanto alcanzó la plataforma se colocó detrás de mí,

señalándose la entrepierna con los pulgares. Sánchez, enfurecido y con el aparatito empuñado, trató de hacerme a un lado para cazar al pobre López. Como soy más débil que Sánchez estoy seguro de que nada le hubiera impedido salirse con la suya. Pero justamente en ese momento ocurrió un suceso imprevisto que desvió nuestra atención.

Frente a la isla se estaba formando un cuchillo de arena. El cuchillo absurdo e incomprensible avanzaba sobre la gente que, ajena a todo, seguía cavando. Pérez y yo gritamos hasta desgañitarnos, inútilmente. En pocos segundos hubo una multitud de muertos y mutilados. El cuchillo, silencioso, se inclinó ligeramente y empezó a bordear la isla, siempre cortando. Ante nuestra mirada atónita completó la circunferencia y se alejó por donde había venido, no sin antes rematar a los heridos que encontraba en su camino.

Nos miramos aterrados. Hasta Sánchez parecía haber abandonado toda intención hostil hacia López. Pérez aprovechó ese momento ciego para arrebatarle el precioso mutilador, arrojándolo mirador abajo, en dirección al desierto.

A los pocos minutos notamos que la isla se alejaba de los muertos y del pozo que la gente había estado cavando. Algunos pocos sobrevivientes corrieron tras la isla, pero ésta aceleraba y ninguno pudo alcanzarla.

La isla se detuvo veinticuatro horas después, en un lugar del desierto que no tenía puntos de referencia. No había otras islas alrededor. El cielo presentaba un aspecto extraño, sin nubes ni estrellas. Nos dispusimos a esperar,

—Basta de expediciones —dije.

—De acuerdo —aceptó Pérez.

Sánchez y López asintieron en silencio, aunque por diferentes razones. Sánchez parecía muy consternado por la pérdida del aparato.

No tardamos en adaptarnos a la nueva situación, y al cabo de una semana recibimos la visita de cuatro pájaros de arena que sobrevolaron la isla y dejaron caer otras tantas mujeres sobre colchones de paja que

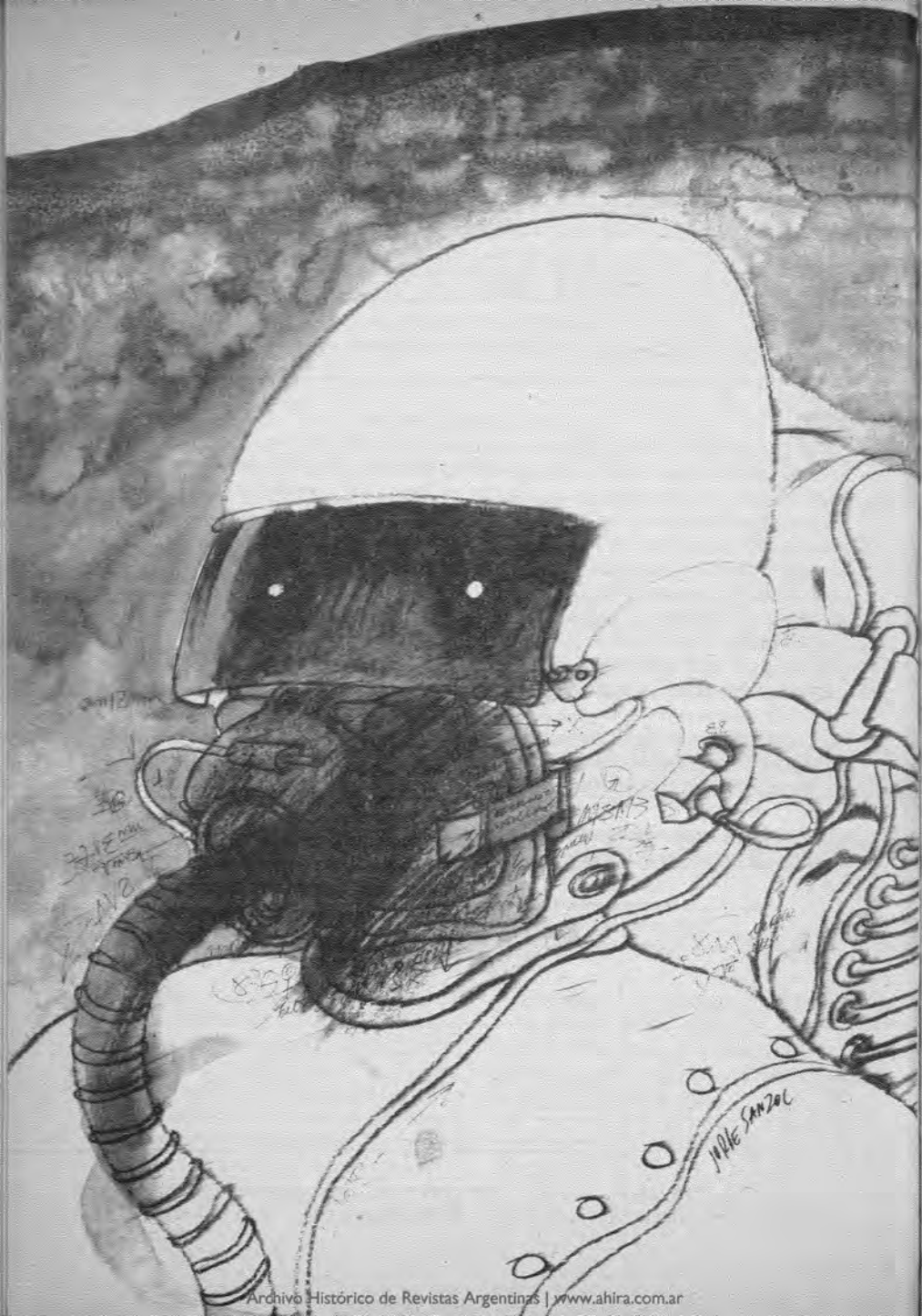
habíamos preparado expresamente.

Consideramos que López no podría tirar los dados y que por lo tanto se quedaría con una morocha bizca que ninguno de nosotros querría como compañera. Pérez tiró un cuatro. Sánchez y yo tiramos cinco. En el desempate él tiró un tres y yo un dos, pero no me importó. Sánchez tiene muy mal gusto para las mujeres y yo sabía que me dejaría la rubia de pechos grandes.

© 1984, Sergio Gaut vel Hartman.

No es el hombre quien funda la claridad. Está ahí, pero no somos ángeles. Si el paraíso, como el hombre moderno tiende a sentirlo, no es un pasado sino un futuro que nos llama, no por eso deja de seguir rechazándonos a las puertas de la felicidad, en la opresión "material", en lo físico cerrado que nos reduce, que no nos deja ser. Transformar el mundo es la manera de encontrarnos con nosotros, con los otros y con la naturaleza. Tarea inacabable, porque la naturaleza, como todo lo físico cerrado, crece "por su cuenta", como si al mármol del David de Miguel Ángel le salieran barbas y envejeciera y hubiera que estarlo esculpiendo constantemente para que no perdiera sentido. En ciertas esculturas vegetales (generalmente desagradables: árboles convertidos en patos, canastas, etc.), el caso es clarísimo. O en los parques y ciudades. Hay que reorganizar constantemente las cosas para que sigan siendo lo mismo, para que sigan teniendo sentido. El tradicionalismo necesario es el de conservar una apertura esclarecedora. Lo que no se transforma (ciudades, instituciones, lenguajes, culturas) no se conserva: se vuelve otra cosa, cada vez más próxima a lo físico cerrado. La letra mata porque muere. Para transmitir, transmutar, extender su sentido, hay que reescribir el mundo constantemente: releerlo, rehacerlo.

(*La máquina de cantar*, © 1967, Siglo XXI Editores, S.A.)



BARRINGTON BAYLEY

MISIÓN DE PRUEBA

*A veces el camino
más largo es el
camino más largo.*

Ilustración de Jorge Sanzol

La última inmersión de la nave subterránea *Intersticio* empezó como una misión de prueba para demostrar su capacidad. La habían botado recientemente: la mitad de sus galerías eran caparazones vacíos que esperaban su provisión de municiones y las instalaciones para la tripulación. No obstante, llevábamos un buen cargamento, una tripulación de doscientos hombres, y nuestra planta técnica, armamentos incluidos, era completa. Había dos cargadores llenos de torpedos, uno a proa y otro a popa; y toda su masa permanecía estable en los campos de polarización, por cuyo medio nuestra flamante nave viajaba a través de la materia sólida.

El desarrollo de naves subterrá-

neas apenas empezaba, y la *Intersticio* era la quinta en su especie, pues había prototipos anteriores. La habíamos construido grande, y la habíamos construido poderosa, pues era una nave de guerra. Nuestro país no estaba en guerra por el momento, pero teníamos enemigos, y el viaje subterráneo era una ventaja nada desdeñable.

Así, con el capitán Joule al mando, y yo, Ross, como oficial técnico, emprendimos el viaje a través del continente norteamericano de este a oeste, a una profundidad de quince kilómetros. Pasamos bajo cadenas montañosas, desiertos y lagos, y atravesamos toda clase de formaciones geológicas. Poníamos a prueba la velocidad, el

cambio de rumbo —una complicada maniobra donde intervienen los polarizadores de átomos— y el control de profundidad. El equipo respondió en todo momento. Los campos de polarización mantuvieron sólidamente el equilibrio, aun cuando inclinamos bruscamente la *Intersticio* hacia babor y luego hacia estribor. La primera nave subterránea totalmente operativa era un éxito.

Estábamos eufóricos. No sospechábamos, mientras nos acercábamos a la Costa Oeste, que pronto seríamos víctimas de un grave infortunio que nos arrastraría a una frenética locura y nos dejaría a merced del poderoso planeta Tierra.

Yo estaba con el capitán Joule en la cabina de control cuando él dio la orden de emerger en un sitio convenido de antemano. Sin oscilaciones bruscas, la nave se elevó paulatinamente.

A diez kilómetros, un zumbido agudo sonó en el metal de la nave, transformándose en un crujido enervante a medida que ascendíamos. Al mismo tiempo, hubo una llamada urgente de la sección de polarización.

La cara blanca del ingeniero en jefe nos miró desde la pantalla de comunicación. —¡Capitán! ¡Una fuerza exterior está distorsionando el campo! ¡No podemos resistirla!

—¡Inmersión! —ordenó el capitán Joule.

Nos sumergimos, y ese ruido aterrador cesó de inmediato. Cuando la *Intersticio* se detuvo con un temblor, Joule interrogó al ingeniero.

—¿Qué clase de fuerza?

—Era magnética, muy podero-

sa. El ruido que oímos era causado por la vibración de todos los átomos metálicos de a bordo en su alineación polarizada. En medio minuto más se habría despolarizado la nave entera.

—¿Qué poder tiene esa fuerza? —preguntó Joule, desconcertado.

El ingeniero se encogió de hombros. —Los instrumentos de medición enloquecieron. ¡No lo entiendo! Nunca sospechamos que habría energías tan intensas a sólo siete kilómetros.

Joule reflexionó. —¡Sección de armamento! —ordenó—. Disparen un torpedo hacia arriba. Pero no activen el percutor.

Momentos más tarde la *Intersticio* usó sus armas por primera vez. El torpedo fue hacia arriba, rastreado por los detectores de polarización. Poco después de atravesar el límite de siete kilómetros, el proyectil desapareció de la pantalla, y recibimos una serie de fuertes ondas de choque.

Los polarizadores del torpedo habían fallado.

Joule aún no estaba satisfecho. Ordenó emerger una vez más. Cautelosamente, nos acercamos al nivel crítico y el chillido de los átomos vibrantes reverberó en la nave. Respondiendo a las súplicas de la sección polarización, bajamos nuevamente a una profundidad segura.

Ahora habíamos perdido la confianza. Retrocediendo en nuestra ruta, hicimos un nuevo intento con el mismo resultado. Luego hicimos intentos periódicos en todo el camino de regreso a la Costa Este, y vagamos dos semanas por el continente, sondeando. Ese fenómeno

increíblemente poderoso se extendía como un manto bajo la superficie.

Por mi parte, yo dudaba que fuera de origen magnético. Me parecía más probable que fuera un efecto magnético producido por un flujo insólito de partículas que habían empezado a circular mientras nosotros estábamos sumergidos.

El capitán Joule se preocupó cuando le expresé esta idea. —En tal caso —comentó—, podría ser artificial. Por cierto es un arma eficaz contra una nave subterránea.

Pero fuera cual fuese el origen, quedaba un problema a resolver: no podíamos subir a la superficie.

El ánimo de la dotación cambió cuando nos dimos cuenta de esto. El entusiasmo ante nuestra nueva y exitosa empresa desapareció. Noté por primera vez cuán hueco era el interior de la nave, cómo retumbaba cada sonido en sus cavidades, y cuán opaco era el reflejo de la luz amarilla en las paredes. Costaba olvidar que estábamos en las profundidades de la Tierra. Miré al capitán Joule, y supe que él tenía los mismos sentimientos.

De pronto me eché a reír. —Bien, estamos atrapados —dije alegremente—. ¿Y qué? Mucho mejor. Es nuestra oportunidad para desafiar impunemente a esos timoratos del Departamento de la Armada.

—¿A qué se refiere? —preguntó Joule.

—Nos prohibieron, en nombre de la prudencia, no llevar nuestras naves a más de quince kilómetros de profundidad en esta etapa. Pero ya que no podemos subir, regresaremos a la superficie por el camino

más largo... atravesando el planeta diametralmente.

Joule sonrió, evaluando la propuesta con típica parquedad. Recordé las conversaciones que habíamos entablado a lo largo de los años, cuando los campos de polarización estaban en su lenta y laboriosa fase de desarrollo en los laboratorios de la Armada. Se nos habían ocurrido muchos planes audaces como éste, y sólo esperábamos el momento oportuno para llevarlos a cabo.

—Propongámoslo a los demás —dijo al fin, y habló por el comunicador, convocando a la oficialidad.

La cabina de control provocaba claustrofobia con seis oficiales apiñados adentro. Los inductores de aire no estaban diseñados para tanta gente, y al cabo de diez minutos me costaba respirar.

En la pausa que precedió a las palabras de Joule oí el zumbido constante de la nave ahora en reposo. —Ya todos ustedes sabrán —empezó— que no podemos salir a la superficie. Ross tiene una sugerencia, y quiero que la escuchen. —Me hizo una seña.

—Desde que la nave subterránea llegó a ser una posibilidad —dije—, he concebido la idea de viajar al interior de la Tierra, quizás hasta el centro mismo. Durante la construcción de la *Intersticio* aproveché y elaboré planes tentativos para una expedición de esa naturaleza. La *Intersticio* es mucho más grane de lo que exigía el diseño original: tiene una planta de energía más poderosa y más instrumental, además de provisiones y recicladores de aire para mantener una dotación completa durante varios años. También instalé un taller, y

un equipo refrigerante para evitar el sobrecalentamiento.

Hubo algunas expresiones de asombro entre los hombres de la Armada cuando hice esta revelación, pero otros, los oficiales de mi equipo civil, ya estaban al corriente. No temí recriminaciones. El hombre civilizado jamás desdeña del todo la búsqueda del conocimiento.

—La *Intersticio* aún no está plenamente capacitada para el viaje que planeaba yo —les dije—, pero en mi opinión resistirá. Como estamos aislados de América del Norte, propongo emerger en otro cuadrante del planeta.

Aquí me interrumpió Joule. —Caballeros, debemos tener en cuenta una cosa. Es posible que la barrera que nos cerró el paso sea artificial. Si es así, nuestro país está en guerra y el enemigo ya conoce la existencia de las naves subterráneas. En tal caso es nuestro deber regresar cuanto antes, no andar vagando para servir a nuestros propios intereses.

—Confieso —dije yo— que me agrada tener esta oportunidad de satisfacer mis ambiciones. Pero de todos modos no hay otra forma de conseguir que la *Intersticio* entre en combate, pues el camino más corto hacia otra masa continental pasa por una aproximación al centro de la Tierra.

—¿Puedo hacer una pregunta técnica? —dijo un oficial—. Ya estamos cerca del nivel donde la corteza terrestre es reemplazada por una capa más caliente. Más allá, el centro líquido es aún más caliente. ¿Podremos resistir esas condiciones?

—Teóricamente, el campo de

polarización nos protege contra cualquier nivel de calor o densidad —respondí—, pero no nos libera de la gravedad y el magnetismo. La gravedad será una ayuda primero, un estorbo después. Pero el magnetismo también crecerá en intensidad hacia el centro, y ya hemos visto cómo afecta a los polarizadores.

Algunos temblaron cuando dije esto.

—Para ser franco —continué—, si nos topamos con un fenómeno como el que acabamos de eludir, no sé qué haremos. Pero hay un ingenioso mecanismo llamado desviador gauss, que puede controlar incrementos graduales de magnetismo mediante corrientes de mesones. No nos llevará mucho tiempo construirlo, y sin duda podrá manipular el gradual aumento de energía que cabe esperar.

Los oficiales meditaron en silencio. La *Intersticio* ya había bajado a más profundidad que nunca, deslizándose a través de rocas de alta densidad en virtud de que los átomos respectivos de la nave, los hombres y el aire estaban individualmente alineados en direcciones diferentes en el espacio. En ese momento la cabina, las paredes, nuestros propios cuerpos, estaban llenos de una sólida masa caliente, vuelta impalpable mediante un delicado equilibrio.

Para la imaginación resultaba pesadillesco. Pero éstos eran hombres con temple, la flor y nata del país, y mi entusiasmo y el aplomo de Joule los inspiraron. —¡Vamos! —insistí—. El hombre nunca ha estado en esta situación. ¡Lancémoslos a la aventura!

—Yo apruebo la propuesta de

Ross —dijo Joule—. ¿Más preguntas?

No hubo ninguna. Y cuando Joule hubo anunciado su decisión, no hubo objeciones.

—Ross les dará instrucciones sobre los preparativos necesarios para la inmersión —concluyó brevemente—. Es todo.

Durante tres días la gigantesca mole de la *Intersticio* flotó a quince kilómetros de profundidad, mientras construíamos el desviador gauss. No fue difícil, debido a nuestros recursos. Construimos un cargador de mesones cerca de la plancha de energía de la nave, y en el casco interno instalamos un esqueleto de canales de plata-hierro que convergían en un banco de la popa donde los campos magnéticos externos eran devueltos a tierra. De lo contrario, el polarizador perdería alineación y cada fragmento de metal se fundiría por inducción.

Un control reostático me permitía medir la capacidad del desviador para alterar la fuerza del campo magnético dentro de la nave; finalmente estuvimos en condiciones de reactivar los propulsores y transformar nuestra débil inercia gravitacional en un verdadero impulso.

El interior de la *Intersticio* parecía un taller caótico. Evoqué los viejos tiempos en que la superficie del mundo aún no figuraba totalmente en los mapas, y los veleros podían zarpar hacia nuevos océanos y nuevas tierras. Para nosotros no habría vientos, ni luz, ni aguas encrespadas. Habíamos franqueado los límites de la existencia común, y debíamos abrirnos paso en la oscuridad, la presión y el calor.

Obedientemente, los motores nos empujaron hacia el interior de la Tierra. En la cruda luz amarilla que era nuestra única iluminación, los técnicos observaban las cambiantes formaciones rocosas en las pantallas, anotando las lecturas de los instrumentos. La información que los geólogos habían codiciado durante siglos ahora se reunía con facilidad.

Seguíamos descendiendo, pensando siempre en la solidez de la Tierra y la audacia del intelecto humano que había concebido la nave subterránea. Había un sereno murmullo de actividad en el interior abovedado de la *Intersticio* la próxima vez que la recorrí para inspeccionar los diversos equipos. Acabábamos de pasar los cuatrocientos kilómetros de profundidad.

De pronto se oyó un estampido, seguido por un ruido rechinante y un temblor en el aire. Lo reconocí, muy asombrado. Lo había oído previamente, en los laboratorios de la Armada. No tenía nada que ver con la barrera que antes nos había cerrado el paso.

Era el ruido producido por el choque de dos campos de polarización.

Corrí por los largos pasillos hasta el sector de mando. En la antesala de la cabina de control los encargados de detección escrutaban las intermediaciones, y la obstrucción cobraba forma en las pantallas.

Pero había más de un campo. Vi todo un panorama de campos, un complejo de líneas borrosas que se extendían hacia el norte, el sur, el este y el oeste, apilándose, formando grupos y zonas abiertas. Por un instante me costó creerlo.

Nos habíamos topado con una ciudad subterránea.

Aunque parezca increíble, la naturaleza también ha aprendido a lograr que dos objetos materiales ocupen el mismo espacio, y de ese modo ha poblado el interior de la Tierra con seres vivos. El complejo urbano que habíamos descubierto era enorme, y se extendía más allá del campo de detección. Los sensores tendían a indicar una polarización bastante débil, y supongo que esos seres, si su experiencia puede describirse en términos humanos viven en un medio semejante a una melaza espesa. La *Intersticio* les habrá parecido un monstruo muy sólido y brillante, casi indestructible.

Entré en la cabina de control, donde el capitán Joule observaba boquiabierto la misma escena en sus pantallas de monitorización, y me senté. Joule no se molestó en saludarme.

Movió la perilla de un comunicador. —¡Sección de energía! Estén atentos a mis órdenes. Y pásenme el timón.

Oí el chasquido cuando pasaron el timón de la sala de propulsores a la consola de control de Joule. La *Intersticio* se había atascado entre las paredes de un grupo de edificios, y los hombros imponentes del capitán se encorvaron furiosamente. El sudor le perlaba la piel mientras trataba de liberar la nave e internarse en una zona más profunda.

—¡Mire! —dije yo—. ¿Ve eso?

Joule se volvió hacia la pantalla. Se acercaban naves, toda una flota, avanzando como si lucharan contra una brisa desfavorable. Eran arte-

factos estrafalarios, compuestos por vigas largas y curvas, y a través de las aberturas podíamos distinguir vagamente a los tripulantes y las toscas máquinas. También había indicios de una actividad frenética en los edificios cercanos.

Sin duda los habitantes se disponían a defender la ciudad. Noté que algunas naves, más grandes que las otras, tenían en la proa una estructura extrañamente familiar, y mientras yo observaba la nave más adelantada entró en acción.

—¡Es una catapulta! —gritó Joule.

Un crujido. Las galerías de la *Intersticio* vibraron al chocar el proyectil contra el casco. Joule rió. —¡Dejemos que disparen! —Y volvió a inclinarse sobre la consola de control.

Pero resultaba imposible sacar la nave, y al fin, con los proyectiles de los intraterrestres lloviendo sobre nosotros, recurrimos a las armas. Aunque las usamos mesuradamente, nuestros torpedos y rayos sísmicos causaron estragos terribles mientras nos abríamos paso para continuar el viaje. La flota nos hostigó durante sesenta kilómetros, bombardeando las paredes de la nave en un intento de venganza.

—¡Y esto a cuatrocientos kilómetros! —exclamó el capitán Joule—. ¿Qué encontraremos más adelante?

Las posibilidades eran escalofriantes. El interior de la Tierra es mucho más amplio que la superficie, y tiene lugar para una mayor variedad de criaturas. Aquí nos habíamos topado con gente primitiva. En las profundidades tal vez encontráramos imponentes civilizaciones para cuya superciencia

nuestra nave sería un juguete. O quizá hubiera monstruos en la Tierra...

Pero el descubrimiento se había convertido en el objetivo primordial del viaje, por lo que me concernía, y no permitiría que ningún peligro se interpusiera en el camino del hallazgo científico.

Y la posibilidad de encontrar enemigos no era el único peligro. Para entonces yo sabía que enfrentábamos otro serio problema.

Había estado revisando las lecturas de los instrumentos externos. Por las leyes de la física, parecía inevitable que las cifras de densidad y calor subieran gradualmente a medida que descendíamos. Inexplicablemente, habían permanecido estables desde que habíamos iniciado la inmersión a quince kilómetros de profundidad.

El capitán Joule demostró un interés técnico, pero no se alarmó. —¿Y el magnetismo? —preguntó.

—Tampoco hay cambios —le dije—. Pero no tiene por qué haberlos a esta profundidad: no necesitaremos el desviador gauss hasta más tarde.

No obstante, ambos fuimos a inspeccionar el desviador, empezando por el cargador de mesones en la sección de energía, y siguiendo uno de los canales de plata-hierro a lo largo de un angosto corredor hasta la popa. Estudié los instrumentos de medición instalados en la cámara aislada que contenía el banco. Las agujas deberían haber oscilado ligeramente a medida que se eliminaba el pequeño incremento de fuerza magnética para mantenerla igual que en la superficie. En cambio, las agujas no indicaban nada.

Tomé un teléfono y llamé a la sección de energía. —Muevan dos pulgadas la barra de compensación —ordené.

Mientras manipulaban el reóstato, una aguja se movió para mostrar la fuerza que era expulsada a tierra, y otra reveló cómo la fuerza de campo decrecía en la nave.

—¿Tendremos algún problema? —gruñó Joule.

Ordené que volvieran el reóstato exactamente a su posición original. —No —dije—, está en perfectas condiciones. Quizá deberíamos aceptar que el interior de la Tierra es diferente de lo que siempre hemos creído. De lo contrario, estamos en una zona de baja densidad. De todos modos, avanzamos sin inconvenientes.

Pero mientras pasaban los días yo revisaba constantemente las lecturas de densidad, calor y magnetismo, y siempre encontraba el mismo resultado. Ningún cambio. Empecé a preocuparme de veras.

Recordé que salvo por el instrumental de a bordo no teníamos manera de comprobar la velocidad real de la nave. Para solucionarlo, diseñé un medidor de masa que, según razoné, nos informaría sobre nuestro avance midiendo primero la masa terrestre que teníamos delante, y luego la masa terrestre que dejábamos atrás.

El resultado me asombró. Las dos lecturas, tomadas en conjunto, no concordaban con la masa conocida de la Tierra.

—¡Es ridículo! —le dije a Joule—. La Tierra debería pesar más de lo que pesaba cuando partimos. Y hemos avanzado setecientos kilómetros, pero la distancia que nos queda es aún la misma.

¿Nos estábamos moviendo o no? Era un enigma. Apuntándolo en una dirección, el medidor de masa indicaba que nos movíamos. Apuntándolo en la dirección contraria, indicaba que estábamos varados.

Esperé una semana más, durante la cual el misterio se acrecentó. Ya tendríamos que haber alcanzado una profundidad de mil quinientos kilómetros, y haber empezado a evaluar nuestra capacidad para sobrevivir bajo presión extrema. De hecho, habíamos avanzado mil kilómetros verticales pero no nos habíamos aproximado más al centro. Aparentemente seguíamos una línea paradójica, donde por muy rápidamente que viajáramos nunca nos acercaríamos a nuestra meta.

Ese conocimiento era frustrante y desalentador. Ya no era posible encararlo como un problema intelectual.

No habíamos encontrado más ciudades, y no habían vuelto a atacarnos, pero nos cuidábamos de no repetir el error anterior. Los sensores operaban continuamente, y mostraban diversos destellos opacos de polarización a lo lejos. Yo pasaba horas mirando la pantalla. De vez en cuando una silueta enorme rozaba el límite del alcance de los sensores, o aparecían formas transitorias cuya naturaleza desconocíamos.

Al cabo de trece días de viaje, el capitán Joule llamó a los oficiales a su cabina.

Los enfrentó impasiblemente sin levantarse del asiento, y esperó a que callaran, apretujados y sudorosos, antes de hablar.

—Caballeros —dijo—, quisiera resumir nuestra posición. Ross les dirá todo.

Explicé brevemente las lecturas del medidor de masa, y la uniformidad de presión que habíamos encontrado en todas las profundidades de la corteza. La nave se estaba internando en una discrepancia entre las lecturas de los instrumentos. Cuanto más avanzáramos, mayor sería la discrepancia.

—Aparte del sentido común —concluí—, nada nos indica que hayamos avanzado una sola pulgada hacia nuestra meta, el interior de la Tierra.

—Entonces ¿estamos varados?

—Desde una perspectiva, así parece —concedí—, pero no lo creo. Aún estamos gastando energía. Los propulsores funcionan perfectamente, y esto sólo puede traducirse en movimiento. Debemos estar yendo hacia alguna parte, y de hecho basta con mirar las pantallas detectoras para comprobar que nos estamos moviendo.

—Pero sin llegar a ninguna parte —intervino Joule—. En lo que concierne a la Armada, el propósito de esta inmersión es regresar a la base, y aparentemente no lo estamos cumpliendo.

—¿Sugiere usted que regresemos?

—Lo he pensado. Es posible que ahora no haya obstáculos en el camino.

Esas palabras me desalentaron. Nuestros descubrimientos me habían intrigado tanto como para incitarme desesperadamente a continuar, y el peligro, y la extrañeza que habíamos encontrado, sólo me impulsaban a seguir adelante.

Sabía que el capitán Joule com-

partía secretamente mi actitud, pues era uno de los mejores, un magnífico oficial. Hay algunos que acusan a nuestra generación tildándola de ultraconservadora y rígida; pero en mi opinión no es un defecto, sólo una etapa inevitable de la civilización. El espíritu de nuestro país nunca fue más fuerte que ahora. Estamos produciendo grandes hombres, técnicos fabulosos. El capitán Joule sabía cual era la premisa tácita de nuestros técnicos —no conocer nunca el miedo, no retroceder nunca— pero tenía obligaciones como comandante que yo, aunque ahora lamento confesarlo, no tomaba en cuenta.

—¿Para qué regresar? —pregunté apasionadamente—. ¡Tenemos que seguir adelante! La paradoja se resolverá... y enfrentaremos cualquier peligro que nos espere dentro de la Tierra.

No pudimos seguir la discusión, pues la decisión nos fue arrebatada de las manos. Mientras el comunicador emitía la señal de alarma, las pantallas monitoras comenzaron a funcionar.

Los encargados de detección habían descubierto una segunda especie de vida intraterrestre a una distancia de varios kilómetros, y teníamos varios minutos para prepararnos.

La flota de ellos llegó desde abajo y se desplegó alrededor de nosotros mientras ocupábamos nuestros puestos de combate. Eran naves largas y elegantes que se mecían ligeramente a causa de un invisible fenómeno de las profundidades, y se agruparon despacio, como si evaluaran nuestro poder, acercándose con aire amenazador.

Luego, ya por principio, o por

que nos consideraban enemigos, atacaron.

Yo estaba eufórico. La *Intersticio*, aún no puesta a prueba en un combate en gran escala, utilizaría ahora toda su capacidad, y el carácter de nuestra expedición se definiría, en uno u otro sentido. Pues estos adversarios no eran los primitivos de los niveles más altos. Las naves eran autopropulsadas, y sus armas podían dañarnos.

Aún así, no alcanzaban nuestro nivel tecnológico. Lanzaban proyectiles centelleantes que parecían flechas y podían penetrar nuestro blindaje, y desplegaban hábilmente su gran cantidad de naves tratando de enfrentar con ventaja nuestro armamento superior. Pero la *Intersticio* se elevaba sobre ellos con imponencia, erizada de tubos y torpedos y torretas de rayos sísmicos; no seríamos presa fácil.

Combatíamos a toda marcha. La planta de energía activó los propulsores al máximo, y nos lanzamos hacia abajo como una ballena rodeada por tiburones. El capitán Joule desistió del intento de evadir los proyectiles enemigos, y encomendó nuestra defensa al temible poder de la sección de armamentos.

Cuando entré en el cuerpo principal de la nave para observar el funcionamiento de nuestro equipo, las galerías cimbraban como campanas a causa de los impactos recibidos, y temblaban cuando nuestros torpedos explotaban al salir de la polarización, provocando convulsiones titánicas en la Tierra. ¡Sin duda los intraterrestres jamás habrían oído hablar de ese truco! Yo oía el rumor creciente de sus proyectiles, y desde lo alto de la

nave llegaba el zumbido de los rayos sísmicos.

Justo frente a mí, una lanza de seis metros perforó el costado de la pared y atravesó la espaciosa sentina. Un artillero cayó de la pared, la cabeza partida en dos. El lanzador de rayos que había estado operando quedó destrozado.

Treinta veces sus proyectiles atravesaron el casco, y perdimos ocho hombres. Pero ¿qué importaba? Éramos una fuerza invencible. La *Intersticio* era una verdadera nave de guerra.

Al fin se retiraron, con gran número de bajas. Tal vez habíamos salido de sus dominios.

Se oyó el martilleo de las herramientas automáticas cuando los tripulantes se pusieron a reparar las averías en medio del humo de nuestras propias armas. Regresé a la cabina de control, donde el capitán Joule pedía informes a las secciones de polarización, armamentos, y energía. Se volvió hacia mí cuando entré.

—No podemos virar —dijo con pesadumbre—. Ahora no tenemos alternativa. No me gustaría tratar de hacer girar la nave con el motor principal. No hay duda de que los polarizadores estallarían.

No respondí. La *Intersticio*, incapaz de virar sin el complicado mecanismo necesario para cambiar la dirección de un campo polarizado, sólo podía seguir viajando hacia adelante.

Habíamos vencido, pero a costa del control de nuestro destino. Fue con desaliento que los oficiales de la *Intersticio* la internaron aún más en la sólida Tierra.

Durante un mes seguimos hun-

diéndonos, impulsados por los motores. Todos los días yo estudiaba ansiosamente las lecturas de los instrumentos. Entretanto, la naturaleza de las rocas exteriores no revelaba ningún cambio.

Todo, excepto la segunda lectura del medidor de masa y el simple hecho de que nos desplazábamos hacia abajo, indicaba que aún estábamos varados a quince kilómetros de la superficie.

Joule y yo reflexionamos detenidamente sobre el problema. A veces él temblaba. ¿Era éste el abismo sin fondo que los poetas mencionan aterrados?

—¡Es imposible! —decía él con exasperación—. ¡La roca se desplaza! Aparecen criaturas vivas adelante, y las dejamos atrás. ¡Y sin embargo no podemos aproximarnos al centro!

Trazamos un círculo para representar la Tierra, y redujimos el misterio al hecho de que el medidor de masa daba dos posiciones contradictorias de la nave dentro de ese círculo. ¿O era una geometría radicalmente nueva, donde la suma de dos cantidades ya no daba un resultado coherente? ¿Qué sabemos del universo? Sólo tenemos la experiencia de la superficie de nuestro planeta. Quizá las leyes sean diferentes en otras partes.

Experimentalmente, dibujamos el cuadrante del círculo, y observamos la figura. Joule añadió anillos concéntricos, y advertimos que en el cuadrante el arco se acortaba en proporción con el radio.

Era una idea sutil.

Al margen de toda consideración filosófica, también me pregunté si el desviador gauss, al devolver a tierra la energía sobrante,

no provocaría de algún modo una ilusión que afectaba a todos los instrumentos externos y al medidor de masa. Sólo se me ocurría una manera de averiguarlo.

El capitán Joule me miró horrorizado cuando solicité permiso para apagar el desviador.

—Si la conjetura es correcta —dijo con voz apagada—, volaremos en pedazos.

—¿Qué remedio hay? —grité; gesticulando violentamente—. No podemos seguir así. Es como viajar en el limbo. Tal vez salgamos del atolladero si el desviador permanece inactivo sólo unas cuantas milésimas de segundo.

Lo hicimos en secreto. Con mis propias manos ensamblé el mecanismo de tiempo y lo conecté al banco. El desviador dejó de funcionar durante veinte milésimas de segundo.

Las agujas ni siquiera oscilaron.

—¡Inténtelo de nuevo! —ordenó Joule.

Repetí el experimento tres veces. Luego apagué el desviador permanentemente. Como nunca habíamos enfrentado las condiciones para las que estaba diseñado, daba igual que no haberlo construido.

—Eso nos deja una sola explicación —dijo Joule—. La filosófica. Pero ella supone una relatividad más asombrosa que la que han concebido nuestros físicos...

Debí haber sabido que esa mente serena y rigurosa a la larga daría con la respuesta. Pero cuando estaba por explicarse empezó el tercer ataque subterráneo.

Era una fuerza de choque rápida y veloz que se abalanzó sobre noso-

tros desde el norte. Nunca supimos de dónde venían: no había ningún indicio habitacional como en los niveles más altos. Lo más probable es que fueran piratas, o guerreros nómades, pues eran profesionales y feroces... y más mortales que todo lo que habíamos enfrentado hasta el momento.

Más aún, habían aprendido a penetrar un campo polarizado.

Tal vez nuestro equipo era demasiado fuerte para ellos, o quizá sólo deseaban asustarnos para que nos rindiéramos, pero sólo en dos breves intervalos oímos el chillido estridente del aparato que utilizaban y el gruñido de los polarizadores, y experimentamos el calor sofocante de un campo de ondulación. Luego los agotados recursos de la sección de armamentos entraron nuevamente en acción.

Ese combate fue nuestra ruina.

El principal objetivo de los atacantes era aborarnos. Habíamos gastado los últimos torpedos, y estábamos recurriendo a los menos eficaces rayos sísmicos cuando abrieron un boquete en el casco. En la sección de mando, Joule y yo oímos gritos de alarma y ruidos extraños. Minutos más tarde se oyó la explosión, ensordecedora en ese espacio cerrado. Un tripulante había volado heroicamente la sección por donde estaban entrando los intraterrestres.

La pelea a bordo duró poco, pero costó la vida de nuestro capitán.

Tres atacantes que habían escapado de la explosión se deslizaron por la sentina, sembrando la destrucción en todas partes con poderosas armas de mano, y en pocos minutos llegaron a la sección de

mando. Nunca olvidaré la expresión del capitán Joule mientras manoteaba el arma. Una expresión que tampoco puedo describir, pues vi en ella todas las emociones, cada cual bien delineada, aunque ninguna predominar.

Nuestros adversarios eran siluetas bajas y borrosas con enormes armaduras; humanoides, pero con una curvatura reptilica en el cuerpo. Disparaban sin cesar, y Joule cayó con el costado derecho destruido, derribando al mismo tiempo al primer atacante.

Desde el rincón de la cabina yo despaché a los otros dos.

No volvimos a ver a los piratas intraterrestres. Nunca supimos por qué interrumpieron el ataque, pues nuestros detectores eran una pila de chatarra, y desde entonces nunca más vimos el exterior.

Cuando los otros oficiales entraron en la cabina de control llevé a Joule a un diván. Respiraba rápida y entrecortadamente, endureciendo la cara frente al dolor.

—Me llegó el fin —susurró.

Lo rodeé con un brazo por debajo de los hombros y lo ayudé a sentarse. Estaba débil, pero sus ojos irradiaban inteligencia. —Joule —supliqué—, ¿qué nos está ocurriendo?

—Ésta es mi teoría —dijo, hablando con dificultad—: la materia es una distorsión del espacio. A medida que la materia se concentra, el espacio que ocupa se concentra más.

Se interrumpió, y por un instante pensé que había dicho sus últimas palabras. Luego pareció revivir un poco, y continuó.

—Dentro de la Tierra, el espacio

mismo está comprimido en proporción con la densidad. Lo que desde la superficie parece una pulgada, podría ser en verdad un millar de kilómetros. El radio de la Tierra es igual en todos los niveles... nos encogemos al entrar en una materia más densa, de modo que siempre luce igual. Siempre hay que recorrer la misma distancia.

Los ojos perdieron brillo, se endurecieron. Cuando murió, lo tendí en el diván.

Ahora estoy al mando de la *Intersticio*. No perdí tiempo en tomar las medidas necesarias. El casco está sellado, todas las compuertas internas se han cerrado y se ha reducido la iluminación para conservar la energía. Los propulsores están regulados para lograr la máxima aceleración con la máxima economía: nuestra preocupación principal es mantener el campo polarizador en una caída larga y permanente hacia el centro. Nuestra planta de energía es teóricamente inagotable, pero el espacio interior de la Tierra puede ser tan grande como todo el sistema solar, por lo que sabemos.

Ahora no creo que exista medio de transporte más aterrador que una nave que atraviesa la materia sólida. Cuanto más nos hundimos, más consciente soy de los miles de kilómetros de roca que tenemos encima, más intensa es la sensación de opresión. Me remuerde la conciencia. Fui yo quien persuadí al capitán Joule de emprender el descenso, y sentado en la penumbra de este casco de acero no puedo ahuyentar la idea de que al hacerlo persuadí a mis compañeros de bajar al Infierno mismo.

La nave está destruida. Los

hombres guardan un silencio absoluto, y ya nadie hace funcionar los rayos sísmicos. Todos hemos aceptado la idea de que no sobreviviremos a este viaje.

Esta es la historia. Ahora me siento a escribirla, para que quienes encuentren la nave cuando al fin emerja del otro lado del mundo —los polarizadores se desactivarán automáticamente en ese momento— conozcan la naturaleza del interior de la Tierra...

Según el granjero que aseguró haber presenciado los hechos, la nave había surgido de la ladera, y luego había patinado unos siete metros antes de detenerse contra una saliente rocosa.

La última parte de la historia era indudablemente cierta, pues Bain había visto las ramas tronchadas que indicaban el camino de la nave, pero la primera parte ponía a prueba su imaginación, pues no había ninguna huella en la hierba. Era un especialista en civilizaciones antiguas, y como no encontraba ningún detalle familiar en la nave cuya mole de ciento cincuenta metros se erguía ante él, optó por pensar que venía de una dirección totalmente distinta.

—Debe ser una nave espacial —dijo al metalúrgico que había ve-

nido con el equipo de especialistas de Sidney—. No puede ser otra cosa. El granjero mintió, o se equivocó.

El metalúrgico cabeceó. —Yo diría lo mismo —repuso—, pero no entiendo por qué es tan vieja. ¡Mira cómo ha cedido por todos lados! ¿Sabes qué es? Fatiga del metal. ¡Y sin embargo no reconozco algunas de las aleaciones!

Bain examinó el libro de hojas metálicas que habían tomado de la sala de control. A su juicio, era una prueba casi irrefutable de que la nave venía de las estrellas: parecía ser una especie de bitácora, pero la extraña escritura no guardaba ninguna semejanza con ningún idioma de la tierra, ni antiguo ni moderno.

“Jamás encontraremos una Piedra Rosetta para descifrar esto”, pensó. Le entristecía pensar que el relato jamás sería traducido.

En ese momento el profesor Wilson salió por una escotilla de la nave y se les acercó excitadamente. —No hay duda de que es una nave espacial —dijo—. Allí hay un instrumento que mide la distancia en términos de frecuencias electromagnéticas. Cualquier físico podría leerlo, de aquí a Andrómeda. ¿Saben qué distancia marcó ese instrumento antes de dejar de funcionar? ¡Casi once años-luz!

Título del original en inglés: *The Radius Riders*. © 1974 by Barrington Bayley.
Traducción de Néstor Dietrich. Publicado por acuerdo con el autor y su agente.
Scott Meredith Literary Agency, 845 Third Ave., Nueva York, N. Y. 10022, USA.



SONIA GERSZON

EL OTRO LADO

*...siempre parece más
atractivo*

Ilustración de Fati

Desde el día en que fue a vivir a la casa solitaria de la llanura, Henrique sintió una gran curiosidad por las rayas blancas, verticales, que brillaban a lo lejos, en el este.

Todas las mañanas, mientras regaba las plantas míseras que se apretaban contra las paredes caleadas, o mientras hacía bajar a pedradas la manada de lagartos que rondaba el tejado, miraba de reojo las rayas esbeltas que subían al cielo, donde se perdían o parecían perderse, y trataba de contarlas. Pero pronto se le nublaban los ojos, y entraba otra vez en la casa.

Un día, decidido, desauyó temprano, regó las plantas duras y raquíticas y se puso en marcha hacia el este.

Aparentemente, la hilera de rayas no tenía fin. Se fundía a ambos lados del horizonte con el tinte rosa pálido del cielo. Las del centro, hacia donde iba Henrique, eran muy nítidas, muy blancas. El sol estaba ya bastante alto, y alumbraba entre ellas, envuelto en una aureola de reflejos.

Al mediodía Henrique descubrió que las rayas eran columnas.

Cinco minutos más tarde, fatigado, llegó junto a ellas.

Caminó unos cuantos metros siguiendo la hilera, y notó que la separación entre las columnas era siempre la misma: unos diez centímetros. Miró hacia arriba y no pudo ver dónde terminaban. Simplemente se adelgazaban hasta desaparecer en el vacío azul.

Tocó una con los dedos y pensó que no podía siquiera ser de mármol. Nunca había sentido nada tan suave y tan pulido. La acarició durante un buen rato, hasta que notó que sus manos se movían solas, como si un imán, desde dentro de la columna, las estuviese guiando. Se apartó bruscamente, asustado.

Obsesionado por las columnas no había siquiera mirado por las aberturas. Como las columnas eran gruesas (algo más de un metro de diámetro) y estaban tan apretadas, sólo permitían ver parte del paisaje que había del otro lado. Henrique metió la cara hasta donde pudo entre dos de ellas y observó con atención.

La llanura continuaba desierta unos pocos metros más, luego empezaban a aparecer, tirados en desorden, algunos objetos: un sombrero de paja pintado de verde, un lavarropas, un piano, un tronco de árbol, una guadaña, tres máquinas de coser. Y al final, después de más objetos apenas reconocibles, se levantaba una curiosa ciudad. Las casas, blancas y de tejado rojo como la de Henrique, estaban invertidas.

Con las puntas de las chimeneas clavadas en el suelo, se sostenían en el aire.

Henrique caminó durante un rato siguiendo la hilera, tratando de ver algo más: al fin encontró un grupo de edificios mayores, de chimeneas más largas.

Las casas estaban lejos. De repente Henrique sintió fuertes deseos de llegar hasta ellas. Dio un paso, y con cada hombro chocó contra una columna. Intentó pasar de lado, pero era imposible. Siempre sería imposible. Cansado, sin apartar la cabeza de la abertura, se

echó hacia adelante, apoyando los hombros en las columnas.

A lo lejos, entre los objetos, algo se movía, acercándose.

Una niña.

Una niña rubia, vestida de azul.

Traía en la mano un ramo de rosas. Llegó y se detuvo delante de Henrique. Extendió el brazo, ofreciéndole las rosas por entre las columnas. Henrique la miró con curiosidad. La niña tendría unos siete años, y lo observaba muy seria con enormes ojos azules.

Henrique recibió el ramo metiendo el brazo entre las columnas. Acercó las rosas a la nariz, en un gesto mecánico, sin dejar de mirar a la niña. Hacía mucho tiempo que no tenía la oportunidad de observar un rostro tan radiante.

—¿No comes?

La pregunta de la niña lo sorprendió. Pensó en seguida que su aspecto demacrado quizá despertaba lástima. Bajó el ramo, alejándolo de la nariz, mientras buscaba alguna respuesta adecuada.

—¿No comes?

La sorprendida era ahora la niña. Henrique la miró a los ojos, tratando de descubrir el verdadero motivo que la llevaba a hacer esa pregunta.

No debo de parecer más que un animal para ella, pensó. No espera que yo hable.

—¿Come!

La voz de la niña perdió toda la inocencia al dar esa orden. Henrique empezó a sentirse incómodo. No le salían las palabras; en su interior creció un profundo resentimiento. Apretó los labios con fuerza como para que no escapase ningún sonido.

—¿Tonto! —dijo la niña, volvién-

dole la espalda y echando a correr hacia las casas invertidas.

Henrique permaneció inmóvil, contemplando a la pequeña que se alejaba. Aun después de haberla perdido de vista quedó en la misma posición, sin saber hacia dónde encaminarse ni en qué pensar. Durante largas horas Henrique no se movió. Cuando el cielo ya comenzaba a teñirse de colores más oscuros tomó una decisión, casi sin entender y sin proponérselo. No regresaría a su misera casucha; recorrería la extensa hilera de columnas hasta el final, y visitaría la ciudad invertida.

Avanzó un largo trecho sin dejar de contemplar las columnas, con la esperanza de descubrir una separación mayor que le permitiese pasar al otro lado. Pero las columnas estaban espaciadas con absoluta uniformidad. De vez en cuando no se podía contener y acariciaba alguna.

La oscuridad ya se había extendido por toda la llanura. Henrique, fatigado por la marcha, buscó a ciegas una columna donde recostarse para pasar la noche.

Sus manos se desplazaban en la oscuridad esperando el contacto con la solidez de las columnas. Continuó avanzando hasta mucho más allá del punto donde sus cálculos situaban la hilera de columnas sin hallar resistencia.

Pensó que había tomado una dirección equivocada y cambió de rumbo. Tampoco encontró nada en esta nueva dirección. Caminó hacia otro lado, y hacia otro. Se encontró finalmente en una total desorientación, perdido en la inmensa llanura.

Henrique había aprendido a soportar la interminable soledad de los espacios abiertos, pero esto era algo nuevo. Se acostó en el suelo seco y duro. Excitado, y al mismo tiempo cansado por la caminata, no conseguía dormirse. Miró hacia arriba. Conocía todas las constelaciones del lugar, y la ausencia de la luna le permitió encontrar sin dificultad el tridente y la osa. Esto le brindó cierta seguridad, aunque no podía serle de mucha ayuda. Intentó simplemente dirigir los pasos hacia las constelaciones de oriente, donde debería encontrar forzosamente la hilera de columnas. Caminó durante toda la noche desvelado por la angustia.

Las primeras luces del amanecer lo encontraron en medio de la planicie infinita. Las columnas habían desaparecido. Una superficie chata, desnuda, se extendía hasta el horizonte, rodeándolo.

Las rosas que todavía apretaba en el puño eran los únicos colores que alteraban el gris uniforme de la llanura.

Sentía una curiosa dependencia de ese manojo, y lo apretaba como si fuese la cosa más importante del universo.

Absorto, mirando hacia un punto indefinido y pensando en las rosas y en las desaparecidas columnas, tropezó contra algo duro y filoso.

Sorprendido, perdió el equilibrio y cayó, soltando las rosas —que volaron, desparramándose— y estirando las manos para protegerse. Con una rodilla y una cadera doloridas, limpiándose las manos, que empezaban a sangrar en algunos sitios, se levantó y miró hacia atrás.

No vio nada, y antes de ponerse a pensar recogió con desesperación las rosas. Luego, como si acabara de despertar del sopor que lo había llevado a vagar por la llanura desierta, miró rápidamente a su alrededor.

No había nada.

Se frotó la rodilla y la cadera. Miró otra vez, desconfiado. Se miró las manos, por las que corrían unos hilos de sangre que manchaban de rojo los tallos oliváceos de las rosas. Volvió a mirar alrededor. No había *nada*.

Dio unos pasos cautelosos hacia un lado, hacia otro. Y con una pierna chocó (fue casi un roce) contra algo. Rápidamente extendió hacia allí la mano derecha, pues en la otra llevaba el manojo de rosas, y comenzó a palpar.

Primero, a menos de treinta centímetros del suelo, encontró una superficie horizontal; deslizó la mano sobre ella y pronto notó que esa superficie terminaba en una pared vertical. Siguió la pared con la mano, hacia arriba, y a unos sesenta centímetros, bruscamente, la pared concluía. Deslizó ahora la mano hacia abajo, por el otro lado de la pared (que no tendría más de quince milímetros de espesor), y la pared, que no era del todo vertical, desapareció en el aire, aproximadamente a la misma altura que la superficie que había descubierto primero. Llevó la mano hacia un lado y encontró un cilindro torneado. Movi6 más rápidamente la mano, palpando, y comprendió: era una silla. Completamente invisible.

Sin saber bien qué hacer, miró alrededor, como buscando alguna señal. Finalmente, metiendo los

dedos de la mano derecha en las ranuras del respaldo (las había descubierto cuando palpó por segunda vez) comenzó a arrastrarla por la arena. El sol había salido hacia ya un rato, pero no le había prestado mucha atención, a causa del embotamiento nocturno. Ahora podía orientarse con facilidad. El único problema era que no sabía bien hacia dónde ir.

Entonces sintió todo el peso de aquel inmenso absurdo: él, Henrique, un hombre que caminaba por un desierto llevando un manojo de rosas en una mano y arrastrando una silla invisible con la otra.

Pero, de algún modo, también le parecía natural. Una necesidad imperiosa lo empujaba desde el día anterior a explorar. Recordó que había estado caminando toda la noche hacia el este. La silla, un objeto como los que había visto en la tarde anterior, lo confirmaba. Quizá la noche tenía el poder de disolver las columnas, permitiendo trasponerlas, y ahora se encontraba del otro lado, ya cerca de las casas.

Quizá, por alguna extraña razón, todo lo que se veía desde el otro lado era aquí invisible. Aunque eso no explicaba lo de las rosas. Pertenecían a este sitio y sin embargo eran visibles... Pero habían estado un momento del otro lado de las columnas. Eso era. Lo que venía de más allá de las columnas era visible: incluyendo su cuerpo, sus ropas. Y las rosas que habían estado de paso.

Henrique decidió no pensar más y echó a andar hacia el este, animado por un deseo que no entendía bien. No había soltado la silla, que dejaba dos débiles rayas paralelas en la arena. Una imagen fugaz que

pasó por su mente lo obligó a detenerse: la guadaña. ¿Qué pasaría si tropezaba con algún objeto peligroso? No había en aquel llano nada con que tantear el camino.

Entonces recordó la silla. La puso delante y, levantándola poco para poder detectar también objetos pequeños, continuó la marcha, muy despacio.

Moverse en esa mañana tibia no era una tarea demasiado penosa. El sol alto de las llanuras, que habitualmente disuelve los colores en una radiación uniforme, sin bordes ni dimensiones, iluminaba ahora con diferente concentración, con un efecto similar al de un lento atardecer. Cada guijarro poseía una luz propia que lo individualizaba. Las hierbas solitarias, a ras del suelo, habían adquirido una vitalidad desusada. Henrique, sumido en la nueva coloración de la planicie, avanzaba erguido, con cierta solemnidad. La mano que portaba la silla invisible precedía su paso con elegante marcialidad. El ramo de rosas en la otra lucía fresco.

Un redoble de tambores, sonos de agudos clarines y potentes trombones vibraron inesperadamente en la desolada llanura.

La rítmica banda musical llenó la atmósfera de alegría. La sorpresa no desvió sin embargo la decidida marcha de Henrique. No intentó siquiera buscar con la vista a los músicos, que sabía no pertenecían a su mundo visible. No los veía pero casi podía percibirlos allí, entre los pobladores de la ciudad de casas invertidas, apostados a ambos lados de la calle principal.

Mantuvo el paso firme y el rostro severo, aunque podía adivinársele

una sonrisa oculta, infantil, en las comisuras de los labios. Henrique era un hombre solitario y la recepción que, intuía, le estaba ofreciendo la ciudad, venía a quebrar el adusto rigor de largos años de vida en la llanura.

La música crecía en volumen a medida que Henrique avanzaba. De pronto los instrumentos callaron, y el último acorde solemne quedó flotando en los aires.

Como si esto fuese una orden tajante, Henrique unió un pie al otro y permaneció inmóvil, dejando apoyada en el suelo la silla invisible. El silencio que siguió se prolongó durante un tiempo excesivo. Ningún susurro, ningún crujido que anunciase pasos o movimientos de brazos. El desconcierto ensombreció el rostro de Henrique. Nunca había vivido una situación similar, pero de sus lecturas podía recordar que tras la banda musical correspondían algunas palabras del alcalde.

Cuando la espera se hizo insostenible Henrique buscó la silla con la mano y tomó asiento, cansado, triste. No era hombre de llantos, y las lágrimas no le acudieron a los ojos. La cabeza inclinada hacia adelante, la espalda torcida, mirándose los zapatos opacos: así permaneció una, dos, tres horas, angustiado.

Cuando despertó de la profunda modorra sintió el estómago vacío. El sol caía vertical sobre su cabeza. Miró alrededor. No había nada en la llanura que le sirviera de alimento. *Come*, recordó que había dicho la niña. En la mano caída sostenía aún el ramo de rosas. Lo acercó a la nariz. El aroma de las flores le avivó el hambre.

Las rosas eran ahora de un rojo muy intenso, y parecían a punto de escapar del ramo. Hipnotizado, Henrique llevó una a la boca y comenzó a masticar.

Los pétalos se disolvieron en seguida, dejándole en el paladar un gusto a azúcar. Masticó otra, y otra, y otra. Sentía que las piernas le temblaban, que el corazón le saltaba desenfrenado. Cuando no quedaron más rosas metió también en la boca las puntas de los tallos, pero tenían un gusto amargo. Escupió los que tenía en la boca y tiró los otros. Todos cayeron con un ruido seco. Pateó uno y fue como si patease un trozo de plomo.

Levantó la vista y miró el horizonte. Algo tembló en el aire y desapareció. Los ojos le picaban; tenía un fuego dentro del cuerpo. Sus fuerzas iban en aumento.

A su alrededor algo sucedía. Reflejos fugaces; perfiles borrosos, imprecisos.

Y entonces las imágenes fueron nítidas. Henrique percibió casi un estallido. Ante él estaban las columnas. A muy corta distancia.

Antes de las columnas había, esparcidos, unos pocos objetos pequeños: dos teléfonos negros, una copa de cristal, y a pocos metros de sus pies un cenicero dorado y dos paquetes de cigarrillos abiertos.

¡Estaba del otro lado de las columnas, sin duda!

Se volvió y vio la ciudad.

No estaba invertida.

Era en realidad un pueblo pequeño. Las casas eran bajas, de chimeneas esbeltas y techo de tejas. En conjunto daba una agradable sensación de paz. No se veía allí ningún movimiento. Tampoco llegaba el ruido de coches ni el de nin-

guna otra clase de motores. La única actividad visible era la de las chimeneas: de todas salía humo espeso, de distinto color. Rojo, negro, azul, verde.

Henrique titubeó. Lo atraía el pueblo, pero lo atraían también las columnas. Lo habían obsesionado durante demasiado tiempo. Estaban tan cerca que decidió ir hasta ellas primero. De paso, podría mirar su propia casa. Echó a correr, entusiasmado.

Rodeó una columna hasta donde pudo con los brazos. Se apretó contra ella. Nunca se había sentido tan bien.

Finalmente miró por una abertura, buscando la casa. La encontró: lejos, invertida.

No pudo contenerse y se echó a reír.

Algo habría entre las columnas que invertía la imagen de las casas que estaban del otro lado.

Decidió no preocuparse más. Le estallaría la cabeza. Después de todo aquella casucha no valía nada, y a su espalda había un pueblo hermoso y extraño, aguardando. Dejó las columnas y echó a correr.

Ahora veía con claridad los objetos y podía evitarlos: cuchillos, libros, jarras, pianos, roperos, sillas.

Después de correr un largo rato, sorteando todo lo que encontraba, el pueblo se hizo más nítido, más verdadero. Pronto distinguió las primeras calles.

Cuando estuvo a cincuenta metros, vio con claridad que las casas y las calles terminaban abruptamente al lado del desierto: como si alguien, con un cuchillo gigantesco, hubiera cortado todo verticalmente en un mismo lugar.

Caminando, fue hacia la calle que tenía más cerca. La calle, con sus veinte centímetros de alto, concluía de golpe en el desierto. Henrique subió a ella como si fuese un escalón.

Empezó a internarse en el pueblo.

Aparentemente la calle terminaba a pocas manzanas de distancia, porque no muy lejos reaparecía el desierto. El pueblo tenía forma de rectángulo, sin duda.

Henrique caminó dos cuadras mirando con atención a los lados, buscando señales de vida. No se oía ningún sonido. Todo estaba envuelto en una calma total. El sol, que ya empezaba a declinar entre las columnas, calentaba agradablemente. En el cielo no había una sola nube.

El humo de colores, que salía sin pausa de las chimeneas, se dispersaba al llegar a cierta altura, desapareciendo por completo. Nada más se movía alrededor.

Las paredes blancas, los techos rojos, las chimeneas negras: todo era suave a la vista, como de terciopelo.

De repente una puerta se abrió y se cerró, a pocos pasos de Henrique. Una niña rubia, como la que le había dado las rosas, salió corriendo hacia la calle. Con la velocidad que le permitían las cortas piernas, siguió por el centro de la calle hacia el desierto que asomaba más allá. Al llegar al final de la calle dobló hacia un lado y desapareció detrás de las casas. En la mano derecha (Henrique lo vio con toda claridad) llevaba un hermoso ramo de rosas rojas.

Sorprendido por la brusca aparición, Henrique se detuvo. Pensó

un momento, y decidió llamar a la puerta de donde había salido la niña. Adentro, sin duda, habría gente mayor, que quizá hasta podría recibirlo y ayudarlo a solucionar su permanencia en el pueblo.

Fue hasta la puerta, buscó el timbre. No había ningún timbre a la vista, y decidió golpear con los nudillos. Golpeó durante un rato, pero nadie le contestó ni abrió la puerta. Entonces, seguro ya de que no había nadie adentro, fue otra vez hasta el centro de la calle y siguió caminando.

Otra niña rubia (o quizá la misma que había visto antes, pues llevaba ropa igual) salió de otra puerta, más adelante, también con un ramo de rosas rojas en la mano, y siguió el mismo camino que la anterior, o que ella misma antes.

—¡Espera!

Henrique no pudo contener el grito.

La niña ni siquiera volvió la cabeza. Desapareció como la vez anterior.

Con paciencia, Henrique fue hasta esa nueva puerta y empezó a golpear. Nadie contestó.

Al fin decidió golpear sistemáticamente todas las puertas hasta que alguien abriese.

Cuando había recorrido dos cuadras, llamando durante un minuto en cada puerta a ambos lados de la calle, Henrique llegó al borde del desierto. Estaba en el otro lado del pueblo.

Decidió volver por una calle paralela, y repetir la operación de golpear puertas.

El sol ya estaba cerca del horizonte, entre las columnas.

Cuando iba a empezar el trabajo en la segunda cuadra, tres niñas,

todas rubias e iguales a la (o las) que ya había visto, aparecieron súbitamente a su espalda, pasaron a su lado y corrieron hasta desaparecer en el desierto, allá adelante. También llevaban manojos de rosas.

Henrique se detuvo y las miró con un poco de miedo. Parecían hipnotizadas, desesperadas por llegar rápidamente a algún sitio.

Mientras pensaba en eso, cruzando una calle, Henrique casi chocó contra otras dos que venían del lado de la izquierda.

Y en ese momento se abrió y se cerró una puerta a su derecha, en la primera casa de la manzana siguiente, y dos niñas, iguales a todas las anteriores, salieron con sus manojos y corrieron en otra dirección.

Henrique empezó a dar vueltas, a vigilar todos los puntos. Sentía miedo. Era como si girase dentro de un torbellino. Aquel pueblo era un pueblo de pesadilla. Niñas que salían misteriosamente de casas, que aparecían de cualquier lado, siempre apretando rosas rojas en la mano, mirando fijamente hacia adelante con ojos hipnotizados.

Echó a correr por la calle. Cuando el sol estaba a punto de ocultarse, los últimos rayos, filtrados por las columnas, iluminaron algo brillante, grande y silencioso, que asomó detrás del tubo azul de una chimenea distante:

¡Un zepelín!

Henrique lo miró boquiabierto.

El zepelín, plateado y elegante, se posó con suavidad sobre el tejado de una casa; luego, muy despacio, volvió a remontarse. Cinco minutos después ya se había posado en todas las casas de aquella manzana.

Henrique no podía apartar los ojos, fascinado. Sabía que a su alrededor pasaban niñas corriendo, apretando ramos de rosas y mirando hacia el desierto. Pero el zepelín era algo nuevo, inesperado. Por el momento lo alejaba del terror que le infundía el pueblo.

El zepelín, luego de levantar vuelo de la última casa de aquella manzana, giró en el aire y apuntó hacia el desierto. Hacia el sitio donde estaban las columnas.

El sol se había puesto, y Henrique echó a caminar en esa dirección. El zepelín iba más rápido que él; finalmente decidió correr. Quería verlo con nitidez, cuando estuviese sobre el desierto.

En tres minutos Henrique llegó al borde del pueblo. El zepelín se había alejado un poco, casi a ras del suelo, y ahora parecía estar bajando más todavía.

Un minuto después volaba a menos de un metro de altura sobre la arena, y de su vientre, en el que se había abierto una puerta, comenzaron a caer cosas. Henrique corrió hacia aquel sitio para ver bien. El zepelín se movía con bastante velocidad, trazando círculos y dejando un reguero de objetos: sillas, paraguas, mesas, botellas, bicicletas, mangueras, cepillos, sombreros, latas y otras cosas más pequeñas como relojes, libros, peines, vasos y cuchillos.

Luego de dar varias vueltas, recorriendo distintas zonas del desierto y descargando todo aquello, el zepelín volvió al pueblo y se posó sobre uno de los tejados más altos. Allí estuvo durante algunos minutos. Después se elevó otra vez, muy, muy alto, y se perdió de vista en el cielo del este.

Era casi de noche.

Henrique estaba sin fuerzas. Le zumbaban los oídos. Decidió internarse un poco más en el desierto y dormir allí. Temía al pueblo aquel, donde nada era previsible.

Una hora más tarde, mientras las estrellas alumbraban tenuemente la llanura, Henrique, acurrucado en la arena, dormía.

Despertó cubierto de rosas.

Era una mañana fresca. El sol asomaba apenas en el este.

Henrique se levantó con dificultad, apartando los capullos, y cuando estuvo de pie echó una mirada alrededor.

Sentía hambre.

Comió rosas durante un rato, con verdadero apetito.

Luego, repuesto del cansancio y animado por el desayuno, decidió explorar otra vez el pueblo. Quizá ahora pudiese entender cómo funcionaba.

Echó a andar hacia las casas.

Elió una calle que no había recorrido la tarde anterior y subió a ella. Sistemáticamente, como la otra vez, comenzó a golpear puerta por puerta.

De adentro no salía ninguna voz.

Sin embargo, a los pocos minutos se cruzó con una niña rubia que acababa de salir de una puerta de la manzana siguiente. Todo volvía a repetirse.

Esta vez se propuso seguirla, y ver a dónde iba. Corrió tras ella durante media hora, a corta distancia para observarla bien. Fueron y vinieron por calles, se cruzaron con otras niñas, y finalmente, en una esquina, se encontraron con tres grupos de niñas que venían de distintas direcciones, se mezclaron to-

dos y cuando se apartaron no supo bien cuál de ellas era, porque ahora había sólo dos grupos grandes. Y todas las niñas eran iguales.

Decidió seguir a uno de los grupos; un rato después se separaron todas y, desconcertado, no supo a cuál escoger. Cuando se hubo resuelto, todas habían desaparecido en distintas direcciones.

Descorazonado, siguió golpeando puertas. Nada nuevo sucedía. Las niñas aparecían como de costumbre, y volvían a desaparecer.

Así anduvo hasta cerca de la noche: golpeando inútilmente.

Cuando hubo recorrido todo el pueblo, metódicamente, fue hasta el borde del desierto y se sentó en el final de la calle, mirando hacia las columnas, entre las que se ocultaba el sol.

Las observó durante un largo rato.

De algún modo, pensó, lo estaban esperando. Detrás de ellas había por lo menos un mundo conocido. Su casa, poblada de lagartos, había sido, a pesar de todo, su hogar durante aquellos largos años de soledad.

Este pueblo exótico, de chimeneas esbeltas, humos multicolores, zepelines plateados y niñas rubias, lo rechazaba. Diabólicamente.

Si seguía unos días más dentro de él, se volvería loco.

Esa noche, cuando la oscuridad disolviese las columnas, caminaría sin pausa hacia occidente.

Le quitaría las rosas a una niña y las llevaría para comerlas por la mañana, cuando estuviese del otro lado de las columnas, por si todo era invisible como el día de la llegada a este lado del mundo. Así se aseguraría de encontrar sin dificul-

tades su casa, y de llegar pronto a ella.

Volvió al pueblo, y cuando vio a la primera niña comenzó a perseguirla. La alcanzó y le sacó de las manos el manojo de rosas. La niña comenzó a llorar y a golpearlo con los puños, impotente; cuando vio que ya no podía recuperar las rosas, con la cara llena de lágrimas, la niña se metió corriendo en una de las casas.

Henrique la miró un poco apenado; pero no podía hacer otra cosa.

Tenía que regresar a su casa.

Decidido, caminó ahora hacia el desierto, hacia las columnas. El pueblo quedó atrás. El sol se había puesto, y pronto se desvanecerían todas las cosas.

Antes de que fuese tarde, buscó entre los objetos tirados en la arena algo que le sirviese para protegerse cuando llegase la invisibilidad. Encontró una escoba. La sostuvo con la mano derecha, hacia adelante y a poca altura sobre el suelo. Así detectaría cualquier objeto peligroso.

Echó a andar. Muy pronto la oscuridad fue total. Esa noche no había estrellas.

Era como si también ellas se hubieran vuelto invisibles.

Caminó sin parar, muchas horas. No sentía cansancio. Necesitaba llegar al otro lado. Era lo único que le importaba, lo único que necesitaba hacer.

De vez en cuando la escoba detectaba alguna cosa y Henrique la esquivaba. Ahora andaba con la naturalidad de un ciego.

Cuando debía de haber pasado ya la medianoche, Henrique, que caminaba absorto, sumido en los recuerdos de su casa, y de los lagartos, sintió un golpe terrible en el

hombro derecho. Perdió el equilibrio y cayó hacia la izquierda. Antes de llegar al suelo, su cabeza chocó contra algo muy duro.

Despertó otra vez cubierto de rosas.

El sol ya había salido. Henrique estaba junto a las columnas.

La cabeza le dolía. Se llevó los dedos a la frente, que estaba hinchada. Cuando los apartó vio que había sangre en ellos. Volvió a pasarse la mano por la cara, y sintió una cáscara dura, un poco pegajosa: sangre coagulada.

Tenía que haber sido un golpe fuerte.

La luz lo reanimó lentamente. Comió unas pocas rosas. A un metro de distancia estaban, esparcidas, las rosas que había robado a la niña. Las que tenía encima eran distintas, más grandes. Alguien se las habría puesto de noche, mientras estaba inconsciente: una niña, o el zepelín. No lo sabía bien. La noche anterior había sucedido lo mismo.

Luego de ese desayuno rojo, con sabor a azúcar, trató de ponerse de pie. Sorprendido, notó que el dolor se le había ido casi por completo. Después de tambalearse un poco, logró caminar; a los pocos minutos ya se sentía tan firme como el día anterior.

Miró las columnas.

Quizá de noche la escoba había pasado entre ellas, sin detectarlas. Henrique había estrellado el cuerpo contra las duras superficies.

Más repuesto, con la mente ya más clara, entendió.

¡Las columnas no se habían disuelto!

Esa noche las columnas no habían

perdido nada de su solidez. Algo extraño había pasado.

Dio unos pasos, siguiendo la hilera y mirando por las aberturas. Allá lejos estaba su casa; era la de siempre, invertida pero reconocible.

Volvió junto a las rosas. De algunas quedaban sólo los tallos duros, pesados. Después de comer las rosas los tallos adquirirían esa característica. Pateó algunos. Se lastimó los dedos del pie.

El manojo que le había sacado a la niña estaba intacto. No se había dado cuenta hasta ahora.

Era evidente que, por algún motivo, no se había atrevido a comerlo. Sólo había probado las otras rosas. Por un instante tuvo la impresión de que todo lo que le había pasado esa noche (la falta de estrellas, la no desaparición de las columnas) era simplemente un castigo por haber robado a la niña.

Las niñas llegaban de todas partes, llevando rosas. Quizá aquel mundo era exclusivamente de ellas. Y él había robado a una.

Con una sonrisa desechó ese pensamiento. Era infantil.

Pero ese día no fue al pueblo. Se quedó a esperar la noche cerca de las columnas. En dos ocasiones comió más rosas (sin tocar las que había robado), y se dedicó a examinar objetos que encontraba en el suelo.

No había ninguna cosa insólita. Todo era conocido: peines, vasos, llaves, lápices... El único detalle curioso era que esos objetos no tenían la marca de fábrica grabada. Ninguno la tenía.

Henrique encontró también muchos libros, de formato y encuadernación diversa, pero escritos en idiomas incomprensibles. Hasta las letras eran irreconocibles. Quizá

no fuesen siquiera letras. Quizá los libros no fuesen siquiera libros.

Cuando llegó la noche se acurrucó junto a una columna, a esperar.

La noche avanzó, otra vez sin estrellas, y la presión de la columna no desapareció de su espalda.

Volvió a despertar cubierto de rosas.

Ya despierto, sintió una gran desesperación.

Se había quedado dormido. Era algo imperdonable. Ahora tendría que esperar otra vez la noche. Comió rosas, que cada día parecían más deliciosas, caminó por el desierto, revisó objetos.

A lo lejos, con las chimeneas y los humos de colores, seguía funcionando el pueblo. En el otro lado, detrás de las columnas, estaba su casa, invertida.

Las horas interminables transcurrieron, el sol se puso otra vez. Henrique decidió esperar de pie esa noche, para no dormirse y echar a andar en cuanto se disolviesen las columnas.

Con la mano derecha apoyada en una de las moles, esperó.

Tendido en la arena, despertó cubierto de rosas nuevas.

Comió, pateó objetos.

Esperó otra vez el fin del día. Y a la noche se durmió. Esperó el fin de otro día, y de otro, y de otro. De todos los días siguientes.

En una llanura perfecta, al este de una hilera de columnas blancas, vive un hombre viejo, barbudo, que recorre siempre una misma zona, todos los días, todas las noches. Sobre ese lugar puede verse un número infinito de montículos de tallos

oliváceos, duros, pesados. A veces, en las noches sin estrellas o en los mediodías de sol, el hombre de la barba se sienta contra una columna y se queda muy quieto. Piensa en

una casa con lagartos. Piensa en niñas rubias, vestidas de azul, y en zepelines plateados.

Y amanece siempre cubierto de rosas.

© 1984, Sonia Gerszon.

CARLOS GARDINI • PRIMERA LÍNEA • EDITORIAL SUDAMERICANA

Escritos con una tersura que no se deja arrebatar por la magnitud de lo que transmiten, estos relatos desmienten el existir habitual, pero ahondándolo: espléndida muestra de literatura fantástica, encuentran el lenguaje para nombrar lo inexplicable.

PRIMERA LÍNEA

CARLOS
GARDINI



EDITORIAL SUDAMERICANA

CARLOS GARDINI • PRIMERA LÍNEA • EDITORIAL SUDAMERICANA

LIBROS



Elvio E. Gandolfo
UN ABOGADO DEL
EVOLUCIONISMO

La batalla por imponer la teoría evolucionista como marco de la investigación biológica dista de haber sido ganada por sus partidarios en Estados Unidos, cuando ya se la acepta internacionalmente, incluso en la Inglaterra que tanto la combatiera en la época victoriana. La principal oposición ha venido siempre, como era de esperarse, de los ámbitos religiosos, más concretamente de los fundamentalistas. Estos han presionado desde principios de siglo para erradicarla de las escuelas o para imponer la obligación de enseñar, junto a sus principios, la teoría de la Creación que ofrece la Biblia.

Uno de los procesos más célebres en ese sentido se realizó en 1925 en el estado de Tennessee, y aunque sus contrincantes quedaron más o menos en el mismo punto en que estaban antes del mismo, influyó poderosamente, dentro de la peculiar estructura legal y política de los Estados Unidos, para hacer retroceder el evolucionismo.



Gould

STEPHEN JAY GOULD: *El pulgar del panda* (*The Panda's Thumb*); traducción de Antonio Resines; Blume, Madrid; 352 págs.

nismo en muchos estados, incluso en detalles menores. El nombre de Darwin y la teoría por él sustentada desaparecieron de muchos manuales de biología; uno de ellos, *Biología para principiantes*, que exhibía en la tapa el rostro del barbado científico inglés en su edición de 1921, la reemplazó por una imagen del aparato digestivo en la reedición de 1926.

Ese movimiento regresivo siguió teniendo su influencia hasta finales de la década del 50, cuando el lanzamiento del Sputnik por parte de los rusos planteó bruscamente la necesidad de poner al día la educación científica: aunque con fuerte oposición de sectores eclesiásticos los manuales fueron revisados y actualizados. La marea cambió nuevamente de dirección en los últimos años, cuando encarnó en un movimiento de pretensiones científicas, autodenominado "creacionismo". El mismo parte de afirmaciones hasta cierto punto compartibles, como la de que el evolucionismo es una teoría no totalmente demostrada. Pero llega con rapidez a extremos poco aceptables, como el de tomar al pie de la letra las palabras de la Biblia: de ese modo los días del Génesis son eso, periodos de veinticuatro horas y no lapsos mayores. El movimiento tiene su organismo, la Creation Research Society, con sede en California, cuenta con algunos libros básicos como *The Genesis Flood* (1961), de John Whitcomb y Henry Morris, y ha tomado un impulso importante en los últimos cinco años. Para ello ha sido fundamental el apoyo explícito que dio Ronald Reagan en su campaña presidencial a uno de los

reclamos básicos de los creacionistas: que se dedique en las escuelas el mismo período de tiempo a las enseñanzas evolucionistas que a las basadas en el Génesis bíblico. Ya en 1980 catorce estados vieron surgir iniciativas para legalizar tal reclamo.

Como es lógico, los evolucionistas han luchado palmo a palmo por detener el avance de los creacionistas, en lo que ven como un enorme retroceso. Isaac Asimov fue uno de los agudos y entusiastas defensores del campo científico. Pero el campeón indiscutido dentro de Estados Unidos ha sido sin duda Stephen Jay Gould, un paleontólogo que cuenta no sólo con una muy sólida formación, sino también con un estilo especial, al mismo tiempo rugoso y comunicativo. Desde hace unos años se ha dedicado a combatir con tenacidad la aspiración del creacionismo a ser una alternativa no religiosa sino científica frente a la evolución. Además de sus numerosos artículos, participó como testigo en un juicio llevado a cabo en el estado de Arkansas en diciembre de 1981. Un acta aprobada ese año por las legislaturas de Arkansas y Louisiana aceptaba poner en igualdad de planos la "ciencia evolucionista" y la "ciencia creacionista". La decisión final del juez William R. Overton no puede haber complacido más a Gould y a los partidarios del evolucionismo: declaró el acta inconstitucional porque la autodenominada "ciencia creacionista" no era más que una versión del Génesis leído literalmente, un punto de vista religioso partidista (y estrechamente sectario), prohibido en las aulas de en-

señanza pública por la Primera Enmienda constitucional.

El ratón Mickey y el eozoon universal

La traducción al español de *El pulgar del panda* permite ponerse en contacto con el libro más célebre de Gould, que constituye una especie de manual original sobre el estado presente de las investigaciones y las teorías evolucionistas. Las tres decenas de artículos que lo integran se articulan en ocho grupos que funcionan como pequeñas unidades temáticas sobre la evolución humana, la figura de Darwin, la tensión entre la perfección y la imperfección biológica (desencadenada en la mente de Gould por el pulgar del título), las relaciones entre la ciencia y la política, el ritmo del cambio, el comienzo de la vida, las especies menos favorecidas por la evolución, y la vastedad del tiempo.

Los propósitos generales de Gould, la red que interrelaciona a todos los artículos y lo diferencia de la amplitud ecléctica de divulgadores como Asimov o Sagan, están claramente expresados en uno de los textos: "Me decía a mí mismo que me alejaría de una larga tradición de la literatura popular en la historia natural. No narraría los fascinantes cuentos de la naturaleza por su propio atractivo. Enlazaría toda historia con algún principio general de la teoría evolutiva."

El tono de Gould es un tanto más seco y "científico" que el de Asimov o Sagan, menos preocupado por agradar a toda costa.

Varios de los capítulos exigen in-

cluso cierto entrenamiento científico previo. Sin embargo, el libro gozó de las ventajas de un best seller en Estados Unidos, y su autor fue y sigue siendo vastamente entrevistado, además de colaborar en publicaciones que poco tienen que ver con la biología, como *The Atlantic* y *The New York Review of Books*.

Una de las claves reside en que justamente el tono controlado, expositivo de Gould hace aún más apreciables sus bruscos brochazos de humor, sus breves confesiones personales, la referencia elegante y nada demagógica a la rica cultura popular norteamericana. Así, por ejemplo, dedica todo un artículo "evolucionista" a los cambios corporales sufridos por el ratón Mickey en manos de sus dibujantes, o afirma, al pasar: "Si los héroes fueran realmente invulnerables, ¿cómo iban a atraer nuestro interés? Sigfrido tenía que tener un hombro mortal. Aquiles su talón. Superman su kryptonita."

Hay además una especie de concepción esencialmente democrática de la ciencia, con un marcado sentido del ridículo en el que puede caerse por exceso de solemnidad y dogmatismo. Para Gould esa es una de las enseñanzas básicas del darwinismo, que se refleja incluso en su elección de lo que importa. Como explica en los tres ensayos iniciales, Darwin, lejos de concentrarse en las perfecciones de la naturaleza, fijó su atención en los detalles marginales: "Buscó rarezas e imperfecciones. [...] Los vestigios del pasado que no tienen sentido en términos del tiempo presente —lo inútil, lo extraño, lo

peculiar, lo incongruente— son las señas de identidad de la historia. Aportan pruebas de que el mundo no fue creado en la forma actual. Cuando la historia se perfecciona, borra sus rastros."

Gould no mantiene en ningún momento una actitud acritica ante la figura del gran naturalista inglés. No sólo expone con gran claridad didáctica las modificaciones introducidas en algunas de sus convicciones sino también sus vacilaciones y sus errores, aquellos puntos donde los prejuicios culturales de la época lo apartaron de la verdad. En su opinión, "la ciencia no es una máquina objetiva dirigida hacia la verdad, sino una actividad quíntaesencialmente humana que se ve asediada por las presiones, las esperanzas y los prejuicios culturales".

A todo lo largo del volumen hay una dialéctica que articula dos actitudes: por un lado, la voluntad de someterse humildemente a la fuerza de los hechos; por el otro, la defensa del valor de la especulación teórica. La primera consiste en saber soportar que, en palabras de Thomas Huxley, "una bellísima teoría" pueda ser "hundida por un pequeño dato desagradable y feo". En cuanto a la especulación teórica, es la base de todos los grandes saltos cualitativos del conocimiento.

Gould manifiesta además una tenacidad ejemplar en atacar pre-conceptos o ideas erróneas. En "¿Eran tontos los dinosaurios?" defiende a estos enormes animales, demuestra el poco rigor de la opinión que les atribuye una gran pesadez para moverse, y plantea el absurdo de considerarlos de corta

existencia en el plano de las especies, cuando el propio hombre ha vivido muchísimo menos sobre la corteza terrestre. En "Sombreros anchos y mentes estrechas" discute la relación entre la inteligencia y el tamaño del cerebro, regocijándose en la cita textual de uno de los ardientes participantes de la polémica sobre el cerebro de Broca, en el siglo pasado: "Hace ya largo tiempo que vengo notando que, en general, todos aquellos que niegan la importancia intelectual del volumen del cerebro tienen la cabeza pequeña." En el "Cerebro de las mujeres" discute las afirmaciones que relacionan tamaño con inteligencia, y desentierra un texto de Gustavo Le Bon que podría matar de furia a la más suave feminista: "En las razas más inteligentes, como entre los parisienses, existe un gran número de mujeres cuyos cerebros son de un tamaño más próximo al de los gorilas que al de los cerebros más desarrollados de los varones. [...] Sin duda, existen algunas mujeres distinguidas, muy superiores al hombre medio, pero resultan tan excepcionales como el nacimiento de cualquier monstruosidad, como, por ejemplo, el de un gorila con dos cabezas; por consiguiente, podemos olvidarnos por completo."

Esa voluntad de desmitificación le hace sentir cariño, en abierto contraste con su rigor expositivo, por los grandes postergados e incluso los delirantes del mundo científico. Entre los primeros, rescata figuras como la de J. Harlen Bretz, que expuso durante décadas una teoría acertada sobre la formación de las "scablands" (un terreno con canales en las cerca-

nias de Washington), sin que fuera aceptada por la ciencia oficial. Entre los segundos, resulta inolvidable la personalidad de Randolph Kirkpatrick, a quien el propio Gould denomina "viejo loco", y que defendió la teoría de que las rocas de un promontorio, luego de una isla, luego de un continente y el suelo oceánico, luego del mundo, y por último del universo, estaban compuestas por un fósil orgánico que iba cambiando de nombre a medida que su radio de proliferación crecía: *Eozoon atlanticum*, *Eozoon orbis-terrarum*, *Eozoon universum*.

Gould demuestra además una notable aptitud para combinar campos y experiencias diversos, para no encerrarse exclusivamente dentro de la biología. Así argumenta de modo convincente que Darwin basó, consciente o incons-

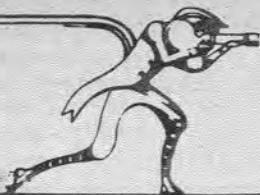
cientemente, su teoría global en la economía del *laissez faire* de Adam Smith; o manifiesta que las teorías de Lamarck, poco aplicables en la biología según el estado de las investigaciones actuales, son en cambio útiles para comprender la evolución de las culturas.

En cuanto al mal uso de lo científico para intentar imponer prejuicios sociales, agrega al capítulo sobre la inferioridad femenina otro en el que discute la denominación de "mongolismo" para la enfermedad que él prefiere llamar "síndrome de Down", y expone el carácter sumamente discutible de los tests de inteligencia, uno de los cuales se empleaba sistemáticamente en la aduana neoyorkina para demostrar desde un punto de vista anglosajón que el ochenta por ciento de los inmigrantes que llegaban al pie de la estatua de la

Libertad eran débiles mentales y debían ser devueltos a Europa.

Gould es agudo y claro para hacer comprender al lector que paradigmas científicos como el gradualismo pueden distorsionar el ordenamiento de los datos y obscurecer el camino hacia la solución de los problemas que la naturaleza plantea, con total indiferencia respecto de la doctrina del cambio imperceptible. Al mismo tiempo puede aprovechar la brevísima y extraña vida del ácaro *Adactylidium* para escribir un texto entre poético y shakespeariano. Esa combinación de virtudes contrapuestas, que tanto lo ayudaron en sus polémicas con los creacionistas, apuntalan sólidamente esta recopilación de ensayos, transformándola en una de las más absorbentes que se hayan traducido recientemente al castellano.

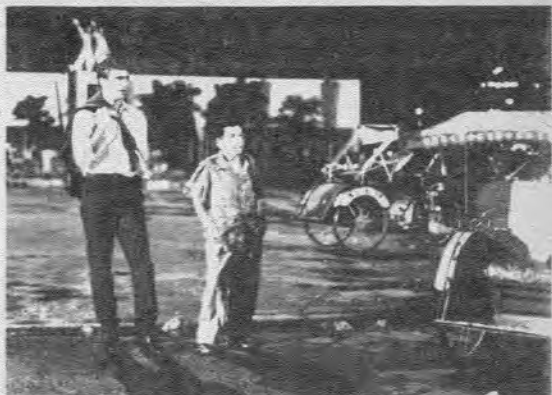
CINE



Ángel Faretta
LA OTRA
ORILLA

Un muy socorrido aspecto del ensayo "de ideas" contemporáneo ofrece a la sufriente conciencia del lector una suerte de cara o cruz sobre las fuentes del Saber, sucinta y muy anglosajonamente expuesto como el dilema de "las dos culturas". Dicho dilema, emblemáticamente divulgado por C. P. Snow, plantea el enfrentamiento entre un saber "científico" y otro "artístico" (juramos que las comillas no corren por cuenta nuestra). Ahora bien, si hay algo que se ha terminado de comprender, aceptando aquella hipotética encrucijada, es que ésta se basa en lo que —todavía— se da por sentado en llamar "el mundo Occidental" (aquí sí las comillas son nuestras). Oriente, por el contrario, se aparece como una difusa región que tiene más que ver con el turismo prestigioso o el exotismo que con la geografía o, por lo menos, la cartografía.

El "redescubrimiento" de Oriente, hecho a partir de la última pos-



EL AÑO QUE VIVIMOS EN PELIGRO (*The Year of Living Dangerously*). Australia, 1982. Producción: James McElroy para McElroy & McElroy Productions (Sidney). Dirección: Peter Weir. Guión: David Williamson, Peter Weir y C. J. Koch sobre la novela de este último. Fotografía: Russell Boyd. Música: Maurice Jarre. Intérpretes: Mel Gibson, Sioumy Weaver, Linda Hunt, Bill Kerr, Michael Murphy, Noes Ferrier, Benbol Rocco. Distribuidora: United International Pictures. Estreno en Buenos Aires: 10-11-83. (110 minutos.)

guerra por el mundo "occidental" fue, entre muchas cosas, una especie de bálsamo para las heridas de un universo o de una visión del mundo letalmente fracturada en su antigua integridad. En general, notamos que se ha procedido mediante un método alucinatorio o imperiosamente sentimental: a la decadencia irremisible de Occidente, a su oscurecimiento, a su envilecimiento materialista y filisteo, se opuso un mundo idílico de tarjeta postal donde millones de seres humanos vivían contemplando el Cosmos sin preocuparse por "el reino de este mundo". En suma Occidente creó y recreó una imagen de Oriente al arbitrio de sus deseos, y como un amante traicionado, se dio a la improbable tarea de inventar una bella enamorada ideal, que reunía todas las perfecciones y beatitudes aptas para la adoración sin límites; olvidaron que, como dice Bioy Casares los ideales y las mujeres soñadas terminan fatalmente por alcanzarse.

Hasta hace muy pocos años Australia era cualquier parte, es decir ninguna. Isla-continente, lejano bastión del liberalismo, curiosa —y forzada— síntesis de lo más "moderno" y lo más arcaico, su redondeado contorno sugería toda serie de fantasías inmigratorias y hasta confería a su evocación el sabor de las cosas lejanas que los adolescentes pugnan por descubrir. Pero he ahí que el cine —esa ventana indiscreta—, ese arte hecho de fatales delaciones y secretas lealtades, dio al traste con tantas lucubraciones azarosas. De todos los autores de films surgidos en la década pasada en Australia, evidentemente el nombre de Peter

Weir se impuso claramente sobre los demás.

Weir es el autor —hasta el momento— de *El rugir de los canibales* (*The Cars that Ate Paris*) vista en una semana de cine australiano hacia abril del '80, la magistral *La última ola*, la no menos fascinante *Picnic en las Rocas Colgantes* y la trunca y fallida *Gallipoli*. Este año se dio a conocer un nuevo film, *El año que vivimos en peligro...*

En los tres primeros y maravillosos films, Peter Weir postuló la existencia paralela de un mundo ordenado, racional, liberal con la de un mundo arcaico, numinoso, que se insertaba, ocasionalmente, en la vida de los blancos australianos. Si en *El rugir de...* un pueblo de la llanura australiana (llamado Paris) vivía de los desechos de chatarra que le proporcionaban los previamente preparados accidentes de automóviles, en *Picnic...* mostró una Australia victoriana donde un grupo de pupilas de un internado burgués se perdían en un mundo lejano "donde el tiempo parecía haberse detenido".

Claro que fue en *La última ola* donde Weir llevó hasta la perfección esta encrucijada: allí la vida de un apacible y próspero abogado era abruptamente fragmentada cuando él conocía —mediante sus contactos profesionales— a un grupo de indígenas que lo iniciaban en el mundo de los misterios, el mismo que su tío —un pastor protestante— le había negado; todo puntualmente pautado con una historia de ciclos y recurrencias míticas sobre la muerte y resurrección por agua, que por cuya complejidad y extensión no podemos tratar en este espacio.

Cuando luego rodó *Gallipoli*, una historia sobre el sacrificio inútil de un comando de soldados australianos durante la Primera Guerra, usados como carne de cañón por los británicos, amenazó con convertir a Peter Weir en un cineasta comprensiblemente irritado por una situación histórica, pero que perdía peligrosamente la distancia necesaria para hacer de su film una obra personal, como sus tres anteriores obras.

Finalmente, en *El año que vivimos en peligro*, vemos que Weir ha logrado hacer una fascinante "cruza" entre ambas preocupaciones, logrando un film con la magistral complejidad de sus primeras obras y con la claridad expositiva que le merecen sus preocupaciones como australiano frente a Inglaterra.

El año... propone la historia de Guy Hamilton, un corresponsal extranjero australiano, nacido bajo el signo de Capricornio, mandado por sus empleadores a la capital de Indonesia en los agitados días del año de 1965 que precedieron al golpe de Estado que terminó con el gobierno de Ahmed Sukarno, tironeado entre las exigencias del poderoso partido comunista pro chino y la del grupo militar musulmán, fuertemente nacionalista, que finalmente se quedó con el poder tras una breve y sangrienta guerra civil.

Guy Hamilton es joven, ambicioso, un tanto pedante; al llegar a Jakarta conoce a Billy Kwan, un enano deforme, pero de una gran belleza espiritual que le dice "Yo seré tus ojos", ya que será su cámara-man pero también porque le hará ver ciertas cosas hasta entonces

vedadas a su conocimiento. Por Billy Kwan, Hamilton descubre la pobreza material de los indonesios y su arcaica riqueza espiritual que el enano resume en la frase del Evangelio según San Lucas: "¿Qué debemos hacer?"

El film de Peter Weir se abre con las sombras proyectadas sobre un muro de las marionetas Wayang —arquetípicamente javanesas— y luego con el relato que Billy ofrece a Hamilton del mito de Arjuna y Krishna y entre ambos una princesa, una mujer de belleza aérea. Esta resulta ser —en la trama de este film— una agregada diplomática de la embajada británica en Jakarta, a la cual Billy Kwan tratará de preservar de la acechante "promiscuidad de las románticas frustradas".

Sería casi imposible y vano de nuestra parte resumir las maravillas que nos propone este film de Peter Weir; nos bastará recalcar algunas circunstancias que hacen a nuestra nota. Billy es un mistaogo, un maestro que inicia en los

misterios arcaicos del saber a alguien como Hamilton, un blanco occidental para el cual sólo el amor romántico es posible. Kwan le habla de otro tipo de Amor, pero también comprende que su recién iniciado discípulo sólo podrá acceder a la más "social" de sus formas.

Pero, sin duda, lo más fascinante de *El año...* es la honesta posición de Weir frente a un conflicto de intereses que sabe que puede interesarle pero que, remotamente, podrá comprender y menos aún asimilar. A diferencia de tanto director occidental "comprometido" (un Costa-Gavras, un Pontecorvo y demás) Weir no se hace ilusiones en cuanto a la posibilidad de filmar una situación que le es fatal y radicalmente ajena. Hamilton, como Weir, quiere entender, quiere iniciarse en los misterios de la espiritualidad de los sufrientes, pero también conoce sus límites. Sabe marcar las diferencias entre un mundo que ética y estéticamente lo atrae, pero que se le escapa como

esas gotas de agua que ruedan por su equipo de aire acondicionado en su cómoda y mullida y lejana oficina de corresponsal extranjero, y ese mundo del otro lado de la calle que ansía comprender. Esas gotas de agua que caen interminable y ominosamente y que recuerdan el cataclismo cíclico de *La última ola*; pero frente a la expiación de Billy Kwan, que se inmoló por su pueblo, Weir remarca que, como Guy Hamilton, sólo puede escaparse del lugar con algunos fragmentos de tiempo robados a la eternidad, impresos en celuloide y que tal vez sean tan fugaces como las imágenes de este, su maravilloso film.

También sabe que, como en el mito platónico de la caverna, los esclavos de la apariencia pueden hacer estallar su contacto con esa "otra realidad", y allí queda, entonces, el hombre solo frente a sus posibilidades o, en otras palabras, esas supuestas "dos culturas" que el cine enlaza teniendo en cuenta la antigua y eterna Unidad.

DEFINITIVA EVIDENCIA DE VIDA INTELIGENTE EN EL PLANETA:

Revista

JUEGOS

PARA GENTE DE MENTE

- * Concurso permanente de cuentos breves.
- * Acertijos matemáticos.
- * Enigmas de la lógica.
- * Ajedrez y fantasía.
- * Go, Backgammon, Cubo mágico.
- * Crucigramas.
- * Paradojas y delirios.

**Juegos para gente de mente
significa
juegos para gente de mente.**

Una vez por mes, piénselo en su kiosko.

PRÓXIMAMENTE

Cuentos y artículos de:

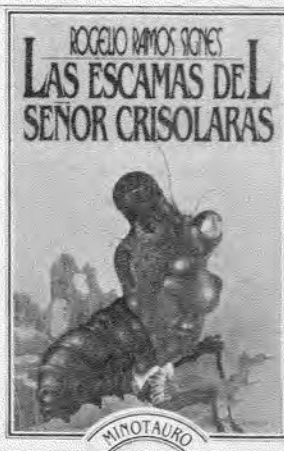
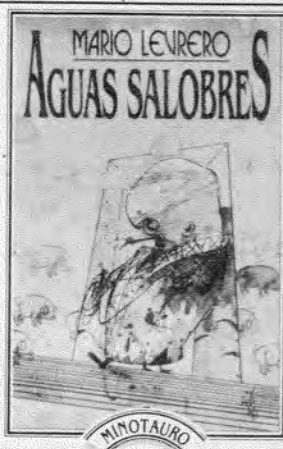
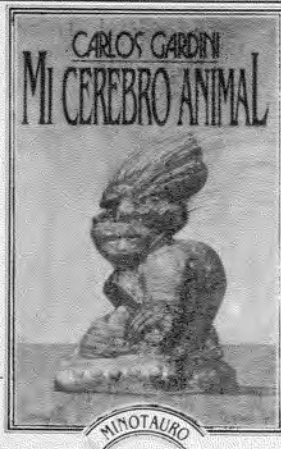
THEODORE STURGEON
CHARLES PLATT
ANA MARÍA SHUA
MICHAEL BISHOP
DORIS PISERCHIA
PABLO CAPANNA
JOANNA RUSS

Minotauro (segunda época) es una publicación de Ediciones Minotauro S.R.L., Humberto 1° 545, Buenos Aires. Redacción y administración: Humberto 1° 545, teléfonos 362-1222/1332/1616. Distribución en librerías: Editorial Sudamericana S.A. Fotocomposición: Ecos Producciones Gráficas, Rivadavia 2515, oficina 1, teléfonos 47-1329/1422. Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723. © 1984. Ediciones Minotauro. Registro de la Propiedad Intelectual en trámite. Impreso en la Argentina.

Esta edición de 3.000 ejemplares, se terminó de imprimir en offset en el mes de enero de 1984, en los talleres gráficos de la Compañía Impresora Argentina, S.A. Alsina 2049-Buenos Aires-Argentina

La imaginación

Los cuatro primeros títulos de una colección que abarcará
los mejores textos de ficción especulativa escritos en
castellano



Ediciones Minotauro

